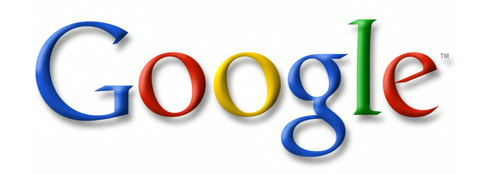
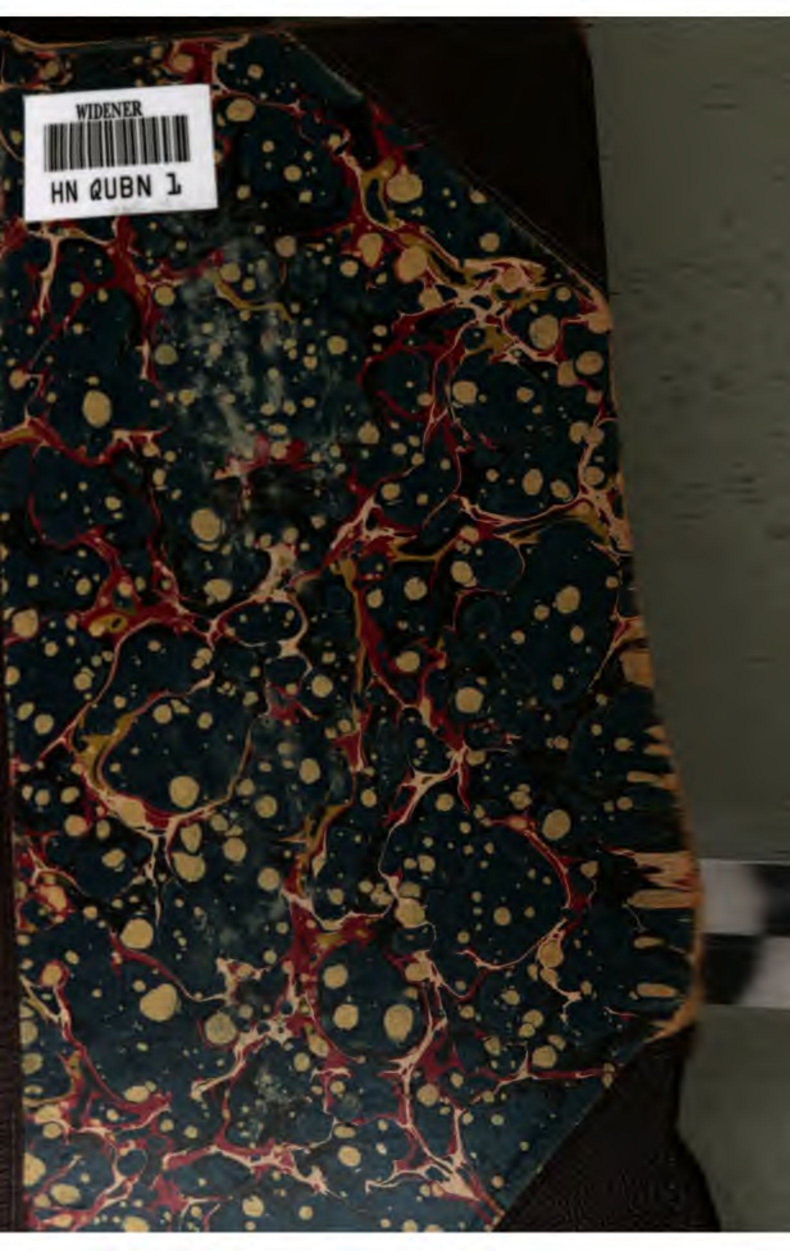

Google


WIDENER
HN QUBN 1


SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



OBRAS DE SELGAS

V

ESTUDIOS SOCIALES

II

NUEVAS HOJAS SUELTAS

NUEVAS

HOJAS SUELTAS

POR

DON JOSÉ SELGAS y Carrasco

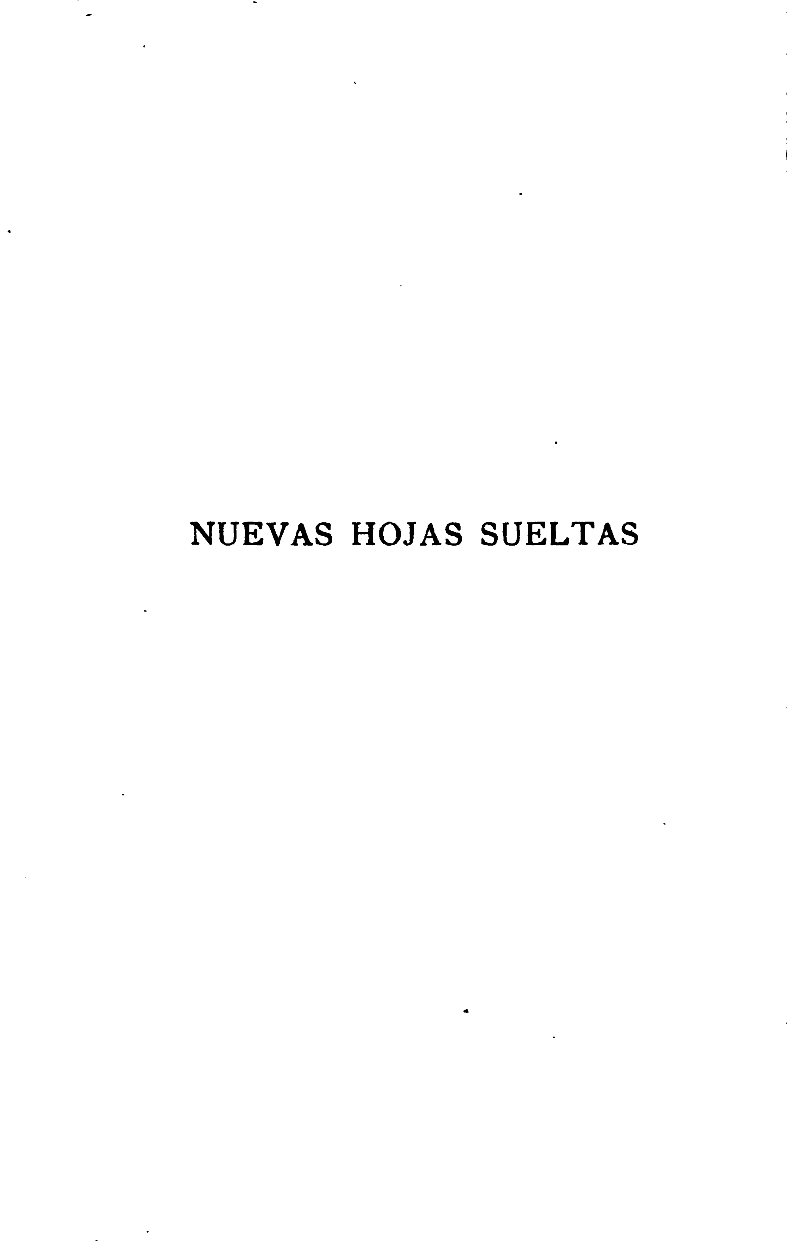


MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, núm. 22

1885



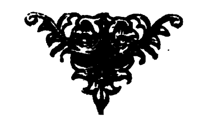
NUEVAS HOJAS SUELTAS



ADVERTENCIA



Los *estudios sociales compilados en este libro bajo el título de* NUEVAS HOJAS SUELTAS, *corresponden á la reputación de escritor honrado, ameno y profundo con que la fama distingue al ilustre Selgas. En ellos resaltan la sal ática, la pureza de dicción y el mágico estilo peculiares del autor de* HOJAS SUELTAS *y* MÁS HOJAS SUELTAS. *Hallábanse dispersos en varios periódicos de la Península y Ultramar, y ha sido preciso reunirlos en un tomo para sustraerlos á la vida efímera propia de las hojas periodísticas. La literatura patria gana en ello, por cuanto se enriquece con producciones de mérito relevante que en otro caso hubieran quedado oscurecidas; la memoria del autor se verá realzada con nuevos y gloriosos timbres, y los amantes de las bellas letras hallarán en esta nueva colección de artículos de Selgas, modelos que imitar, y gratísima satisfacción de sus aficiones.*



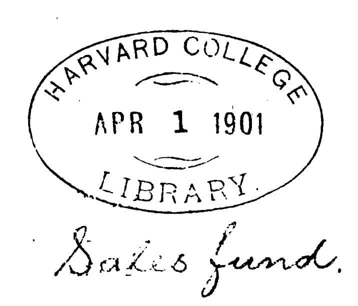


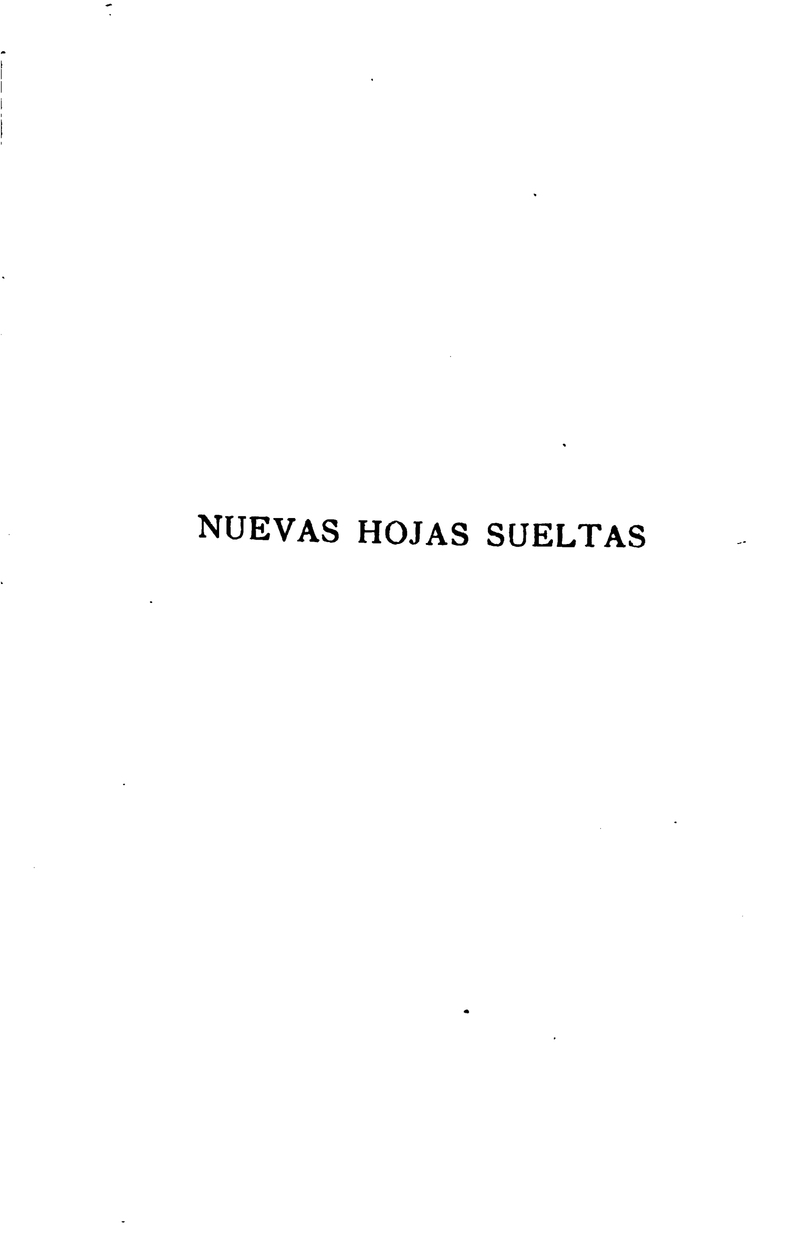
RESPUESTA Á EUSEBIO

Mi querido amigo:

He aquí que, al volver la hoja de un periódico, como quien vuelve la esquina de una calle, me encuentro manos á boca con un amigo antiguo, á pesar de que nos separan en el momento mismo de encontrarnos la friolera de millares de leguas, medidas sobre la superficie de los mares; ocasión indudablemente propicia para abandonar este último rincón de la vieja Europa por ese feraz archipiélago, que flota, digámoslo así, sobre los mares de Asia, cuna memorable del género humano. De modo que, acercarse á esas regiones, donde la naturaleza vive todavía por derecho propio, es como volver á la infancia.

Pero, ¡ya se ve!, por más que los adelantos del


HARVARD COLLEGE
APR 1 1901
LIBRARY



NUEVAS HOJAS SUELTAS

no serán sus cuadros más que obras imaginarias. Los tres conceptos del arte son : lo verdadero, lo bueno y lo bello. Dante no analiza el infierno, lo describe con sus propios colores, y el horror que infunde es el triunfo de su genio.

Creo que divago queriendo explicar el sentido relativo de mis palabras al condenar el espíritu analítico y demoledor de la filosofía positivista de que se halla informada la literatura que nos infesta, y que, analizando y disecando, ha llegado por arriba á negar á Dios, y por abajo á negar la virtud humana.

La verdad, como que no es nuestra, la debemos á todos, y el que la oculta la roba, y el que la mezcla con la mentira la falsifica. Esto no es un principio de literatura, es simplemente un principio de honradez. Mas si esto es así en cuanto á las verdades religiosas y morales, hay también un orden de tristísimas verdades que deben ocultarse, y en este punto es en el que la literatura analítica y demoledora de nuestros días encuentra complacencia descubriéndolas. No creo que tiene nadie derecho á avergonzar al género humano, degradándolo con el continuo espectáculo de sus propias miserias, verdad bien amarga y bien triste.

Me incita V. á que tome la defensa de los corazones inocentes, y lo hace V. con tal oportunidad, que cabalmente me encuentra V. con las manos en la masa. Hágase V. cuenta que tengo una hija que se halla en ese momento de encantadora confusión

en que el análisis de la vida no ha hecho todavía la desconsoladora distinción entre la mujer y la niña, entre la inocencia y la malicia. Imagínese V. si me inspirará interés la felicidad de esta alma que sonríe bajo la sombra de mi cariño. Pues bien: ¿cuál dirá V. que es el sistema de defensa que he emprendido? Consiste sencillamente en apartar de sus ojos todos esos cuadros de degradación humana que la depravación literaria de la civilización moderna arroja diariamente como pasto á la curiosidad pública. Me he propuesto que ignore todo lo que no debe saber, como la primera garantía de su inocencia.

Aplicando este sistema preventivo á esas regiones vírgenes, creo que el primer favor que puede hacérseles es ponerlas á cubierto de la corrupción que siempre acompaña á los siglos refinadamente cultos. Lo primero que hay que evitar es que el hombre se engañe á sí mismo, porque ese es el más triste de los engaños, y, ennoblecido y confortado por los nobles sentimientos, puede hacer frente á los engaños del mundo. Después de todo, la caída del hombre no tuvo otra causa que el ciego empeño de querer saber.

Yo no conozco más civilización verdadera que la del Evangelio, ni más derecho de conquista que el de la Cruz, ni más conquistador legítimo que el sacerdote. Calcule V. si yo habría de negar mis débiles fuerzas á la heroica empresa de enriquecer el mundo con los tesoros de la fe, única fuente de

perfección moral del hombre. En cuanto al desarrollo de los bienes materiales, debo confesarle á V. que soy poco aficionado al estudio de las ciencias económicas, y en este punto no podrían ser de grande utilidad mis consejos.

Aquí en esta vieja Europa, veo que se han aumentado prodigiosamente los medios de producir, pero al mismo tiempo veo levantarse la cuestión pavorosa del capital y el trabajo, de la miseria y el lujo, del pobre y el ricò. Desventurado el pueblo donde penetre esa lucha desesperada, abierta en la sociedad moderna por el ciego utilitarismo de la economía política sin Dios, de la ganancia sin moral, de la riqueza sin caridad y de la pobreza sin virtud.

¿Qué quiere V. de esta pobre pluma? ¿Quiere V. que descubra la causa verdadera de los males que esas regiones experimentan? ¿Cree V. que es posible poner el dedo en la llaga? Deme V. el ejemplo, y prometo seguirlo.

Entre tanto, créame V.; lo ameno es mi encanto, no lo desdeño por fácil. Son, si V. quiere, flores pasajeras, pero á las que también ha concedido la naturaleza virtudes medicinales. Yo no puedo abrir cátedra de nada; cuento únicamente con la ligereza de mi estilo, bajo el que deslizo suavemente mi profundo amor á lo verdadero, á lo bello y á lo bueno; y si alguna vez logro inculcar en alguien mi propiò sentimiento, me doy por satisfecho.

En fin, veámonos los sábados, hablemos, y continuaré esta carta, que ha crecido ya demasiado bajo la pluma.

Entre tanto, amigo mío, lo es suyo de veras su afectísimo

J. Selgas.





DICHA CUMPLIDA

UÉ lástima.... se dice; pero es cosa averiguada que no hay en el mundo dicha cumplida. Bueno que eso aconteciese en toda la larga serie de los tiempos pasados, estado rudimentario de la especie humana; pero hoy, que todo se confabula y compara sin más fin que el generoso intento de hacernos dichosos, es triste que no encontremos la dicha apetecida en ninguna parte, como si en la manía de ser desgraciados la especie humana fuese incorregible!»

¿Es esto así? Vamos á verlo.

¿Qué nos falta? Por lo que hace á la prosperidad, no hay de qué podamos quejarnos, desde el momento en que la ciencia económica ha descubierto que el que más debe es el que más tiene. Verdad incontestable, en cuanto á que toda deuda

es, por su propia naturaleza, la posesión de lo ajeno, probablemente contra la voluntad de su dueño.

En lo que se refiere á las comodidades de la vida, justo es reconocer que las ciencias naturales han agotado los recursos de la investigación sin otro propósito. Dios se lo pague, que el hacer las delicias del cuerpo humano en su tránsito por la tierra, han hecho que la industria se despepite por rodear de satisfacciones estos sentidos, que, ¡oh injusticia invencible!, están condenados, desde el principio hasta el fin, más pronto ó más tarde, á ser pasto de gusanos.

El arte más favorecido por la moda, á su vez, puesto en el secreto de la perfección á que caminamos, más atento á la realidad de los goces materiales que á las vanas satisfacciones del espíritu, se recrea, digámoslo así, ofreciéndonos en continuo espectáculo el atractivo de las más vivas sensualidades; ó desbordado el genio, libre de toda traba artística, echa por esos trigos de Dios en busca de electricidad dramática con que sacudir estos nervios embotados en la indolencia de los placeres.

La industria se puede decir que no vive; incansable en sus inventos, cada día nos ofrece una novedad, un capricho, un prodigio, manteniendo vivo el esplendor del lujo que nos rodea con la continua renovación de sus maravillas. La cocina, por ejemplo, ha llegado en sus perfecciones á superar los deseos de los paladares más instruídos. Asombrado Leopardi de tantos portentos, en amar-

guísima palinodia canta las glorias de nuestros tiempos, diciendo:

«Aureo siglo, Marqués, hilan veloces
Los husos de las Pancas. Todo diario
En varias lenguas y columnas varias,
De todas partes lo promete al mundo.
Universal amor, ferradas vías,
Vapor, tipos, comercio, y aun el cólera,
Los más lejanos pueblos y naciones
En lazo estrecharán; ni grande asombro
Será que suden leche las encinas
Y miel los robles, ó danzando giren
Á los sones de un vals. Tanto ha crecido
El poder de retortas y alambiques
Y máquinas del cielo emuladoras,
Y tanto crecerá, volando siempre,
De progreso en progreso sin medida,
De Cam, de Sem y de Jafet el hijo.
No, cual un día, comerá bellotas
(Si el hambre no le obliga)....»

Después dice:

«Y en campo lidiarán fraternas huestes
Por pimientas, aromas ó canela,
Ó por el jugo de melosa caña,
Ó alguna otra razón práctica y útil.»

Siguiendo en entusiasmo por las grandezas del siglo que de esa manera canta, se recrea diciendo:

«Ó de lana ó de seda, los vestidos
Han de ser más galanos cada día.
Dejará el labrador los rudos paños
Por cubrir de algodón su piel distinta,
De castor su cabeza. Y apacibles
Á la vista, mil cómodos sillones,

Mesas y canapés, lechos, tapetes
Adornarán con su sensual belleza
Todo aposento. De manjares formas
Nuevas admirará, calderas nuevas
La humeante cocina....»

Luego, en un momento de asombro, prorumpe:

«¡Feliz aquel que mientras esto escribo
Llora en los brazos de la fiel niñera!
Él ha de ver el suspirado día
En que aprendan los niños con la leche
De la cara nodriza, cuánto peso
De sal, cuánto de carne, cuánta harina
Consume en cada mes la patria aldea.»

Nada, pues, tenemos que pedirle á la repostería de nuestro siglo. ¿Y qué podría añadir á las ingenuas alabanzas del poeta italiano? Porque hay que tener en cuenta que Leopardi, ateo, y por lo tanto materialista, es hijo legítimo de la civilización moderna, y nadie tiene derecho á disputarle el honor de ensalzar á su madre.

Por si acaso la idea tenaz de un Juez Supremo pudiese turbarnos en la posesión de tantos goces materiales que á vivir nos convidan, los sabios han revuelto el mundo para averiguar qué tribunal es ese que nadie ha elegido, y hemos venido á parar en varios pareceres científicos que nos ponen á cubierto de toda obediencia.

Es verdad que Cicerón se atrevió á decir que «entre las diversas cuestiones entabladas por la filosofía, sin haber podido resolverlas, una es la cuestión de la naturaleza de los dioses. Sobre este

grande objeto han emitido los sabios tantas y tan contradictorias opiniones, que por este solo hecho está uno autorizado para pensar que el principio de toda filosofía es la necedad.» Mas nosotros nos hemos dejado de cuentos, y hemos establecido filosóficamente que todo es Dios, que nada es Dios, que cualquiera es Dios, que Dios es una mera palabra, que Dios es el mal, y que nos entren moscas.

Todavía la preocupación del alma podía amargar las dulzuras de nuestra vida con su eterno espionaje; y por el mismo procedimiento de investigación, hemos llegado á saber que no es el fuego de Zenón, ni el movimiento continuo de las fibras del cuerpo de Aristóxenes, ni el número Xenócrates y Pitágoras, ni las tres almas de Platón; es, sí, la armonía preestablecida, las causas ocasionales, la influencia física, la perfección del organismo corporal.... En resumen: que nos quedamos sin alma. ¡Gracias á Dios que, á lo menos científicamente, salimos de ese enemigo de nuestra dicha!

Como la añeja cuestión de lo tuyo y de lo mío puede alterar las dulzuras que nos proporciona la fraternidad humana últimamente descubierta, la ciencia moderna ha dado en este punto de derecho verdaderos pasos de gigante. He aquí sus conclusiones radicales y definitivas. Nada es de nadie, ó todo es de todos.

Ahora bien: sobornados así los apetitos, satisfechos los sentidos, con la mesa siempre puesta y

el placer siempre á mano, sin Dios que nos juzgue, sin alma que acuse, sin remordimientos que nos aflijan, ¿quién no es dichoso? Decididamente, el mundo es nuestro, y no hay duda que vamos para reyes, puesto que todo nos incita á que nos demos vida de príncipes.

Las naturalezas enclenques, y las complexiones aprensivas, dirán probablemente que hay muchas enfermedades. Manía, preocupación, rutina. Ahí están las cuartas planas de cuantos periódicos inundan el mundo, que no dejan mentir á nadie, pregonando, en diversidad de maravillosos medicamentos, la salud continua, la juventud perpetua y la belleza eterna.

Es cierto que los espíritus melancólicos nos argüirán con la invencible tenacidad de la muerte, que, irrevocablemente, y siempre pronto, pone término á las delicias de la vida; pero hay que contestarles que todo está previsto; porque Condorcet, por una parte, nos ha anunciado la inmortalidad, esto es, la perpetuidad de la vida sobre la tierra, y Renan, por otra, espera muy tranquilo la resurrección de la carne en nombre de la química, en la aparición, más ó menos próxima, de un biólogo omnisciente que dé la última mano á la eternidad del hombre sobre la tierra.

En cuanto á las guerras, están condenadas á ser breves, concisas, rápidas, porque el perfeccionamiento fabuloso de los efectos de destrucción amenaza arrasar el mundo, y ha de llegar día en que

dos ejércitos colocados uno enfrente de otro, se aniquilen mutuamente con solo mirarse.

Queda el suicidio. Cierto ; las estadísticas acusan un número cada vez más creciente de suicidas. Pero eso no tiene nada de pavoroso ; significa, en resumen, que hasta la misma muerte se ha hecho cortesana de nuestra felicidad.

¿Qué hay en el fondo de esa honda desolación? Nada ; lo más natural del mundo presente : gentes obcecadas en no ser dichosas, y que, por no estorbar, se quitan de en medio.

Al entregar á la posteridad las llaves de nuestro siglo, bien podremos estampar sobre la puerta esta carcajada de nuestra alegría :

«Aquí se realizó la dicha cumplida.»





PAISAJE



ADRID multiplicado por diez, es París; multiplicado por veinte, es Londres. Quiero decir, que las grandes poblaciones tienden de tal manera á parecerse, que, salvas algunas diferencias geográficas ó atmosféricas, vista una, se puede decir que están vistas todas.

Unas mismas costumbres, los mismos trajes, idénticos modales, igual refinamiento en los placeres, en los apetitos y en los deseos, el mismo lujo y la misma vida. Son sociedades vaciadas en el mismo molde.

Bajo este aspecto cosmopolita, el carácter nacional desaparece, sobre todo en España, donde Madrid se puede decir que es una ciudad extranjera. Se vive á la francesa ó á la inglesa, de cualquier modo extraño, con tal que no sea á la española.

Conservamos, sí, los rasgos característicos de nuestra peculiar fisonomía, de la misma manera que la cara de un muerto conserva las facciones que le han distinguido durante la vida. Conservamos algo también de nuestro espíritu inquieto y aventurero, aunque reducido á las agitaciones interiores de nuestras revueltas políticas, y en punto á costumbres, sólo conservamos las corridas de toros.

Fuera de esos únicos restos salvados del naufragio en que casi ha perecido la antigua riqueza de nuestro gran carácter nacional, es inútil buscar en las grandes poblaciones otras señales que atestigüen nuestra legítima descendencia.

Para conocer á España, para encontrarla al menos, hay que acudir al pueblo que, alejado de la vida moderna, se extiende por las comarcas rurales, conservando en las costumbres, en la lengua y en los trajes, testimonios auténticos de su origen: son una especie de tradición viva de la historia.

Por eso, al bosquejar el presente paisaje, he ido á buscarlo donde la vieja naturaleza disputa á la sociedad moderna sus antiguos privilegios sobre el hombre.

*
* *

Los viajeros aficionados á contemplar las bellas decoraciones con que la naturaleza, ayudada por el

trabajo del hombre, hermosea la tierra, hablan con delicia de los jardines de Sevilla, de los cármenes de Granada, de la sierra de Córdoba y de los huertos de Valencia; pero rara vez se habla de la huerta de Murcia, como si estuviese fuera del orden de esas maravillas.

Ciertamente el Segura es un río más humilde que el Guadalquivir, menos celebrado que el Turia, más modesto y más oscuro que el Genil y el Darro, pero no menos rico, caprichoso y fecundo.

Y no se crea que su origen es menos excelso que el del mismo Betis, porque ambos ríos nacen en Sierra Segura, y bien se puede decir que son hijos de una misma madre, y que se han mecido y siguen meciéndose en una misma cuna.

¿Cuál de los dos es el primogénito? Acerca de este punto no hay cuestión posible, porque, como se ve, el Segura lleva el nombre de la casa. El famoso Betis es pura y simplemente un segundón, que, más afortunado, obtuvo de los árabes el título de Guadalquivir, Dios sabe por qué intrigas, erigiéndose nada menos que en rey de los ríos. Digámoslo claro: es un río que se *afrancesó* á los agarenos.

El Segura, que partiendo de su casa solariega baja á fertilizar la huerta de Murcia, rodeándola en cariñoso abrazo, tiene algunos tributarios, entre ellos.... ¡friolera!.... el río Mundo, y aunque Claudio Ptholomeo lo llamó *Estabec* y Plinio lo designa con el nombre de *Thader*, él no ha querido renun-

ciar á lo que podemos llamar su nombre de pila, nombre que conserva, como un homenaje rendido al honor de su lengua nativa.

El nacimiento del río Segura no es ruidoso, es más bien pintoresco. No es un torrente que se desprende de las rocas, saltando impetuoso por los desfiladeros de la Sierra, amenazando las llanuras con la invasión de sus ondas. No; nace en diversos manantiales, cuyos hilos sueltos van uniéndose hasta tejer al fin el manto de sus aguas.

Desde la misma cuna parece anunciar su condición apacible, y aun me atrevo á decir sus instintos fértiles. Sin embargo, no hay que fiarse, porque tiene también días terribles, en los que arrolla todo lo que se le pone por delante.

*
* *

Decimos el edén de Andalucía, el paraíso de Valencia, el vergel de Granada. No me opongo á que tengamos, como quien dice, á la puerta de la casa, ó al volver de la esquina, un vergel, un paraíso, y hasta el edén mismo prometido por el Profeta; pero una vez cogidos esos tres nombres, ¿con qué título voy á designar yo el bosquejo de este paisaje?.... No obstante, me resigno, designándolo con su nombre propio, esto es, diciendo sencillamente: «la huerta de Murcia.»

Y permítaseme aquí un rasgo de pedantería,

porque alguna vez he de ser yo también erudito.

Thader fluvius qui carthaginensem agrum rigat, Illorci refugit Scipionis rogum.

Así lo dice Plinio; mas si observamos que no es el campo de Cartagena, sino la huerta de Murcia, lo que riega el Thader, y que Illorci designa un lugar que nos es completamente desconocido, sacaremos en limpio que la cita que acabo de hacer es completamente inútil, y de todo punto ociosa.

Además, no es absolutamente indispensable el testimonio de Plinio para que tengamos certidumbre de que el rio Segura, dos leguas próximamente antes de llegar á la ciudad de Murcia, *refugit Scipionis rogum*, esto es, dirige su curso hacia poniente, formando el ancho semicírculo que traza la gran cuenca de la vega.

Pero es el caso que si suprimimos las ocasiones de hacer citas semejantes, ¿á qué uso vamos á destinar el tesoro de nuestra erudición?

*
* *

Desde Cieza se puede decir que el curso del Segura es una carrera triunfal: los pueblos, si se me permite decirlo así, le salen al paso ricamente coronados de hojas, de frutos y de flores. Villanueva, Ojós, Abarán, Blanca, Ulea, todos estos pueblecillos, extendidos á lo largo de la ribera, levantan sobre las márgenes del río sus huertos embalsamados por los perfumes de los frutales.

Cada árbol, semejante á un canastillo, abre orgulloso su pomposa copa, dejando ver asomados entre las hojas y pendientes de los vástagos graciosas flores y risueñas frutas. El limón amarillo como el oro relampaguea entre el verde oscuro y satinado del follaje; las naranjas, cuyo vivo color no tiene nombre, cuelgan en racimos de las ramas que se doblan para ocultarlas; las manzanas pálidas y á la vez sonrosadas, descubren á los rayos del sol la pureza de su tez fina y suave; no quieren ser menos los granados, y adelantándose á la naturaleza que los guía, abren sus flores de encendida púrpura, en cuyos cálices se esconden los primeros anuncios de las granadas.

De las vecinas lomas bajan en uniformes escuadrones los viñedos, cargados de frutos y cubiertos de pámpanos, y más allá, en ordenadas filas, proyectan los extensos olivares su sombra cenicienta.

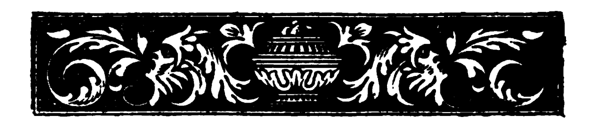
El mirto corre de una parte á otra, como si quisiera estar á la vez en todas partes; los laureles se entrelazan, ni más ni menos que si quisieran ceñir la corriente del rio con una corona eterna, y hasta las cañas, apiñadas unas sobre otras, se empinan en los ribazos, luciendo á la vez el raro verde de sus largas hojas, y los altos plumeros tejidos de seda y plata con que azotan el aire.

¡Ya se ve!: el Segura, satisfecho de tantos homenajes, sosiega el ímpetu de su curso, y, deteniéndose en las revueltas del cauce, deja que toda esa pompa se retrate en el espejo no siempre claro de

sus aguas. Y parece que se recrea en contemplar el espectáculo que se abre ante sus pacíficas ondas, y, ondulando de una á otra orilla, besa las márgenes, como si quisiese decir á la tierra: «Gracias, señora; gracias.»

Después de esta fiesta con que la naturaleza celebra el paso del río, la huerta de Murcia se abre alegre de verlo y ansiosa de recibirlo.





AGUA VA



o hace mucho tiempo que uno de esos sabios que la moderna cultura nos ofrece diariamente con bastante liberalidad, nos anticipó la noticia de un hecho medio geológico, medio atmosférico, casi antropológico, y de todas maneras extraordinario.

Averiguada la actividad de la naturaleza, su inquietud perpetua, su propensión constante á no estarse quieta ni un momento, la ciencia particular ha previsto una transformación que ha de cambiar el triple aspecto de la atmósfera, del hombre y de la tierra, en un plazo cuyo término se pierde todavía en las oscuridades de lo futuro.

Se trata sencillamente de que al fin y al cabo, cansado el aire de vagar por la superficie de la tierra, modifique, digámoslo así, sus costumbres, y se convierta en agua en virtud de razones particulares, íntimas, que deberá tener para ello.

En tal caso, y atendiendo á la gravedad de su nuevo estado, caerá sobre el mundo naturalmente por su propio peso, y los mares, que no desean otra cosa, lo recibirán con los brazos abiertos, como quien recibe una herencia, con la que aumentarán las extensas soledades de sus vastos dominios.

De aquí que los continentes vendrán á menos; y reduciéndose á vivir con lo absolutamente necesario, apenas podrán ofrecer al hombre cuatro palmos de tierra sobre la que eche plantas, y á tal punto puede llegar la estrechez de la situación, que no haya ni un palmo siquiera sobre que caerse muerto.

Esta especie de traslación de dominio, apuntada ya en el registro de la propiedad científica, parece que ha de realizarse sin perjuicio de tercero, y como el tercero en estas cosas es siempre el género humano, se ha convenido, digámoslo así, en el concurso de acreedores de tan estupenda liquidación, que el hombre, á su vez, cambie de especie, y vaya adquiriendo poco á poco las condiciones necesarias para seguir viviendo.

Claro es que, no teniendo tierra bastante para pasear sus grandezas, tendrá que apechugar con lo que venga, y, haciendo de su capa un sayo, adoptar la forma de anfibio ó de pato por lo menos, para proseguir multiplicándose, no ya precisamente sobre la superficie de la tierra, sino sobre la superficie de las aguas.

Tal es, en sustancia, el destino que, según tiene

anunciado la ciencia, nos reserva, en un plazo más ó menos remoto, el tiempo que está por venir, y que ha de llegar á nosotros más temprano ó más tarde.

No he de entretenerme yo ahora en exponer las razones científicas que han conducido la perspicacia humana al conocimiento de esa transformación tan cuidadosamente oculta en el secreto de las más lejanas edades, porque, bien mirado el caso, se advierten señales que descubren en nuestro modo de ser actual cierta propensión intuitiva, que confirma la averiguación del sabio que, bien podemos decirlo así, nos ha puesto con el agua al cuello.

Obsérvese el movimiento de los conocimientos humanos en lo que se refiere á las dolencias del cuerpo, y se verá que la medicina universal ha encontrado en el agua el medio decisivo de curarlo todo.

Yo, por mi parte, confieso ingenuamente que no conozco ya persona, sana ó enferma, que no tenga en el recetario de su particular tratamiento unas aguas más ó menos medicinales, que ha de tomar necesariamente todos los años, como medicina si se halla enfermo, como precaución higiénica si está sano, porque el agua en la moderna farmacopea no es solamente un específico, sino además un preservativo.

La naturaleza es siempre previsora, y rara vez deja de acudir á tiempo á las necesidades de los hombres, y como ella está en el secreto, he ahí que

por todas partes abre con mano pródiga los ocultos tesoros de sus aguas medicinales, de tal manera, que parece que el mundo va á parar en un establecimiento de baños.

Por otra parte, la homeopatía ha hecho del agua la necesidad de todo medicamento, ó, más bien, el medicamento es el pretexto de que el agua se sirve para invadirnos en los diversos casos de tantas y tan variadas enfermedades como todavía nos aquejan. Decir homeopatía es lo mismo que decir «agua va;» el glóbulo, en definitiva, no es más que un escrúpulo de la ciencia, un átomo medicinal, una conjetura de medicamento. Es, valiéndome de la fórmula aritmética que los matemáticos llaman irracional, cualquier cantidad de agua dividida por cero, porque cuanto menor es el divisor, mayor es el cociente, y siendo el divisor cero, el cociente será el infinito. Aquí el cero es la medicina, el agua el dividendo, y el cociente una curación infinita, esto es, que no se acaba nunca.

Pues bien: la hidropatía, más ingenua, más franca, echa á un lado los escrúpulos, y dice resueltamente que no hay más medicamento efectivo que el agua pura y neta; se ha propuesto ahogar toda dolencia, y como si presintiera nuestro futuro destino, grita por todas partes á los enfermos, diciendo: «Al agua, patos.»

Por lo que hace al aliño y recreo de la persona, los indicios se nos presentan con elocuencia irresistible, y nos encontramos al penetrar en el mundo

perfumados con un verdadero diluvio de aguas. Ya no hay cosmético que no haya adoptado la forma líquida, y desde el agua de colonia hasta el agua de la reina de Hungría, no hay tocador ni perfumería que no sea una catarata.

Y medítese el caso, y se advertirá cuán luminoso es el prodigio de la coincidencia, pues todas esas aguas, inclusa el agua rosada en que se baña la presente felicidad de la especie humana, no tienen más fin que la regeneración del cabello, la restauración de la belleza, la perfección de los defectos, la frescura de la tez, la suavidad del cutis, en una palabra, la regeneración continua y perpetua del género á que pertenecemos; y esto parece que nos lleva como de la mano á la gran transformación que tenemos anunciada; pues á mí me parece mucho más difícil transformar á una mujer fea en hermosa, y á una vieja en joven, que á un hombre en hipopótamo ó en ganso.

Pero no para ahí la inundación. La moral no quiere ser menos que la medicina y la perfumería, y, si bien no se puede decir que echa una cana al aire, puede asegurarse que se empeña también en llevar su gato al agua; y, quieras que no quieras, ofrece á la rectitud de las gentes la sanción de todos los actos del hombre, por medio de una fórmula, en la que el agua es absolutamente indispensable.

¿Qué ocurre? Un desastre, un crimen, una traición, una infamia. ¿Sí?—Pues mire V., yo me lavo las manos.

Ahora bien: ¿no es esa fórmula universal, generalmente admitida y constantemente usada, indicio bastante de que nos vamos acercando poco á poco á ese estado orgánico que consiente á las especies anfibias vivir como si tal cosa entre la tierra y el abismo, en las márgenes de los ríos y en las orillas de los mares?

Por otra parte, la lengua siente á su vez impulsos proféticos y arroja al platillo de las conversaciones palabras simbólicas, que anuncian también el cambio de nuestra especie.

Prestad oído atento al lenguaje familiar, y oiréis muchas veces decir: «¡Ah! ¿Ese? Sí, buen pez», ó «¿Éste? ¡Vaya! Éste no es rana.»

Una palabra mucho más conceptuosa, más capaz, más comprensiva ha venido recientemente casi á descorrer el velo del misterio.

Todo trastorno, todo lío, toda confusión, todo desorden en las ideas, en las personas y en las cosas, lo expresamos diciendo: «¿Eso? *¡La mar!*» Con «*la mar*» queremos decir sencillamente el caos.

Todavía hay más testimonios que nos confirman la evidencia de la transformación á que la naturaleza nos conduce. El comercio que corre el mundo, que va y vuelve, que sube y baja, que entra y que sale, que toma y deja, va á pronunciar también su palabra en este asunto.

Fijad la mirada en sus letras más ó menos protestadas, y leereis: *Liquidación* aquí, *liquidación* allí, *liquidación* arriba, *liquidación* abajo, *liquidación* por

todas partes. ¡Oh, admirable penetración de la ciencia! En efecto, todo se liquida.—«Agua va,» dice también el comercio.

¡Gran Dios! ¿Y los Estados? Ved bien la situación de casi todas las naciones del mundo, y las encontraréis nadando entre dos aguas. Contemplad ya á ésta, ya á aquélla, empeñadas en la ardua tarea de enjugar la deuda.

¿Y el lujo? Ved con qué pompa flota sobre las aguas de los diamantes y entre las aguas de la seda con que nos inunda.

En los primeros días del diluvio, las gentes, animadas por el espectáculo, se mirarían unas á otras, y restregándose las manos, exclamarían:

«¡Qué buena cosecha vamos á tener este año!»

Ignoraban que el cielo, enojado con los hombres, había resuelto anegar la tierra, diciendo *agua va*; y el agua fué, y cayó á torrentes, y sumergió hasta los últimos picos de las montañas más altas, y todos los hombres se ahogaron. Aquella fué la gran liquidación entre el cielo y la tierra.





DE AYER Á HOY

ADA edad tiene sus goces, cada época sus gustos, cada hombre sus aficiones. Así acontece que es inagotable la serie de costumbres y de trajes que cada siglo deja á la curiosidad ó al estudio del siglo que le sucede.

Ó porque el tiempo pasa hoy con más rapidez, ó porque nosotros nos movemos con más precipitación, ello es que el aspecto externo, que tanto distingue unas épocas de otras, es cada vez más variable, más fugitivo, más inconstante.

Hace escasamente cuarenta y cinco años que el espíritu romántico invadió la vida, poniendo en movimiento una generación poseída de las más violentas pasiones y de los más tétricos sentimientos. El amor, que por su especial naturaleza parece destinado á dar la vida; niño y ciego, según se pinta desde los tiempos más felices del paganismo griego; atrevido, ligero, revoltoso, no parece que habría de poder transformarse en una especie de

sombra fúnebre, encargada de llevar por el mundo la desolación y la muerte.

Si bien se mira, nada hay más triste que esa especie de renacimiento sepulcral, en que la palidez cadavérica era de rigor; las melenas caídas sobre los hombros de absoluta necesidad; el aïre abatido y melancólico indispensable; la apariencia, en fin, de un espectro vivo, venía á ser la forma más correcta del ser humano auténtico de aquel tiempo.

Desde el momento mismo en que García Gutiérrez se hizo presente en el mundo de las letras, anunciándose á la posteridad con *El Trovador* (única joya dramática de entonces que se salvará justamente del olvido), el furor romántico, novedad á la sazón ya dominante, aunque algo contenida en los límites de la razón y del buen gusto, estalló como una bomba que sólo espera que la mecha se incendie.

Desde aquel momento crítico, el espíritu de la época encontró la forma característica de sus fúnebres *ideales*, y todo hombre quedó persuadido en el acto de que no había más remedio que ser un Manrique, ó ir á ocultarse como ser insignificante en las oscuridades del vulgo.

De igual manera, tod a mujer en cuyo corazón no se hubiese apagado aún el fuego de la juventud por la frialdad de los años, encontró en Leonor el tipo original de la especie, el modelo acabado de la mujer, no precisamente enamorada, sino simplemente dispuesta á enamorarse, ya como una tonta, ya como una loca, del primer Manrique que

acertara á doblar melancólico y triste la esquina de la casa.

No era posible vivir en aquellos días de enlutados pensamientos, sin tener una ventana más ó menos imaginaria, á cuyo pie llegase en las calladas horas de la noche el trovador fantástico, laud en mano y espada en cinto, á cantar con la voz más triste posible las más doloridas endechas; porque era de cajón y circunstancia ineludible que todo amor había de ser necesariamente desgraciado.

Jamás el mal gusto de una época ha tenido un éxito más completo, y nunca el arte, la poesía, las costumbres y el lenguaje han pagado más unánime tributo al capricho de la moda. Se puede asegurar que aquella insustancial extravagancia que llamamos romanticismo, se llevó de calle al mundo que bulle, frívolo siempre, y entonces más frívolo que nunca. Sólo el vulgo de las gentes, adonde suele refugiarse el sentido común, pudo librarse del contagio.

Claro está que nadie se moría por desengaño más ó menos, ni se mataba por una ó por otra ingratitud: el fondo real de la vida no experimentaba grandes alteraciones; se comía con regular apetito, se dormía á pierna suelta; en una palabra, se iba viviendo. Aquellos espíritus puros, aquellas fantasías convenidamente exaltadas, se hallaban como los de cada hijo de vecino, encerrados en este calabozo de carne y hueso; tenían que resignarse á cumplir con todas las funciones mecánicas que las

necesidades físicas imponen á todos los mortales.

Aquel veneno siempre en los labios, no llegaba nunca al estómago; aquella desesperación apasionada siempre en las palabras, no llegaba nunca al alma; la hoja de aquel puñal, dispuesto siempre á sepultarse en el pecho del amante desgraciado, no llegaba jamás al corazón. Cierto; pero el aspecto externo, lo que podemos llamar la *toilette* de aquella sociedad, no podía ser más fúnebre.

Si puedo explicarme así, diré que la imaginación desbocada había engalanado al amor con una mortaja; y las citas en los cementerios, los encuentos entre las tumbas de los panteones, los coloquios de eterna despedida y de juramentos de muerte, á la luz de la luna, entre las ruínas de una abadía ó de un castillo, era el asunto obligado, el cuadro siempre repetido, de aquella poesía lúgubre, insoportable y llorona.

La manía de hacer versos se extendió como una epidemia, y nunca se hicieron más ni peores; la musa romántica había abierto su bazar de liras, y bastaba fingirse enamorado, no para hacer disparates, sino para decirlos; el número de poetas lúgubres, sombríos y llorones era entonces mayor que lo es hoy el de filósofos, oradores, hombres de Estado y economistas.

Jamás las estadísticas de los delitos han podido recoger más abundante cosecha de suicidios, todos, por supuesto, en prosa desastrosamente rimada. La manía de versificar á lágrima viva llegó á

constituir una verdadera locura, un duelo perpetuo.

De todo aquello no queda nada; el olvido se lo tragó todo sin misericordia; porque el romanticismo se dió tal vida, que murió en muy poco tiempo á sus propias manos.

Dejó, no obstante, corrompido el buen gusto, dislocado al arte y pervertidos los sentimientos; su moral era la confusión más espantosa de todos los deberes; á sus ojos todo era lícito á título de pasión. Una poesía y un arte sin verdad y, por consiguiente, sin sentido moral, claro es que había de carecer al mismo tiempo de toda belleza y de todo sentido común.

Todo eso fué ayer; hoy las cosas son, en el mismo camino, todo lo contrario; casi de repente hemos caído de las cumbres del romanticismo en las realidades del positivismo; de la muerte fantástica, hemos pasado á la vida práctica; de la poesía más desenfrenada á la prosa más vil del mundo.

En las costumbres, en los caracteres, en las inclinaciones y en el lenguaje, en todo cuanto forma el conjunto de las relaciones con que los hombres se entienden en la vida, hay un sentido tan positivo, un concepto tan mercantil, una cuenta y razón tan estrecha, que la utilidad es ya el único móvil de las acciones humanas.

El amor se cotiza como los efectos públicos; la palabra *negocio* ha invadido todas las regiones en que el hombre se agita, y bien podemos decir que en el gran drama que se desenvuelve delante de

nuestros ojos, el interés propiamente dicho es el secreto resorte que lo anima ; todas las cuestiones que se presentan son de la misma naturaleza: cuestiones de intereses.

No hace mucho se ha dicho, como quien hace un descubrimiento, que en el fondo de toda cuestión política hay una cuestión económica; ó, lo que viene á ser lo mismo, que todo en el mundo es ya cuestión de maravedises.

En el orden de los sentimientos, la transformación es de tal naturaleza, que parece como que el corazón se ha convertido en bolsillo. Se ama y se aborrece, digámoslo así, por tarifa, según lo que cuesta ó lo que vale, según lo que se pierde ó lo que se gana. Las ideas no son ideas, son cálculos. Si la imaginación de la juventud continúa siendo soñadora, hay que convenir que el repertorio ha quedado muy reducido: sus sueños son sueños de oro.

Hay ciertamente hombres y mujeres de muy pocos años; pero jóvenes, apenas hay ya en las nuevas generaciones.

Todavía, no obstante, nos inclinamos ante las grandes obras del talento y del arte; casi creemos que no hemos perdido el gusto, el buen gusto; pues en presencia, por ejemplo, de un lienzo de Velázquez, arqueamos las cejas y fruncimos la boca, verdaderamente poseídos de admiración y de asombro; porque, en resumidas cuentas, hemos averiguado que el lienzo es como un gran billete de

Banco, que representa el valor de unos cuantos millares de pesos duros.

En medio de la realidad positiva en que vivimos, lo que no es mercancía, ¿qué puede ser en el mundo?

De ayer á hoy hemos pasado de una muerte á otra; de la muerte de todo sentido á la muerte de todo sentimiento.





MESA REVUELTA



Si quieres tener un amigo verdadero que te sirva lealmente en todos los trances de la vida, procura estar siempre bien contigo mismo.

La única semilla que fructifica en todos los terrenos, es la semilla de los beneficios. Siembra y cogerás, porque es cosecha que nunca se pierde.

La ingratitud es el pretexto de que se vale el egoismo para no tomarse el trabajo de compadecerse de las desdichas ajenas.

Los beneficios que la ingratitud humana desco-

noce, pueden valer mucho, porque el beneficio que el ingrato desprecia, Dioslo recoge.

No hables nunca mal de las mujeres, pues, eches por donde quieras, no podrás negar que una mujer ha sido tu madre.

La apariencia es la falsedad de todas las cosas y el mundo está lleno de apariencias, y por lo mismo está también lleno de desengaños.

Si alguna vez oyes decir que no hay Dios, y es posible que lo oigas, procura averiguar qué interés puede tener el que lo dice en que no lo haya, y después hablaremos.

¿Sabéis lo que es un tonto? Imaginaos un mulo con los ojos vendados, dando vueltas muy tranquilamente alrededor de una noria cuyo pozo no ha tenido nunca agua.

Hay una mentira muy antigua que los hombres conocen perfectamente, y es la que, sin embargo, creen siempre. Se llama *lisonja*.

Para no caer en la facilísima contingencia de ser servil, no hay más que un remedio, sencillo pero seguro. Consiste únicamente en ser humilde.

No me atreveré yo á asegurar que las invenciones químicas preparadas por el ingenio humano para hacer nacer el pelo, hayan acabado en el mundo con los calvos; pero es preciso reconocer que no les falta virtud, pues los inventores y los expendedores acaban regularmente por echar pelo.

Un tonto es un calvo de entendimiento; como si dijéramos, un calvo de puertas adentro, ó, lo que es lo mismo, un calvo interno.

En el comercio del género humano, la verdad

suele costar muy cara; y vea V. qué contradicción tan curiosa: la mentira es la que hace dinero.

Una vez que emborronaba papel, escribí estas palabras:

«Creo que lo que nos sobra no nos pertenece.»

Pero las borré para escribir estas otras:

«¡Quién tiene bastante!»

No cabe duda de que la palabra es por su naturaleza reveladora, pues ella es el medio elemental y primitivo de comunicación entre los hombres. Nada más natural que ella misma sea el testimonio auténtico y permanente de la revelación.

Rousseau dice: «Para inventar la palabra ha sido necesaria la palabra.»

Las ciencias humanas son ciertamente una luz; pero es una luz que sirve sobre todo para que veamos la oscuridad que nos rodea.

Balzac asegura que en el fondo de toda ciencia

hay una negación. Lo cual, traducido á todos los idiomas del sentido común, quiere decir sencillamente que los sabios no ven más allá de sus narices.

Misterio no quiere decir oscuridad, sino luz. Suprímase el misterio, y caeremos en el absurdo de que nada de lo que nos rodea tiene principio.

La Fe, con los ojos vendados, ve más que la ciencia del hombre con los ojos de par en par abiertos, porque ve á Dios, principio de todas las cosas.

Si no hay otro mundo, yo me atrevo á preguntar á la novísima sabiduría de los hombres: ¿Qué hemos venido á hacer en este?

Todos los días nos quejamos de los fallos de la justicia humana. El juez hombre se engaña ó prevarica. Ante este testimonio perpetuo de incapacidad, ¿cómo podemos negar la justicia divina?

No sé cómo cada cuál hará la cuenta de su vida, pero es lo cierto que en la aritmética corriente, todo lo que se malgasta en la juventud se tiene de menos en la vejez, porque vivir no es más que quitarse la vida más de prisa ó más despacio.

Nadie sabe lo que sucederá mañana, y, no obstante, suceda lo que quiera, eso será lo que debía suceder. Tan grande ignorancia nos dice claramente que la Providencia es mucho más lógica que los hombres.

Hemos convenido en que la prosperidad de los pueblos se mide por la extensión de su deuda.

Sostenemos que el crédito es la gran fuente de la riqueza pública.

Pues el crédito no es una suma, sino una resta.

He aquí una cosa increíble: Hay quien enferma y quien se muere á pesar de los prodigiosos adelantos de las ciencias médicas.

El afán de conseguir la inmortalidad no es más

que la manía de sobrevivirse, y hay quien se suicida para vivir algunos días después de muerto.

La peluca es el fin del pelo.

Lo que más vale, suele ser, por lo común, lo que menos cuesta. La salud se tiene de balde, la inocencia gratis, la sobriedad da dinero encima.

Ahora bien: una enfermedad cuesta un ojo de la cara; la malicia cuesta un sentido moral; los apetitos desordenados se pagan á peso de oro.

He ahí por qué la virtud es la verdadera economía, y el vicio el verdadero lujo.

Me atrevo á asegurar que los tuertos son los únicos hombres que no ven el mundo más que por un agujero.

Antes se decía: «El que paga descansa.» Pero han cambiado los tiempos, y resulta que el que descansa es el que cobra.





EL GATO DOMÉSTICO

(HISTORIA FAMILIAR.)

BUFFON ha sido el novelista de la Historia natural, como Julio Verne lo es hoy de las ciencias físicas. El primero se ha complacido en acercar los brutos á los hombres, repartiendo entre los irracionales usos, costumbres, caracteres, inteligencia, y aun, si puedo decirlo así, cualidades morales.

Julio Verne, con estilo menos encantador, pero no con menos recursos de imaginación, ha tomado por su cuenta á la naturaleza, llevándola hasta el prodigio, para hacerla intervenir como agente dramático, casi inteligente, en el curso de sus pintorescas fábulas.

Claro es que la naturaleza sabe más que el hombre, puesto que ella es la ciencia que los hombres estudian sin acabar nunca de poseerla; porque, en

último término, esconde el secreto originario de todas las cosas, y ese secreto es impenetrable para la ciencia.

Pero vamos á nuestro asunto, que no es otro que colocar en el lugar que se merecen las singularísimas cualidades que distinguen al gato doméstico, víctima hoy en su reputación de las injustas parcialidades de los naturalistas. Ni Geoffroy, ni Temminck, ni Smith, ni Schreber, ni Linneo, ni Cuvier, ni el mismo Buffon, ni el mismo Plinio, que llegó á averiguar que el elefante sentía crecer la hierba, han visto en el gato doméstico la inteligente perspicacia con que ha sabido comprender los beneficios de la vida social, y las grandes ventajas que proporciona la civilización ; y parecen satisfechos de haberlo relegado en los anales de la Historia natural á la especie más insignificante de la gran familia felina.

Para los naturalistas el gato doméstico es el vulgo de los gatos, la *turba multa* de la raza, la plebe del género.—¡Qué gran injusticia!

No siempre lo que más frecuentemente se ve, es lo que mejor se conoce : el hombre mismo testifica la exactitud de la observación : todos los días se ve, vive en su continua compañía, está en el secreto de sus más ocultos pensamientos ; se sabe, digámoslo así, de memoria, y, no obstante, ¡qué pocas veces se conoce!

Nosce te ipsum, ha dicho la antigüedad, lo cual, traducido al castellano, quiere decir : ¡cuán difícil es

que el hombre se conozca á sí mismo! Probablemente, las grandes agitaciones que el mundo experimenta, no tienen más origen que esa obstinada ignorancia con que nos hemos propuesto no conocernos, quizá para no estimarnos.

He ahí, poco más ó menos, lo que nos ocurre con el gato doméstico. Familiarizados con su presencia, habituados á su asidua compañía, apenas nos dignamos concederle una de esas miradas superficiales que pasan por encima de la corteza bajo la que se esconden todas las cosas.

Sabemos que posee una piel fina como la seda, manchada caprichosamente de diversos colores; que maulla, que ronca, que araña, que salta, que bufa, que es fiero, flexible, juguetón, elegante, gracioso.... No pasa de ahí lo que sabemos acerca de este mamífero realmente prodigioso. Si lo vemos todos los días, ¿qué necesidad tenemos de conocerlo?



No se ha podido averiguar nada, y no tengo noticia de que se haya hecho investigación alguna, respecto al origen de la intimidad de relaciones que existen entre el gato doméstico y la familia humana; pero bien se comprende que debió ser el gato el que, ante los peligros de la vida salvaje y las muelles ventajas de la vida culta, aceptaría sin vacilar las condiciones verdaderamente leoninas del contrato.

Entre vivir á la intemperie en las soledades de la selva, expuesto á la voracidad de los matones del oficio, ó tener casa y hogar reconocidos, y hasta asegurados de incendios; entre la vida errante del aventurero y la vida ordenada y regular del vecino, es de presumir que, sin más averiguaciones, entrase en el *Contrato social* con que Juan Jacobo Rousseau arregló las relaciones legales de los hombres entre sí.

Ello es que nos lo encontramos en posesión de la sociedad, en el goce pacífico de la casa, y en el seno mismo de la familia, sin que nadie le dispute la legitimidad de su derecho, pues pasa en autoridad de cosa juzgada.

Mucho se ha hablado de la fidelidad del perro, de la docilidad del caballo, de la inteligencia del elefante, de la astucia del mono, de la suculencia de la carne de vaca, y hasta de la sabrosa suavidad de las ostras; pero nadie ha reparado en los extraordinarios talentos que adornan la condición moral del gato doméstico.

Es más: se le tiene por estúpido, y se le considera incapaz de aprender nada útil; y ved ahí precisamente dónde yo encuentro el rasgo más característico de su claro ingenio, porque para nada se necesita tanto talento como para hacerse el tonto.

Ha comprendido con su fina perspicacia, que el hombre lo utiliza todo en beneficio de sus intereses, de sus necesidades, de sus placeres ó de sus recreos, y ha dicho: «¿Sí?.... Pues yo no sirvo para nada.»

No hay animal que caiga bajo el dominio del hombre, desde el elefante hasta la pulga, que no le preste algún servicio. El perro vigila, rastrea, acompaña y defiende, el caballo ha llegado á ser los pies y las manos del hombre, el oso baila, el mono es un repertorio de gracias, el loro habla, el elefante ofrece su fuerza y su obediencia, y, en fin, la pulga misma, que tan fácilmente se cscapa de entre los dedos, se somete á servir de espectáculo con el nombre de *pulga industriosa*. Esta regla general sólo tiene una excepción, única: el gato doméstico.

Su introducción en la vida íntima de la familia reconoce por fundamento el más frívolo de los pretextos: los ratones. Supercheria ingeniosísima, por medio de la cual ha conseguido ser una necesidad de la casa. Cabalmente los ratones son su delicia; preferiría los pájaros, mas, en su defecto, cazar ratones es su diversión favorita. La casa es su palacio; los sótanos, los desvanes, las despensas, son sus bosques; caza por placer, por recreo: ¿qué más necesita su vida de príncipe?

Ved con qué atención espía el agujero por donde ha de salir la víctima. Acecha y espera, llega el momento, y salta sobre su presa. Entonces, ¡qué alegría! ¡qué locura! ¡qué extremos! Está en sus glorias. La suelta para volver á cogerla, y la coge para volver á soltarla. La va matando poco á poco. Diríase que siente matarla. Y después de muerta, la remueve con sus uñas, la agita con sus dientes,

porque quiere que se mueva, quiere que viva, para volver á matarla. Un ratón inmortal sería el eterno paraíso del gato doméstico.

Y allí está la familia contemplando la escena con la risa en la boca y la admiración en los ojos; como si el último refinamiento de la crueldad fuese entre los hombres el espectáculo más digno de interés y de aplauso.

¡Qué triunfo para el gato doméstico!

*
* *

Hay una cuestión que los naturalistas no han planteado todavía, y que, por lo tanto, nadie se ha tomado el trabajo de resolver. Trátase de averiguar si, en efecto, el gato doméstico es un animal domesticado, ó conserva, en medio de su aparente domesticidad, toda la feroz independencia del estado salvaje.

Para mí, salvo el parecer de los naturalistas más acreditados en el conocimiento de los animales, y con todos los respetos debidos á la ciencia, el gato que vive á la sombra de la familia, al calor de la casa, y bajo el tierno amparo de la sociedad protectora de los animales y de las plantas, por un rasgo de suprema astucia, se finge doméstico.

Eso sí; después de tomar todas las precauciones imaginables, paso á paso y lentamente, como quien va sobre ascuas, se nos acerca, encorva el lomo á nuestras caricias, salta sobre nuestras rodillas, y

nos hace sentir en el rostro una y otra vez la fina suavidad de su cola; mas esa gracia enteramente voluntaria, no supone obediencia ninguna: la más pequeña contrariedad lo irrita, y sus uñas corvas y agudas, cautelosamente ocultas en las falanges de sus manos ligeras y prontas, se clavan sin misericordia en la mano misma que los acaricia.

No hay que esperar del gato doméstico habilidad ninguna que suponga sumisión al mandato de voluntad ajena: como si poseyese el instinto frío y calculador del hombre de negocios, nunca hace más que aquello que le trae cuenta. Es inútil llamarlo cuando no quiere ir: sólo lo atrae el halago cuando lo desea ó la presa cuando la apetece. Rebelde á todo vínculo, no quiere contraer ni siquiera el deber de la gratitud; así es que prefiere lo que se toma por su mano, á lo que le dan. Jamás espera que le den lo que él mismo puede tomarse.

Vedlo delante de una puerta entreabierta. ¿Entreabierta?.... Sí; lo ha de pensar mucho antes de penetrar por ella. Las puertas entornadas son siempre motivo de graves reflexiones para cualquier gato que sabe lo que se pesca. Se detiene como quien medita, va y viene como quien duda, y al fin adelanta tímidamente las manos é introduce suavemente la cabeza; el iris de sus ojos redondos se dilata, sondea de una ojeada la estancia objeto de su curiosidad. Perfectamente; no hay peligro ninguno; mas, por si acaso, se estrecha para no mover la puerta que le abre paso, no sea que los goznes

indiscretos rechinen intempestivamente. Hecho esto, se desliza á derecha ó izquierda, según las circunstancias del caso; jamás de frente, y siempre junto á la pared, ocultándose bajo la sombra de los muebles; diríase que anda por país enemigo, ó que ha aprendido que para vivir entre los hombres toda precaución es poca.

¿Qué trae el gato á la civilización? Nada. ¿Qué toma? Lo toma todo.

Vedle voluptuosamente tendido sobre el almohadón más mullido, más suave, más blando. ¿Es de seda? Bueno. ¿Es de terciopelo? Mejor. ¿Está bordado con flores de exquisito dibujo? Entonces magnífico: quiere decir que es un lecho de rosas. ¿Dónde está la cama más limpia, más perfumada, más rica de la casa? Pues allí está el gato doméstico entregado á las dulzuras de un sueño delicioso. De vez en cuando alarga las manos, contrae las uñas, entorna los ojos y se enrosca sobre sí mismo, dándose á sí propio gracias por el placer que se proporciona.

¿Qué le importa el frío del invierno, si para él se ha hecho el calor de la chimenea, ó el templado ambiente que exhala el brasero bajo la falda plegada de la camilla, ó la caliente plancha de metal que se tiende delante de la estufa, ó, en último resultado, la tibia atmósfera del hogar que hace de la cocina una primavera perpetua? Y si el día es hermoso, claro, despejado y sereno, allí está la alfombra, cabalmente tendida al pie del balcón, que

al través de los cristales deja entrar un rayo de sol que ilumina y calienta, refrigera y alegra.

Cambian las estaciones, no tanto como los hombres, pero cambian, y al frío del invierno ha sucedido el calor del verano. ¿Y qué? El gato doméstico no tiene por qué apurarse. ¡Qué fresco más delicioso se siente en la umbría soledad del sótano! ¿No? Pues ahí está el mármol del estrado, limpio como el oro y terso como un espejo, que convida á dormir tranquilamente la siesta.

El lujo parece que es su atmósfera propia. ¡Con qué elegancia juega con el borlón de seda que cuelga del opulento cortinaje! ¡Qué bien se afila las uñas en los bordados tapices! ¡Cómo ensaya el poder de sus garras en los dibujos tallados de los muebles más ricos!.... Y á todo esto, es inútil intentar que se sujete á ninguna ley, á ninguna regla, á ningún mandato. No hay que pedirle nada, porque todo lo niega; sólo es generoso en arañazos. Ha venido á disfrutar todos los beneficios de la civilización, sin perder nada de su salvaje independencia.

*
* *

En las intimidades de su vida no es menos prodigiosa la perspicacia con que se apropia cuanto cree necesario á sus necesidades, á su comodidad ó á su conveniencia.

Observémosle; mejor dicho, oigámosle un momento á los pocos días de haber nacido.

Las voces de los animales son sonidos inarticulados que el hombre traduce libremente para imitarlas; así es que, por ejemplo, para reproducir en el lenguaje humano el canto del gallo, tiene que valerse de la figura retórica que llamamos onomatopeya, y sale del paso exclamando: *¡Quiquiriquí!*, palabra sin forma y sin sentido.

Con el gato doméstico no sucede eso: su primera voz, cuando se puede decir que todavía está en la cuna, es un sonido claramente articulado, que contiene la idea más trascendental de las que siempre han agitado al mundo. Su primera palabra es esta : *mío*. Apenas ha abierto los ojos á la luz de la vida, cuando se proclama dueño de todo lo que ve; parece que es un hombre el que habla dentro del gato.

Libre en sus costumbres hasta el libertinaje, prescinde, como dueño de sí mismo, de todo deber que pueda encadenar su autonomía y comprometer su *Habeas corpus,* y no hay quien lo acarree á que reconozca las obligaciones que pesan sobre el padre de familia. Cumple con la naturaleza, y después, si te vi no me acuerdo; y como siempre ha sido de esa manera, no es lícito asegurar que ha aprendido á sacudirse la capa en la escuela de los hombres.

Y no vaya á creerse que es un ser encenagado en las groseras satisfacciones de los apetitos materiales; antes por el contrario, es idealista. Sus es-

peranzas, sus ilusiones, lo que podemos llamar su poesía, anda casi siempre de tejas arriba. Sobre los aleros de los tejados es donde se puede decir que vive la vida del alma. Como los antiguos trovadores, canta allí sus amores, sus desengaños, sus batallas y sus triunfos. Del mismo modo que Homero cantó *La Iliada*, Lope de Vega ha cantado *La Gatomaquia*. Borrados están ya los lugares de aquella famosa guerra, mas donde quiera que haya dos gatos, allí hay tirios y troyanos, allí es siempre Troya.

No es, sin embargo, el carácter heróico, enamorado y caballeresco el rasgo más saliente de su genio. Las ciencias han hecho en manos del hombre, prodigiosos adelantos. Cierto; pero ¡ah!, todavía no hemos alcanzado el privilegio de tener una vida siquiera de repuesto, con que alternar con esta única, sola y triste que se nos ha concedido. Pues bien: el gato doméstico puede burlarse de todos nuestros adelantos científicos: él tiene siete vidas. ¿Cómo, dónde, cuándo ha penetrado en ese secreto oculto á la ciencia humana? He ahí mi asombro.

¿Y acaso no es su nombre el que parece como que preside los más arduos problemas que agitan al mundo?

Ved si no cómo se buscan incansablemente los tres pies al gato.

Ved cómo cada cuál quiere llevar su gato al agua.

¿Quiénes no se echan el gato á las barbas?

¿Quién no pretende sacar la sardina con la mano del gato?

¿Dónde no hay ya gato encerrado?

¡Dios mío!.... ¿No es casi todo gato por liebre?

Siete vidas no son ciertamente la eternidad, y este animal prodigioso, que se sobrevive seis veces, que llega á ser hasta su propia posteridad, se encuentra un día con que se apaga la luz de su existencia, y entonces, como si él mismo quisiera enterrarse, se esconde en el último rincón de la casa, y muere. Mas, ¡oh resplandor del verdadero mérito que brilla hasta más allá del sepulcro! La fama, la celebridad, la popularidad, como compañeras inseparables del genio, siguen al gato muerto.

Desde ese momento empieza á ser el tesoro que cada uno guarda en el fondo de su gaveta. Tener gato, equivale á poseer todos los goces de la vida. *¡El gato!* ¡Quién puede olvidarlo! ¡Desventurado aquel que no tenga *gato!*





DIÁLOGOS

I.

EÑOR de....

—¡Ah!.... ¡qué sorpresa!....

—¡Sorpresa!

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque acabo de levantarme, y me encuentra V. vestido, y un hombre vestido no necesita para nada á un sastre.

—Cierto; pero hace ya tres años que estaba V. desnudo.

—¡Ya lo creo!; y esa es precisamente una cosa que hago todas las noches al acostarme. ¡Desnudo!.... ¡Friolera!.... Ese es precisamente el destino

del hombre; nacer sin camisa.... ¿Conoce V. alguien que haya venido al mundo ni siquiera en bata?

—Bien; pero yo soy sastre,

—Perfectamente ; quiere decir que está V. encargado de la decencia pública; es una cuestión de policía urbana, y yo nada tengo que ver con el ayuntamiento.

—Enhorabuena; pero yo lo estoy vistiendo á V. hace tres años, y ya la cuenta es larga.

—Vea V. qué exigencia tan singular.... ¡Todos los días me visto yo á mí mismo, y jamás he tenido ninguna cuenta conmigo. Además, si la cuenta es larga, córtela V. por donde quiera : cabalmente es V. sastre, y tiene las tijeras en la mano.

—No nos entendemos ; lo que yo digo es que le he hecho ropa por valor de....

—No siga V. adelante.... Es un principio de derecho providencial que el que la hace la paga.... V. la ha hecho: pues bien, páguela V., y asunto concluído.

—¿De manera que V. quiere vestirse de balde?

—Lógica, señor maestro, lógica.... y sobre todo moral.... La desnudez no está permitida desde el día en que Adán y Eva, por razones que no son de este momento, descubrieron que se hallaban desnudos ; entonces la parra, más instruída que V. en las obras de misericordia, les ofreció una hoja. Ahora bien: ¿quiere V. ser menos que una parra? Declárese V. alcornoque, y estamos del otro lado.

—Señor mío, eso es andarse por las ramas....

Yo no soy más que un maestro de sastre acreditado, que viene á pedir su cuenta.

—¡Á pedir su cuenta!.... ¡Santo Dios! ¡No me queda más que ver!.... ¡Pedir la cuenta cuando es él el que la trae!

—Es lo mismo; yo la traigo para que V. la pague.

—Ahí tiene V. lo que es la desmoralización de estos tiempos; vestir al desnudo ha sido siempre una obra de misericordia. ¿Qué quiere V.? ¿Poner á precio la virtud?.... ¿Y á título de qué? ¿Á título de que es V. sastre?.... ¿Quién le ha concedido á V. el derecho de especular con la decencia pública?.... ¿Qué especie de usura es la que pretende V. imponerle al pudor?.... En resumen: ¿qué es lo que V. quiere?

—Quiero sencillamente que se haga V. cargo....

—¡Cargo!.... Señor mío, si yo he de hacerme cargo, ¿por qué se toma V. la molestia de traérmelo hecho?

—La cuestión está reducida á que afloje V. el bolsillo.

—¿Yo? ...

—Eso es.

—Pero, ¡hombre de Dios!, yo no tengo más bolsillos que los que V. me corta y me cose.... Esto no tiene vuelta de hoja.... ¿Le parece á V. que alguno de ellos está estrecho? ¿Sí? Pues á V. es á quien le toca aflojar el bolsillo.

—Vamos, V. habla como un descosido.

—He ahí por qué no puedo con los sastres.... Para ellos no hay más que coser y cantar.... Todo se arregla con que V. se cosa la boca.... ¡Ah! ¡La boca de un sastre!.... No conozco nada más descosido.

—Muy bien; pero no es ese el punto.

—¿Y qué tengo yo que ver con las costuras, para que me suscite V. una cuestión de puntos?

—Señor mío, no es eso, ni por el forro.

—¡Eh!.... Ya ha vuelto V. la cuestión del revés.

—Eso es salirse por la bocamanga.

—¡Y qué!... ¿No es V. mismo el que me facilita la salida?.... Bocamangas.... ¡Buenas me las ha puesto V. en la última levita!

—Vamos á un acuerdo.

—Jamás.... Yo estoy en mi casa, y no tengo necesidad de ir con V. á ninguna parte.

—Quiero decir que todo puede arreglarse con un corte de cuenta.

—¡Oh!.... eso es distinto.... ¡Corte de cuenta!.... Si es tela que está de moda.... me conviene: cabalmente necesito un gabán.... Hágamelo V. de ese corte.

—Esto pasa ya de castaño oscuro; no hay fuerza de entenderse con V..... Quiere decir que yo tomaré mis medidas.

—Al instante, señor maestro: en la medida está el secreto del traje.... Fíjese V. bien: manga ancha.... faldones largos.... mucha solapa.... Eso es lo último.

—Basta.... No hablemos más.... Ahora me voy, pero yo le probaré á V....

—¡Qué duda tiene! Nunca me he negado á que V. me pruebe la ropa.... Es una operación fastidiosa, pero indispensable.... No dirá V. que no soy condescendiente. Me someto á la prueba.

Me consta que el sastre salió bufando, y que el parroquiano se quedó vistiéndose.

II.

—¡Vecino!

—¿Quién llama?

—Aquí.... por el ventanillo....

—¡Ah.... sí! ¿pero quién es V.?

—¡No me conoce!.... Soy yo.

—¿La viuda del cuarto segundo?

—La misma.

—Perdone V.: he debido conocerla en la dulzura de la voz; pero como vengo de la calle y la escalerá está tan oscura....

—Somos vecinos.

—Cierto.

—Solemos vernos en el balcón.

—Eso es, de balcón á balcón.

—Precisamente yo tengo la costumbre de tomar un poco el aire en el balcón á cierta hora de la tarde.

—Sí, señora; cabalmente á la misma hora en que yo hago lo mismo.

—De manera que nos conocemos.

—¡Ya lo creo!

—Y ¡qué casualidad!

—¿Cuál?

—Que haya sido V. el que subía por la escalera cuando yo he abierto el ventanillo.

—Sin duda; pero esta es la hora en que yo me retiro todas las noches.

—¡Tan temprano!

—Es una hora regular.

—Serán las once escasas.

—Su reloj de V., hermosa vecina, retrasa.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Mucho?

—Sobre treinta minutos.

—¿Pues qué hora es?

—Las once y media bobas.

—¡Tan tarde!....

—Calcule V.: como que ya han cerrado la portería.

—Pues no sé cómo se me ha pasado el tiempo; ¡y es que como estoy sola....!

—Sola.... ¿eh?

—Sí, señor.

—¿Enteramente sola?

—Eche V. la cuenta.... Hace un año que enviudé....

—Me alegro; quiero decir que es una lástima que se halle V. viuda.

—¿Por qué?

—Porque es V. todavía muy joven.

—Es verdad.... y ¡si V. supiera!....

—¿Qué?

—Que tengo miedo.

—¡Miedo!....

—Sí, señor; como no hay ningún hombre en la casa, estoy que no me llega la camisa al cuerpo, ¡y me paso unas noches!....

—¿Y apela V. al recurso del ventanillo?

—Claro; he salido á pedir socorro.

—¡Socorro!....

—Eso es; porque al fin ha sucedido lo que estaba temiendo.

—¿Qué temía V.?

—Temía que al fin tropezaría con la horma de mi zapato.

—¿Y ha tropezado V.?

—Sí.

—¿Y ha caído?

—¡Oh!

—¿Qué quiere decir *¡oh*?

—Quiero decir que me han robado.

—¡Cómo!....

—Como V. lo oye.

—¿Y el ladrón?

—Aquí.

—¡Dentro!

—Figúrese V.; yo estoy en la puerta para que no se me escape.

—Hay que cogerlo.

—Eso mismo digo yo.

—¿No hay más que uno?

—Uno solo.

—No se escapará: casualmente traigo en el bolsillo mi revólver de seis tiros.... Abra V., y es hombre al agua.

—¿Abro?

—Sí.

—Pase V..... Perfectamente; ahora cierro la puerta y corro el pasador. Deme V. la mano, así.... la mano derecha; yo guío.

—Le digo á V., señora, que no se escapa.

—Entre V...., con tiento.... Allí en aquel gabinete es donde vamos á cogerlo.

—Prepararé mi revólver.

—No hay inconveniente.

—Entremos.

—Entremos.

—Señora.... está perfectamente iluminado el gabinete.... veo que es V. sumamente hermosa; que esa bata es encantadora.... pero ¿dónde está el ladrón?

—Aquí.

—¿Dónde?

—Vuelva V. la cabeza.

—No veo más que un espejo.

—Pues allí está.

—Aquel soy yo.

—Ese es.... el mismo.... Vea V., me ha robado el corazón.

—¡Ah, bribón; estás cogido!

—Ahora, dígame V.: ¿qué pena merece?

—Merece.... cadena perpetua.





¿QUÉ HAY?

HÍ tiene V. una pregunta que se ha hecho parte integrante de todo saludo y principio de todas las conversaciones. Donde quiera que se encuentran dos personas conocidas, se dan recíprocamente las manos, como pidiéndose mutuo auxilio, y ambas casi al mismo tiempo se preguntan: «¿Qué hay?»

No hay manera de entrar en una tertulia, de acercarse á un corro, de penetrar en un café, sin que la familia, los amigos ó los circunstantes no nos rodeen preguntándonos: «¿Qué hay?»

El éxito que los periódicos alcanzan en el mundo, esa necesidad diaria que tenemos de recorrer sus columnas, la ansiedad con que devoramos sus hojas, más fugitivas que las de las flores, sólo con-

siste en el afán que todos sentimos de saber qué hay.

Cuando se nos viene á la mano un amigo bien enterado de las cosas del día, ó un periódico que ha recogido las noticias de última hora, nos volvemos á nosotros mismos, y nos preguntamos: «¿Qué habrá?»

Parece que ha llegado el momento de completar la instrucción del género humano, poniendo á disposición de todas las capacidades el conocimiento al pormenor de cuanto ocurre en el mundo, y que á la par se ha despertado tan viva impaciencia por saber, que la vida del hombre civilizado es una investigación continua, que le obliga á ir por todas partes preguntando: «¿Qué hay?»

Permitido nos es ignorar hasta los rudimentos de las ciencias más vulgares; se puede desconocer el idioma en que se habla, ó el asunto sobre que se diserta; á nadie se le exige título de sentido moral, ni es cosa absolutamente necesaria, para codearse con el resto de los hombres, testimonio alguno de sentido común; pero la ilustración moderna no tolera la ignorancia de los seres que no se toman el trabajo de saber lo que hay.

Por lo visto, la matrícula de vecindad, en que todos nos hallamos inscritos, nos impone la obligación de conocer con todos sus detalles y pormenores la inagotable materia que diariamente se enseña y se aprende en el curso continuo de los sucesos.

Vivimos sujetos á una especie de examen in-

evitable que nos impone la curiosidad pública, y no hay hombre, por acreditada que tenga su suficiencia, por legítimos que sean sus títulos académicos, que ya en una ocasión, ya en otra, no se vea detenido por un curioso cualquiera que súbitamente le pregunte: «Vamos á ver: ¿y V. qué sabe?»

¿Qué hay, pues?

Haya lo que quiera, bien podemos responder que no hay nada extraordinario.

Si acaso, lo único raro, lo único que tal vez parezca inexplicable, lo que pudiera ser un misterio, es nuestra propia curiosidad.

Hay, sí, esa relación íntima que encadena los sucesos, ensartándolos unos detrás de otros como las cuentas de un collar, sin que ninguno pueda anticiparse al que lleva delante, ni posponerse al que le sigue.

Hay esa correlacion inflexible de la murmuración, en que el uno es primero, el dos segundo y el tres tercero.

Hay esa continuación irrevocable, por medio de la que, cada especie engendra á sus semejantes; ese sistema de sucesión inalterable que obliga al hijo á tener padre, al fruto á tener semilla, al efecto á tener causa.

Hay, en fin, sucesos incubados en el seno de otros sucesos.

Cierto; pero eso no ofrece á nuestra curiosidad novedad ninguna. ¿Qué hay de extraordinario en que el fuego queme, la semilla brote, el sol alum-

bre y la muerte mate? ¿No ha sucedido siempre eso mismo?

Cuando preguntamos «¿qué hay?», no nos referimos á lo que ha habido siempre; ¿qué nos importa eso? Lo que pretendemos saber es el suceso del momento, la novedad del día, lo último, lo que acaba de salir del telar misterioso de los acontecimientos. Así es que la pregunta propia, caracterísca, es esta:

—¿Qué hay de nuevo?

—¡Phs!.... Hay tres suicidios.

—¡Bah!.... Los suicidios se repiten con tanta frecuencia, que ya no ofrecen novedad ninguna.

—Sin embargo....

—¡Qué!.... ¿Hay en ellos alguna circunstancia curiosa?

—No: una joven que se ha tirado de cabeza desde un piso tercero.

—¿Cuestión de amores?

—Pues. Un hombre de treinta años, bien vestido, que se ha disparado á la vez dos tiros del revólver.

—¿Cuestión de juego?

—Así parece, y un anciano andrajoso que se ha encontrado muerto en una buhardilla, colgado de los palos del techo.

—¿Cuestión de hambre?

—Sin duda.

—Lo de siempre: suicidas vulgares, que se toman el trabajo de quitarse de en medio inútilmente, pues no ofrecen detalles nuevos que sirvan siquie-

ra de alimento á la curiosidad. Si el dia no da más de sí, vamos á aburrirnos.

—También se habla de varios crímenes....

—Hombre, de eso se habla todos los días. Los criminales que se usan podrán dar juego á la Guardia civil y trabajo á los tribunales; pero la verdad es que no descubren el mayor ingenio. Malhechores ramplones sin ningún rasgo que excite el interés público; ladrones y asesinos de pacotilla, crímenes en que no hay drama.

—Parece que se tienen noticias de algunos descarrilamientos.

—Deben ser ciertas, porque ese es el pan nuestro de cada día en los caminos de hierro, y no nos ofrecen novedad ninguna.

—Hoy no es fácil contentarle á V.; pero vamos, casualmente traigo un secreto, que se va V. á quedar con la boca abierta.

—¿Sí, eh?

—¡Oh!

—Veamos: ¿de qué se trata?

—Se trata de una quiebra, que caerá mañana en la plaza como una bomba.

—¿La casa de?....

—No.

—¿La empresa?....

—Tampoco.

—¿La compañía!....

—Por ahí va el agua.

—¿Es posible?....

—Lo que V. oye.

—¿Y se sabe qué operación la hace quebrar?

—Yo lo sé.

—¿Cuál?

—Una muy antigua y muy lenta.

—Sepamos.

—Calcule V.; cada socio ha ido sacando por su lado.

—De manera que los verdaderos quebrados van á ser los acreedores.

—Justamente.

—Vamos, eso no es nuevo, pero es curioso.

—¿Y no sabe V. lo del matrimonio?

—Hombre, no. ¿De qué matrimonio habla V.?

—¡Toma! Del más ruidoso de estos últimos días.

—Ya.

—Pues bien: ahora resulta que el novio no tiene una peseta.

—¿Cómo?

—Ha fingido un patrimonio imaginario; ha pescado la mano de la chica, que tampoco tiene lo que se decía, y hay en la familia las guerras civiles. Ella pone el grito en el cielo, y él asegura muy formalmente que no le ha salido la cuenta.

—¿No se hablará de otra cosa?

—Sí, se habla también de un chiste felicísimo que corre de boca en boca. Ya sabe V. que ayer hubo carreras de caballos.

—Lo sé.

—Pues bien: un personaje bastante conocido apostó en la primera carrera en favor del potro llamado *Babieca*, y para que constara su apuesta, comenzó á gritar: «Yo soy *Babieca*, yo soy *Babieca*,» hasta que su mujer le tiró del gabán, diciéndole: «¡Calla hombre, que ya lo saben!»

—¡Divino!—¡Divino! Están perfectamente retratadas las personas; él y ella. Una quiebra, un desastre matrimonial, y un chiste.... Día completo.

He ahí, poco más ó menos, lo que hay todos los días.





TRES CÓMPLICES

ACE mucho tiempo que la filosofía y la literatura se han puesto de acuerdo para acabar con el género humano, transformándolo en una nueva especie, en la más triste, de los seres que se arrastran sobre el polvo de la tierra.

La última llamarada de la razón abandonada á sí misma es la filosofía *positivista*, que en sustancia reduce al hombre á la triste soledad de un mero mecanismo.

Cansada, por lo visto, de vanas abstracciones, ha hecho al fin de su capa un sayo, y por la autoridad de su propio magisterio se declara *positivista* y niega tranquilamente todo lo que está fuera de los límites de la demostración humana; más aún, de la demostración científica; niega la cuadratura del

círculo, en razón á que científicamente no puede demostrarse.

De esta manera simplifica la vida moral, reduciendo el alma á una nulidad completa, más bien suprimiéndola como una mera preocupación; nos despoja de las ilusiones de la fe, de las quimeras de la esperanza y de las fantasías de la caridad, y condena al hombre al suplicio de un encierro celular, donde no hay más que ver que las cuatro paredes del calabozo.

De esta ciencia ha nacido el arte que nos domina, disección asquerosa de todas las miserias humanas, exaltación de todas las pasiones, justificación de todos los vicios, y espectáculo constante de los cuadros más vergonzosos.

La ciencia es la palabra, y el arte es la obra; en la primera está el pensamiento; en el segundo la ejecución: ambos se enlazan entre sí como el principio y la consecuencia, como el padre y el hijo, como la semilla y el fruto. La ciencia es *fiat* y el arte es la luz; al *positivismo* brutal de la ciencia ha seguido necesariamente el *realismo* grosero del arte, porque á la anarquía de las ideas sucede siempre la corrupción de los sentimientos. Muerta el alma por la acción de la ciencia, claro está que han de corromperse las costumbres por la acción deletérea del arte.

La literatura, encargada de animar y embellecer los nobles sentimientos, refleja hoy la tenebrosa luz de esa ciencia, nos ofrece diariamente obras de

arte que nos avergonzarían si, al quedar suprimida el alma, no nos viéramos dispensados de todo pudor.

De las Universidades pasa esta corriente destructora á los teatros, de los libros de texto á los libros de recreo, de la cátedra á la novela, del catedrático al poeta.

El pensamiento, á título de libre, se ha apropiado el privilegio de una inmunidad avasalladora, y la autoridad, que vigila la limpieza de las calles, la alineación de las casas, la pureza de los alimentos y el orden material entre los ciudadanos, deja correr por todas partes las inmundicias de las inteligencias corrompidas, como si las luces del siglo hubiesen cegado sus ojos.

Pero yo saco este asunto de las plazas públicas, donde se le encuentra todo el que pasa, y, trayéndolo al rincón del hogar doméstico, esto es, al seno de la familia, siento mi razón empujada á un género de reflexiones que me llenan de tristeza, porque me conducen, como de la mano, á conclusiones terribles.

Estos libros, me digo á mí mismo, con que el arte recrea la imaginación y cautiva el entendimiento, circulan de mano en mano, y van de casa en casa, sin que ningún género de policía les ponga impedimento.

Es la prensa libre, que echa su emponzoñado aliento en la atmósfera pública que todos respiramos, y que, por las cerraduras de las puertas y por las junturas de las ventanas, y por los resquicios de los balcones, entra en las casas, penetra en el san-

tuario de la familia, invade los corazones sencillos, y envenena las imaginaciones inocentes con todos los atractivos de la novedad, de la invención y aun del arte.

Y yo vuelvo á decirme á mí mismo:

Tengo una hija, que empieza á modular las primeras palabras que ha recogido de los labios de su madre.

Esta niña, en cuyos ojos brilla las más pura inocencia, empieza á modular las primeras palabras, como formas indecisas del albor de sus primeros pensamientos.

Tiene, pues, ojos que ven, oídos que oyen, y un alma que, como flor transplantada del cielo á la tierra, comienza á abrirse á los dulces soplos de la vida sobre el abismo del mundo.

Y he aquí que yo no puedo cerrar sus ojos, que son la alegría de la casa, ni tapar sus oídos por donde entran en su corazon las tiernas palabras de su madre, ni incomunicar su alma con la vida en que ha nacido, ni con el mundo á que ha venido como un consuelo, como una alegría, como una esperanza.

Pues bien: esta niña empieza á hablar; sus pensamientos toman ya forma en sus labios, y su inteligencia empieza á abrirse como un libro en cuyas páginas inmaculadas hay que empezar á escribir aquellos pensamientos que han de ser el secreto de su destino.

¿Qué hago? ¿Deberé yo enseñarla á traducir le-

tra por letra los pensamientos escritos de los hombres? ¿Le enseñaré á leer? ¿Pondré en sus manos ese medio de perfeccionar su entendimiento cuando tan fácilmente puede corromper su corazón?

¿He de condenarla á un encierro perpetuo y á una ignorancia profunda para poder librar su espíritu de la corrupción, que por tantas partes y por tantos medios disputa el dominio de su corazón y de su inteligencia?

¿Quién me ampara contra ese ladrón permitido que entra ligeramente en mi casa, y se esconde á mis miradas, y con la ganzúa de las más perniciosas ideas violenta el corazón de mi hija, excita sus pasiones contenidas hasta entonces, envenena sus deseos y le roba el tesoro de su inocencia?

«Las leyes,» diréis. Y bien: ¿qué pueden vuestras leyes contra un desenfreno que ellas mismas legitiman?

«¡La libertad del pensamiento!», exclamaréis. Perfectamente; pero si esa libertad que invocáis corrompe, ¿quién me defiende de ella?

«Las leyes,» decís de nuevo.

¡Las leyes! ¡Oh! Cuando la autoridad está ciega, las leyes no ven.

¡Las leyes! Ellas le dicen al ciudadano: «Descuida; yo velo por ti.» Y el ciudadano se duerme á la sombra de las leyes, y á la sombra de las leyes viene el libro asesino y clava el puñal envenenado en el corazón, en el alma de su esposa, de sus hijos, en su propio corazón y en su propia alma.

Lo que viene después, lo saben los hospitales y las cárceles, y lo dicen los crímenes y las degradaciones.

Así andan hoy por el mundo civilizado la ley, que debe ser el mandato de la moral; la ciencia, que debe ser el camino de la verdad, y el arte, que debe ser la expresión verdadera de la belleza.

¿Y qué son?

Son tres cómplices del mismo delito.





CONTRASTE

o es posible meter la mano en el hondo abismo de la historia presente sin sacar enredada entre los dedos alguna desventura.

Por cualquier parte que se registre estos dichosos días en que vivimos, encuentra nuestro ánimo algo en que entretenerse, sin duda alguna; pero á la vez mucho con que afligirse.

Se puede decir que la amenidad en que se solaza nuestra vida no puede ser más desastrosa.

Y en verdad que acabaríamos por entregarnos á la manía de las aflicciones, si la poderosa mano que nos empuja hacia la oscuridad del horizonte que nos rodea, nos permitiera detenernos; pero es el caso que somos felices, precisamente porque no tenemos tiempo para ser desgraciados.

Por particularísima combinación de las cosas,

nuestra ventura nace principalmente de la misma prisa que llevamos; no nos afligimos, porque no podemos detenernos, y resulta que en medio de la felicidad y de las virtudes que hemos conquistado, no nos es lícito afligirnos.

Indudablemente no seríamos tan dichosos si anduviéramos más despacio; pero, he aquí la dificultad: la reflexión nos haría serios, y la seriedad es casi la tristeza.

Digámoslo sencillamente: los hombres graves pesan demasiado para que puedan andar tan de prisa.

Acaso nos sea permitido presumir que estamos próximos á un gran naufragio, al ver la precipitación con que nos apresuramos á echar al mar todo el lastre.

Indudablemente bastaría reflexionar un poco para afligirse mucho, pero eso sería detenerse, y la voz del siglo nos grita por todas partes: «Adelante.»

Á pesar de nuestra algazara, y acaso por ella misma, parecemos fugitivos. ¿Quién nos persigue? ¡Quién! ¡Santo Dios! Nosotros mismos.

Así se comprende la velocidad con que marchamos; así se explica el ímpetu de la carrera que hemos emprendido.

Nuestra curiosidad, impaciente como nuestro paso, devora los sucesos sin detenerse en ellos, y pasa arrogantemente por encima de todas las desdichas, olvidándolas desde el momento mismo en que las devora.

Por raro contraste que no es del caso examinar ahora, en estos días en que todo se hace por vivir y todo se sacrifica al empeño de ir viviendo, el suicidio se repite y se multiplica, como si en último término fuese la solución definitiva de la gran dicha que alcanzamos. Quiere decir que hasta la muerte, en su forma más lúgubre, contribuye á hacernos dichosos.

Hay ideas tan modernas, tan verdaderamente nuevas, que casi no tienen todavía expresión adecuada á su sentido en el lenguaje de las gentes. Todavía no ha encontrado la felicidad que nos inunda el nombre propio de ese recurso que nos facilita la manera de no dejar de ser felices.

Le hemos impuesto á nuestra vida la obligación de hacernos dichosos, y la tenemos amenazada siempre con el castigo de suprimirla.

¿Qué nombre darle á esta pena que el hombre impone á su propia vida? ¿Suicidio? No. Ese es el nombre antiguo, que, en resumen, sólo expresa la acción material del hecho. Más bien debemos llamarle satisfacción, cuenta que nos pedimos de la vida á nosotros mismos, porque ¡cuán descansados deben quedar los que se matan!

Todo es ya causa de suicidio: un amor desgraciado, una esperanza desvanecida, un apetito no satisfecho, la pobreza inesperada, la opulencia inagotable, el fastidio, hasta el honor mismo, arma con frecuencia la mano del suicida.

¡Qué! ¿aquella cara de rosa con dos ojos como

dos soles, que en honor de la verdad no ha contraído obligación ninguna de adorarme, se permite la libertad de hacer á otro objeto particular de sus preferencias? Pues bien; ya nos veremos: aquí está la ventana de mi cuarto suspendida sobre la calle á una altura de veinte metros, que está diciendo: tírate de cabeza y serás dichoso.

¡Cómo! ¿aquella perspectiva que sonreía, llamándome á la cumbre de todos los honores y al goce de todas las satisfacciones del amor propio, me ha vuelto la espalda para sonreir con sus locas complacencias al primero que se la ha puesto delante? No, no es posible someterse á tan duro desengaño. ¿Acaso está tan léjos la casa en que habito del viaducto de la calle de Segovia, que he de resignarme á seguir viviendo?

¡Diablo! ¿Aquella fortuna que me inspiraba poniendo en mis manos los secretos favorables de los dados y de los naipes, es la misma que ahora se complace en arrojar al viento mis ganancias? ¿Por qué la bola de la *ruleta* no ha de continuar parándose en los números que yo elijo? Cebado por las condescendencias de la suerte, lo he jugado todo, y he perdido lo mío y lo ajeno. Verdaderamente, nada tendría que hacer contra mi desgracia, si ese revólver silencioso no me mirara con la boca abierta, diciéndome: «Mátate.»

¡Demonio! Esto se va haciendo demasiado fuerte; el trabajo es una carga demasiado pesada: ¿y para qué sirve? Para mal vivir. Los *hoteles* se mul–

tiplican, los coches se acumulan, el lujo cunde, los placeres se reproducen en sucesión incansable, y yo apenas tengo sobre qué caerme muerto. Todos gozan, y yo apenas vivo. ¿Sí? Pues no he de ser por más tiempo testigo de un festín en que no tengo cubierto. ¡Oh, próvida naturaleza! ¿Para qué tienden los árboles sus retorcidas ramas, sino para que los hombres se cuelguen de ellas? Yo mismo arrojaré mañana en medio de la fiesta del mundo la sombra de mi cadáver: la muerte acusará á la vida.

¡Phs! ¡Qué fastidio!; más bien, ¡qué impertinencia! Parece que se han dado en mí cita todas las herencias del mundo: no se muere ya nadie sin que me deje algo. Mis negocios marchan conducidos por una prosperidad insoportable; puedo decir que la satisfacción me angustia, y que la fortuna me ahoga. Hay veces que pienso si habré yo sobornado á la suerte. ¡Desdichado de mí! Se convierte en oro todo lo que toco. El oro está en el fondo de todas las cosas que me rodean. En el fondo del amor que solicito, me parece que suena un bolsillo; en el fondo de la amistad que busco, me parece que oigo ruído de monedas. Los afectos que me cercan se ofrecen á mis ojos con las manos tendidas, como quien pide dinero. Le he dado una vuelta al mundo, he agotado todos los placeres que se compran, he apurado todas las satisfacciones que se alquilan. Á mi alrededor todo me lisonjea; las mujeres se disputan mis galanterías, los hombres mis saludos; todo se inclina á mi paso; juraría que al

verme se dicen unos á otros al oído: «Por ahí van quinientos millones de libras, de duros ó de francos.» Dentro de mí me encuentro sólo, y me pregunto: ¿Soy yo un saco de dinero ó un hombre?

La soledad en que dentro de mí mismo vivo, me consume; el fastidio que yo mismo me proporciono, me devora, y sería el ser más desventuradamente dichoso que pisa la tierra, si unas cuantas gotas de láudano no tuviesen virtud bastante para cerrar definitivamente estos ojos que ya todo lo han visto.

¡Ah!.... Yo soy banquero; mis operaciones han fracasado: echo la cuenta, y de la noche á la mañana encuentro que el activo se ha convertido en pasivo, que el *haber* ha pasado á ser *debe*. Estoy arruinado. ¿Cómo pagar la desastrosa deuda que se presenta ante mis ojos? ¡Quién sabe! Poco á poco, trabajando.... sí; pero ¿y mi honor? ¿Cómo declaro yo á la faz del mundo, sin avergonzarme, que soy desgraciado? ¿Por ventura no tengo á la mano una navaja de afeitar con que degollarme? Y, dicho y hecho, en nombre del honor se degüella.

Yo pregunto: si un comerciante, digámoslo así, honrado, encuentra en el suicidio un medio de saldar sus cuentas, dígaseme: ¿de qué hay que acusar al malvado que arregla el mal estado de sus negocios con la muerte de otro?

¿Qué especie de honor es ese que apela al crimen para salvarse?

¿Qué abominable divinidad es la de ese honor que se ha levantado sobre todas las virtudes y sobre

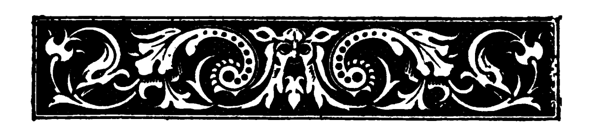
todos los deberes, que, más bárbaro que los ídolos de los pueblos salvajes, no solamente pide sacrificios humanos, sino que quiere además que la misma víctima sea el verdugo? ¿Que no solamente pide que se derrame en sus altares la sangre del cuerpo, sino que también necesita que se derrame, permítaseme decirlo así, la sangre del alma?

Ello es que el contraste que hoy nos ofrece el mundo civilizado no puede ser más vivo. Por una parte, el siglo se despepita por hacernos amable la vida, y por otra, la vida se empeña en sernos insoportable.

Hay una estadística fácil de hacer, en la cual resaltaría fuertemente el contraste que observamos. Colóquese en un lado el abundante catálogo de los adelantos del siglo, y póngase en el otro la lista interminable de los suicidios contemporáneos, y acabaremos diciendo:

Jamás la vida se ha visto más acosada por la muerte.





LA MEDICINA ANTE LA TISIS



La ciencia, señores, sobre todo la ciencia; porque, sea la que quiera la influencia que aún conserve la naturaleza, es lo cierto que solo posee procedimientos rutinarios, digámoslo así, por recetas caseras, por recursos puramente empíricos, sin razón, sin lógica, sin filosofía. La sabiduría de la ciencia humana no puede menos de detenerse delante de las tenacidades de la naturaleza, y arqueando la boca con profundo desdén, exclama: «¡Oh, qué ignorancia!»

Y vea V.; una de las atasquerías más trascendentales de esa vieja caprichosa, es la muerte. ¡Vieja, he dicho, cuando precisamente parece una niña mimada, entretenida en romper los juguetes que ella misma forja!

Pues bien : la ciencia , puesto que no hay otro remedio, se aviene á que la muerte sea el término de todas las cosas; pero su suficiencia no puede pasar por las horcas caudinas de que haya enfermedades incurables, y toda la medicina, como un solo hombre, se ha levantado contra las mortales exigencias de la tisis, que anda por el mundo haciendo estragos.

La Academia de Medicina ha discutido largamente ese punto final de la vida humana, y ha convenido en que, aunque por ahora se obstine en ser un padecimiento mortal, hay esperanza de que con el tiempo se descubrirá la manera de curarlo.

Ante este dato prodigioso de la ciencia, parece oportuno recomendar á todos los que se sientan más ó menos inclinados á esa enfermedad, que la aplacen por algunos años, mientras la Academia de Medicina sorprende el oculto secreto en que se esconde, y tropieza con los medicamentos que en su día han de hacer inútiles sus mortales esfuerzos, pues sería una triste gracia que los más ó menos tísicos se fuesen muriendo de pura impaciencia.

Por ahora debemos contentarnos con que la tisis se haga razonable, y mañana ó el otro se dé por vencida y nos deje vivir tranquilamente en el mundo hasta el último día de nuestra vida.

Á los enfermos afligidos actualmente por tan pertinaz dolencia debe ocultárseles el descubrimiento de tan dulce esperanza, especie de jarabe de pico con que la ciencia se propone curar las tisis futuras,

luego que la naturaleza le haya facilitado el secreto de los medicamentos.

Debe ocultárseles ese dulce remedio, porque habrá de serles muy amargo el trance de tener que morirse hoy de una enfermedad que la ciencia espera curar mañana.

Perfectamente; porque, sea como quiera, ello es que así vamos viviendo.

Pero aquí hay algo que se opone al movimiento desarrollador de todas las cosas; hay cierta pretensión reaccionaria que propende á menoscabar el derecho de la tisis á minar la vida del hombre. Hay aquí una especie de conspiración para detener los progresos naturales de una enfermedad tan propia de la naturaleza humana y de la civilización moderna, y se pretende, á título de ciencia, ponerla fuera de la ley, que en los tiempos presentes lo empuja todo á completo desarrollo por el camino del progreso.

No sé yo por qué, mirando la cuestión por el vidrio algo turbio del derecho moderno, ha de permitirse que la salud ejerza el monopolio de la vida.

Me parece á mí retrógrado, y tiránico, y hasta feudal, el empeño de combatir á unos pobres tubérculos que, engendrados en los pulmones de cualquier hombre, nacen por la fuerza legítima de su propia naturaleza, y aspiran á desenvolverse por la ley poderosa del progreso universal, mientras se permite que esos otros tubérculos, que nacen en el alma bajo la forma de pensamientos, se propa-

guen, produciendo la enfermedad moral que se llama tisis del alma, que corroe el espíritu, ni más ni menos que la otra corroe el cuerpo.

Yo pregunto lleno de curiosidad: Si el error ha de tener,—y en eso estamos,—los mismos derechos que la verdad, ¿por qué las enfermedades no han de tener las mismas prerogativas que la salud?

Y téngase en cuenta que la tisis, por lenta que sea, es siempre una manera abreviada, por medio de la que llega el hombre antes al término de su carrera.

Si el pensamiento, que lo mismo puede ser malo que ser bueno, y más fácilmente malo, es libre, ¿por qué no han de ser igualmente libres la salud y las enfermedades?

Agradezcamos, no obstante, á la Academia de Medicina el empeño de librar á la vida privada de los pulmones humanos del contagio con que la invaden los adelantos del siglo. Mas si en vez de reunirse la ciencia bajo la forma de unos cuantos médicos para estudiar los progresos de la tisis, se reuniese la moral, bajo cualquier forma que fuese, para discurrir la manera de evitar, no los adelantos de la dolencia, sino las causas de su desarrollo, bien pudiéramos darnos con un canto en el pecho, aun con peligro de herir nuestros pulmones.

Los vicios hacen más tísicos que la naturaleza, y las costumbres pervertidas, perdóneme la ciencia, entierran más gentes que los errores de los médicos.

Todos los adelantos de la química, mejor dicho, todos los recursos de la botica juntos, no bastan á contener los estragos de esa epidemia universal que se llama desorden de la vida.

Todos nacemos con sesenta años delante ; es el capital vitalicio con que venimos al mundo. Y bien; ¿qué puede hacer la ciencia con el que lo derrocha? ¿Es por ventura la medicina una caja de ahorros?

Precisamente la tisis es la enfermedad que sigue más de cerca al libertinaje.

Pero, ¿quién se atreve á prohibir, á impedir al vicio, el ejercicio público de los medios de propagación que ha conquistado?

¿Quién se atreve á limpiar las calles de la abundante inmundicia de todas las mujeres que pasean su desvergüenza en medio de la multitud á título de libres?

¿Quién se atreve á tapiar esas innumerables puertas que se abren diariamente al público para que entre la codicia y salga la ruína, la deshonra y el suicidio?

¿Quién se atreve á contener el afán inmoderado de placeres, de lujo y de goces materiales, que llevan á la multitud de los garitos á las cárceles, de los lupanares á los hospitales, de los palacios á los cementerios, de la opulencia á la miseria, de la miseria á la deshonra, de la deshonra á la infamia?....

¿Quién, en fin, detiene el impulso disolvente de tanto sabio como nos corrompe, de tanto ambicioso como nos soborna, de tanto libro como nos infama?

¿Quién se atreve á echar una gota de agua en el incendio de este sensualismo que nos consume?

¿Qué mas calentura que esta fiebre continua de gozar que nos devora?

¡Tisis!.... ¿Qué mas tisis que la corrupción del entendimiento, la degradación de los caracteres y la disolución de las costumbres?

No hablemos en nombre de la moral y de la decencia, por si estas cosas son ya demasiado antiguas; pero hablemos siquiera en nombre de la higiene.

Digamos que nuestra época no tiene más que un defecto, uno, uno sólo; que es poco sana.

Bueno, dejemos el espíritu....; pero ¿y el cuerpo?

En presencia de esta epidemia puramente moral de que estamos invadidos, la Academia de Medicina no ha podido mostrarse indiferente, y registra los rincones de su sabiduría buscando en la naturaleza un remedio que sólo se encuentra en la sociedad.

Pretende encontrar en la botica el específico que destruya los efectos de la corrupción moral, y pretende contener los efectos destructores de los vicios humanos con la sola virtud de las plantas medicinales.

La medicina acabará por hacerse cómplice de la enfermedad. Al indignarse contra la tisis, se irrita contra la naturaleza, á quien le atribuye la crueldad de engendrarla, y no acierta á ver que esa terrible dolencia se engendra en las costumbres y se propaga por medio de los desórdenes de la vida.

No ve más que órganos que padecen, y no distingue espíritus que se corrompen.

La medicina ante la tisis viene á ser un paño caliente ante un moribundo.

Y he aquí el movimiento natural de las compensaciones: la medicina sube en la misma proporción que la moral baja; las ciencias médicas adelantan todo lo que el sentido moral retrocede.

Con este ten con ten caminamos derechamente al hospital: nuestro único recurso es la medicina. No hay que afligirse, porque, al fin y al cabo, una botica es una esperanza.





NADA NUEVO

s indudable que el sol aparece diariamente en el horizonte, anunciándonos la presencia más ó menos nublada de un nuevo día.

Semejante novedad, ante la que no me es permitido sorprenderme sin incurrir en la ridiculez en que caería el que, al despertarse por la mañana, se sorprendiese al saber que aquel día no era el día anterior, trae á mi memoria el recuerdo nuevo de un cuento viejo.

En cierta ocasión había un padre que tenía un hijo.

Por lo visto, el buen señor no había encontrado otra manera de ser padre, lo cual me incita á creer que en aquel tiempo no se habían inventado aún los padres de la patria, ó que el padre de ese hijo vivía escondido en las sombras de la más crasa ignorancia.

Hay que aceptar una de esas dos suposiciones: porque entre ser padre de la patria, ó ser padre de familia, es cosa averiguada y universalmente reconocida, que ser padre de la patria es mucho más cómodo que ser padre de familia.

La razón es obvia: el hombre se halla todavía, á lo menos, incapacitado de llegar á ser padre de familia por la libre elección de sus hijos, mientras que el padre de la patria es libremente elegido por los hijos de otros, resultando de procedimientos tan opuestos entre sí, que, ó la lógica no es lógica, ó ser padre de familia es tan contrario á ser padre de la patria, como son opuestas las direcciones de dos hombres que cruzan una misma calle, en la que uno va y otro viene.

En el orden natural, el hijo procede del padre, y así habrá de suceder, mientras no se reforme ese antiguo sistema de sucesión; mas en el orden político, el padre procede de los hijos, y como quiera que lo derecho debe ser lo establecido en el orden político, nos encontramos manos á boca con que la familia está del revés, como si dijésemos, boca abajo.

He aquí, pues, dos órdenes de generaciones encontradas: una que desde Adán viene de padres á hijos; otra que desde los primeros comicios va de hijos á padres.

Sin duda por esto, «y para armonizar en lo posible ambos sistemas, se han introducido en la familia parentescos políticos.»

La suegra, por ejemplo, es una madre, si no siempre elegible, frecuentemente elegida, en razón á que todo hombre en actitud de ser yerno, se halla facultado para elegirla por el medio indirecto de la hija que más le agrade.

De ahí resulta la madre política.

La diferencia entre el padre de familia y el padre de la patria, se echa de ver inmediatamente.

Consiste la diferencia en que ser padre de la patria vale tanto como cuesta ser padre de familia. Basta fijarse un poco en esta consideración cogida al vuelo : el primero es el que impone las contribuciones, y el segundo es el que las paga.

No hay, pues, que admirarse de que el joven que acaba de salir de la patria potestad, piense seriamente en ser padre de la patria mucho antes que le ocurra la idea de ser padre de familia.

Claro está que nuestro buen hombre habría intentado ser padre de cualquiera patria, antes que pensar en meterse á ser padre de sus hijos. Mas, por lo visto, el infeliz tuvo que resignarse y aceptar la paternidad, buscándola por el único método hasta entonces conocido, de poder llegar á ser padre.

Y si no se quiere ofender á aquellos tiempos, atribuyéndoles tan enorme atraso; si no se quiere conceder que la patria haya podido vivir huérfana desde que fué patria hasta hoy, se hace preciso convenir en que el padre de nuestro cuento, cuento histórico por más señas, vivió sumergido en las tinieblas de la más completa ignorancia.

Creo que he demostrado cumplidamente los dos extremos de mi *thesis*, y que han de quedar satisfechos los que piden la razón al por menor de las cosas, como si quisieran suplir así la falta de razón propia. Curiosos en este punto de tal manera, que, viendo brillar el sol en la mitad del cielo, son muy capaces de preguntar por qué razón es de día.

Demostrado, pues, el caso, el lector puede optar por cualquiera de los términos expuestos y dilucidarlos, en la firme inteligencia de que, sea el que quiera el término que elija, el resultado total será el mismo. Á saber; que el padre tenía un hijo.

Este hijo se hallaba á la sazón lejos de ser padre, á consecuencia de haberse interpuesto entre el padre y el hijo exactamente la misma distancia que había entre la aldea en que había nacido y la ciudad más próxima en que se hallaba estudiando.

Provenía esta separación de que al padre se le había metido en la cabeza la idea de que el muchacho había de llegar á ser un hombre, y aunque la madre sostenía que el chico era hombre desde que nació, no hubo tu tía, y se le empaquetó, y quieras que no quieras, se le envió á estudiar á la ciudad, que distaba de la aldea quince leguas escasas, porque aún no había por el mundo ni un kilómetro para un remedio.

La ausencia del muchacho produjo entre el padre y la madre cierto vacío, que se llenaba frecuentemente con altercados continuos, en los que se discutía el tema permanente, en que el padre sos-

tenía que el hijo debía ser hombre, y la madre el principio de que el hijo debe ser siempre hijo.

Así las cosas, que para el caso lo mismo daría que estuviesen de otra manera, llegó un día en que el estudiante recibió por conducto de cierto vecino de su padre, que había ido á la ciudad á asuntos propios, una carta primero y después un saco pequeño, cuya boca, perfectamente cosida, guardaba el más profundo silencio acerca de lo que en él se contenía.

El estudiante invirtió el orden, y abrió el saco primero y después la carta, en la que encontró un párrafo, que decía lo siguiente: «Tu madre te envia una capa nueva, que te ha hecho de una mía vieja.»

Por mucha agudeza que se conceda al ingenio humano, pocas veces se ha dicho un disparate más profundo. ¡Una capa nueva hecha de una vieja! He ahí cabalmente la índole de todo lo que nos rodea.

Como la virtud es eterna, claro está que se remonta á una época tan lejana, que no la alcanza el entendimiento humano. No hay error nuevo, puesto que los modernos no son más que desperdicios de los errores antiguos. En vano llamamos al continente de América nuevo mundo, pues la Geología atestigua que es tan antiguo como el resto de la tierra. El vapor, novedad del día, es antediluviano y pregeológico, pues debió nacer en las palpitaciones del planeta que habitamos. La electricidad, hoy tan puesta en moda, debió existir por lo menos desde el momento mismo en que la tierra fué tie-

rra. En fin, la naturaleza, por más que se rejuvenezca con todos los afeites de su interminable coquetería, es muchísimo más vieja que el hombre. Viendo amanecer decimos con alegre impaciencia: «He aquí el nuevo día,» y el nuevo día no es, en resumen, otra cosa que la reproducción de las mismas vejeces: un sol que sale como en el principio del mundo, unas nubes que existen desde que hay atmósfera, y una atmósfera que se tiende sobre la tierra antes que hubiese nubes.

¿Se nos querrá decir que el hombre moderno es un ser nuevo sobre la tierra? ¿Acaso no es el mismo de siempre? ¿No es el mismo Adán mordiendo la fruta que es causa de su perdición? ¿Qué Paraíso es el que buscamos, sino es el que hemos perdido? Si el recién nacido es un ser nuevo, la especie no puede ser más vieja; la decrepitud moral en que yace lo está diciendo á voz en grito.

Á cualquier parte que volvamos los ojos, nos encontramos con la capa nueva hecha de la vieja.

El caos no es tan moderno como parece; la torre de Babel no es de ayer mañana, y Babilonia no es una historia pasada que está muy lejos de la historia presente.

Pensando así, no he tenido inconveniente en poner á la cabeza de los presentes renglones estas dos palabras: «Nada nuevo.»





UN CAPRICHO


Los sucesos más naturales suelen ser los que nos causan más sensación, porque en el mundo acontece lo mismo que en el teatro, cosa bien natural, si se atiende á que el mundo no es al fin otra cosa que una escena más grande, donde la acción es continua y el concurso permanente.

Después de todo, el gran secreto de una obra dramática consiste principalmente en que la fábula marche presentando á la vista del espectador los sucesos más naturales, con tal que á la vez sean de todo punto imprevistos.

Quiere el público que cuanto allí suceda sea lo que forzosamente no podía menos de suceder; pero al propio tiempo exige, como condición indispensable, que eso mismo que no podía menos de suceder, le còja enteramente de nuevas.

Quiere lo inesperado, esperándolo. Ese es su capricho.

En la comedia de la vida real, el público es el mismo, y, por lo tanto, pide que las cosas pasen de la misma manera.

Por regla general, el hombre profesa el principio de que toda mujer es frágil, y que esta fragilidad es, dadas las circunstancias de su ser, la cosa más natural del mundo: «Al fin, decimos, hija de Eva.» No obstante, pocos ha de haber que ante la evidencia ó la sospecha de ciertos casos de fragilidad, no exclamen asombrados:

«¡Quién había de sospechar esto! ¡Parece mentira!»

Entre las cosas naturales, ninguna lo es tanto como que el niño deje de ser niño y pase á ser hombre. Pues bien: siempre que repentinamente nos encontramos hecho hombre al que dejamos niño, es tal nuestra sorpresa, que involuntariamente prorumpimos, diciendo:

«¡Jesús.... qué diablura; está hecho un hombre!»

No cabe duda que el gran Napoleón vino al mundo obligado á morir en su día, ni más ni menos que el resto de los mortales; pero fijemos un poco la atención, y recordaremos el asombro que causó en Europa la noticia de que el prisionero de Santa Elena había muerto como cualquier hijo de vecino. Y es el caso que cualquiera que fuese el derecho de Napoleón á la inmortalidad, á nadie le ocurrió la idea de que, en efecto, fuese inmortal; su muerte estaba prevista, pero no fué por eso menos asombrosa.

¿No es natural que de los números que entran en los sorteos de la lotería, sea uno el que alcance el privilegio de llevarse el premio gordo? Pues es inmensa, extraordinaria, la sorpresa que nos causa que el número del billete que llevamos en el bolsillo sea el elegido por la suerte. ¡Qué estupefacción! ¡Qué algazara! ¡Qué asombro! Lo estamos viendo, y no lo cremos.

Los que nos han visto en los primeros años de la vida, no aciertan á creer que podemos llegar á los últimos; y acontece que nos desconocen, nos miran de alto abajo, fruncen la boca, arquean las cejas, se encogen de hombros, y exclaman:

«¡Quién lo había de decir!.... ¡Es enteramente otro!»

Si es corriente que el niño se haga hombre, no lo es menos, sobre todo en estos tiempos, que un hombre, sea el que quiera, se encuentre sobre los demás y llegue á ser, de la noche á la mañana, por la vuelta de este dado ó del otro, ministro, por ejemplo.

Pues aquí tiene V. á las gentes, siempre que el caso ocurre, y ocurre de continuo, que se hacen cruces, diciéndose unas á otras:

«¡Es posible!.... ¡Ese hombre ministro!....»

Unos en un lugar, otros en otro, todos hemos nacido en alguna parte, y, mal que bien, hemos tenido una casa, más grande ó más pequeña, más rica ó más pobre, bien en una ciudad, bien en una aldea, y de un modo ó de otro podemos asegurar

que todos hemos sido muchachos, ó, lo que es lo mismo, quién más, quién menos, todos hemos sido la piel del diablo. Y échese por donde se quiera, tira de aquí, tira de allí, venimos á parar en que todos hemos jugado en la plaza, hemos cogido pájaros en los árboles de la huerta, hemos hecho rabiar á los vecinos, hemos apedreado á los perros, y hemos, en fin, perseguido á los gatos.

Todos, *plus minus be,* hemos sido traviesos; todos hemos tenido nuestros compañeros de juego, nuestros cómplices de diabluras; todos, por último, hemos alcanzado nuestra celebridad más grande ó más pequeña, si no en el barrio, en la plaza, si no en la plaza, en la calle.

Todo esto es la cosa más natural del mundo, tan natural, que acontece todos los días.

Pero vamos al caso: cualquiera de esos enemigos del infierno, según la voz autorizada de la mayor parte de las madres, cuando el enojo maternal mueve sus lenguas, puede llamarse Perico, como pudiera llamarse con otro de los nombres que pueblan el calendario.

Como nadie hace juramento de vivir siempre en una parte, y no siempre el sepulcro nos espera junto á la cuna, por más que sean dos compañeros inseparables, Perico sale de su pueblo ó de su aldea, y aquí caigo y más allá me levanto, dando tumbos en el mar agitado de la vida, llega á ser algo entre los hombres, por mérito, cosa que suele ocurrir, ó por suerte, cosa que siempre acontece.

Algo, quiere decir ser persona visible, porque los ojos del mundo no ven más que los bultos, y el que de alguna manera no se hace ver, puede decir que queda reducido á ser invisible.

Resulta, pues, que Perico, poco á poco, ó de repente, subiendo ó trepando, se encarama en la cumbre de los honores, de la riqueza, del poder ó de la fama.

La celebridad, justa ó injusta, ha sido siempre una habladora, que va y viene, sube y baja, entra y sale, llevando por todas partes el nombre de aquel que por el momento es el objeto particular de sus predilecciones; y aunque ese nombre, como vemos con frecuencia, sea olvidado al día siguiente, por de pronto, lo levanta hasta los cuernos de la luna.

Y he aquí que la fama, ya sea fugitiva, ya permanente, hace sonar la ruidosa bocina en la ciudad, en el pueblo ó en la aldea en que Perico ha sido muchacho, y allí es donde el suceso produce verdadero asombro.

—¡Quién!—¿Perico?—¡Imposible!

—¿Qué me van Vds. á decir á mí, si lo he visto yo por esas calles de Dios apedreando perros, sin que hubiese cristiano que pudiera meterlo en cintura?

—¡Pues yo que lo he visto nacer! Por cierto que lloraba el demonio del muchacho lo mismo que un becerro.

—Cuéntemelo V. á mí, que he vivido muchos

años pared por medio de la casa de su padre. Y un día el demonio del muchacho se puso á horcajadas sobre la tapia del corral, y si no acudo pronto cae de cabeza y se rompe el bautismo.

—Pero, ¡vamos!, si no había modo de hacerle ir á la escuela, y armaba cada rabieta que cantaba el credo. Eso sí, el maestro le solfeaba de lo lindo.

—Mil veces le he oído decir á su padre, que era un buen hombre: «De este muchacho no se puede hacer carrera.»

—Pues ahí está viva todavía la madraza de su madre, que andaba siempre á los quites, mimándolo, como si hubiera de llegar á ser algo en el mundo.

—¡Toma! ¡Toma! Aún está sin cristales el último farol que en mi calle rompió de una pedrada. ¡Buena pedrada fué! Lo hizo añicos.

—¿Y qué más? Ahí está, que no me dejará mentir, el paredón de la bodega honda, lleno de pintarrajos de carbón hechos por las manos de Perico.

—¡Ah! Si hablaran los perros de la calle, ya lo pondrían bueno.

—Y los gatos de la vecindad, ¿dónde los deja V.?

—Vamos, que los pájaros no se quedarían cortos.

—No hay más que decir: en el huerto de su padre no dejaba fruta con vida.... ¡Se daba unos atracones!....

—¡Qué demonio de Perico!

En una palabra: para las gentes que han visto á Perico muchacho, es un prodigio increíble que

Perico haya dejado de ser Perico. Más aún : en aquella ciudad, en aquel pueblo, en aquella aldea, Perico será siempre Perico. Lo han visto niño, y no aciertan á comprender cómo se ha hecho hombre.

He ahí por qué capricho de la imaginación vienen á causarnos asombro las cosas más naturales del mundo.

Está visto que lo que más nos sorprende es aquello que puede acontecer más fácilmente.

La muerte, por ejemplo, ¿á quién no espanta? Y, sin embargo, ¿ quién no la espera?





COMPENSACIONES

ESPUÉS de todo, sean las que quieran las desdichas que caigan sobre nuestras cabezas, no hay, bien mirada la cosa, motivo fundado para que aflijamos nuestro espíritu con la pesadumbre de sentirlas, porque es cosa corriente que, sea de una manera ó de otra, todo está compensado en este mundo.

La sabiduría de las naciones ha encontrado la fórmula auténtica del fenómeno de la vida, y la ha impuesto al mundo como una sentencia que parece ya ejecutoriada.

Sabiduría anónima ciertamente, pero que habla por todas las bocas, que todo lo sabe y que todo lo dice, y que hace ya mucho tiempo enriqueció el caudal público de los conocimientos humanos con la averiguación consoladora de que «lo que no va en lágrimas va en suspiros.»

En cualquiera situación de la vida en que el hombre se coloque ó se encuentre, si es inclinado á darse cuenta de lo que le sucede, echará de ver, por propia experiencia, la exactitud de la observación que se me ha venido á las manos al empezar á escribir estos renglones.

Como si todo estuviese sujeto á una medida estricta, siempre que falta algo por una parte, sobra por otra. Por ejemplo: toda la cantidad de plata que le falta á cualquier peso duro para ser verdadero, es cabalmente la misma que lleva de plomo para ser falso.

La aritmética, que es la ciencia de los números, intransigente de suyo, rígida, inexorable, no ha podido eximirse del imperio de esa ley, y se somete sin replicar en la aridez en que vive, componiendo y descomponiendo cantidades. Así la vemos tomar en ceros lo que le falta en números; ó, lo que viene á ser lo mismo, toma en espacio lo que le falta en cantidad, para que uno pueda ser diez, y diez puedan ser ciento, y ciento puedan ser mil, sin que haya otra manera de compensación.

Los gobiernos por una parte y los establecimientos de crédito por otra, proceden del mismo modo. Toda emisión de papel supone inevitablemente omisión de numerario; todo lo que veáis que sobra en billetes, eso es cabalmente lo que falta en dinero. ¡Qué sería de la prosperidad en que vivimos, si los títulos de la Deuda no vinieran á compensar la falta de metálico con que satisfacerla! En

esta operación, no digo constante, sino creciente, los ceros acabarán por sustituir á las realidades.

Examinad bien una tela de estambre, y veréis que lleva de algodón todo lo que le falta de lana.

Reparad en los ciegos, cuando, abandonados á sí mismos, cruzan de un punto á otro, y los veréis tender las manos hacia adelante, sondeando el espacio, y comprenderéis que no hacen más que tomar de tacto todo lo que les falta de vista.

Pudiera decirse que aquellos ojos cerrados á toda luz, van abiertos en sus manos, y aun esparcidos por todo su ser. Se puede decir que la oscuridad de sus ojos está compensada por la perfección de los demás sentidos.

La primera impresión que nos causa la presencia de un jorobado, suscita en nuestro ánimo la idea de un hombre que se ha echado el alma á la espalda.

Examinada más atentamente la irregularidad de la persona, se advierte algo como cansancio de la vida, cierta propensión á huir de las vanidades del mundo, cierta modestia filosófica que le impulsa á esconderse dentro de sí mismo.

Después, con más atención observado, puede parecer la imagen del escepticismo, algo semejante á la indiferencia de la incredulidad, el estoicismo de aquel que está de antemano en el secreto de todas las cosas, y que, insensible á los más extraordinarios acontecimientos, los espera siempre encogido de hombros, como quien dice: «Me da lo mismo,» ó «nada me importa,» ó «ruede la bola.»

Mas disipados estos aspectos fantásticos, la persona del jorobado queda reducida á su verdadera expresión; es una simple alteración del orden de los factores que no altera el producto, porque, en resumen, no es más que un hombre que se ha echado á la espalda una parte mayor ó menor de su longitud: la joroba es la compensación de la joroba misma: es la unidad seguida del cero. Tómese lo que le sobra por lo que le falta, y la suma será igual á los sumandos.

Tengo para mí que á los ruidosos genios que llenan el ámbito de nuestros días con el estrépito de la fama, ha de faltarles mucho tiempo para poder vivir en la memoria de la posteridad. Salvas algunas excepciones, cuyos nombres apenas suenan en las huecas bocinas de la celebridad contemporánea, lo demás ha de ser tan pasajero, como es grande el ruído que causa y la algazara que promueve, porque las glorias humanas caen también bajo la imperiosa ley de las compensaciones.

Todo cuanto se toma, se alquila, se contrata ó se negocia de celebridad en el tiempo en que se vive, suele descontarse en indiferencia y en olvido en cuanto empiece el juicio algo más sereno de las futuras edades; pues no es tan fácil sobornar á la posteridad, como atraerse por la lisonja la admiración impremeditada y el lauro comanditario de los contemporáneos.

Dados los medios de publicidad con que hoy cuenta todo aquel que pretenda hacer ruído en el

mundo, nada más fácil que levantar sobre la fragilidad del aire glorias tan inmarcesibles como fugitivas.

No conozco en la historia pueblo alguno que haya reunido, como nosotros, mayor número de grandes hombres: estadistas, filósofos, oradores, hombres de Estado, grandes capitanes, legisladores, poetas y artistas de todas especies y linajes. Parece que se han dado cita en nuestro siglo todas las grandezas pasadas de la inteligencia humana. Aquí brotan todos los días del polvo de la tierra, ó caen por la chimenea en multiplicación prodigiosa, los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Cisneros, Césares, Alejandros, Licurgos, Homeros, Píndaros, Sófocles, Fidias.... Mas el mundo, ingrato á tan extraordinario beneficio, sin duda para que se cumpla la ley de las compensaciones, parece resueltamente empeñado en que siga y se aumente el desconcierto en que vivimos.

Réstese del cúmulo de grandes hombres que por todas partes nos cercan, el cúmulo de desdichas que por todas partes se nos ofrece, y tendremos la suma permanente, el total de siempre: el mundo en números redondos.

Es verdad que me ha negado el cielo el don de las creaciones artísticas; es cierto que no me aflige el sentimiento de la belleza moral, ni el sentimiento de la belleza literaria, y me alegro, porque bastantes sentimientos tiene uno en la vida; pero una vez desterrados los privilegios de los dones particula-

res, ¿quién me impide á mí ser Shakespeare, Schiller, Calderón, Ayala ó Tamayo? ¿Por qué todo lo que me falta de verdadera literatura y de arte verdadero, no lo han de compensar las extravagancias de mi genio?

¡Arte!.... ¿Acaso no puedo disponer de cuatro sectarios que escandalicen el mundo con mi nombre? ¿Á quién le faltan cuatro tontos que soplen sin descanso en la bocina de mi celebridad? ¿Y el vulgo? ¿Para qué está ahí esa masa inconsciente, que va siempre donde la llevan y toma siempre lo que le dan, y siempre repite lo que oye?

¡Letras!.... ¡Bellas letras!.... ¡Bah! ¿Para qué sirven las letras de cambio?

Si no es una gloria que ha de traspasar los estrechos límites del momento, convengamos en que es un negocio. Todo está compensado en este mundo.

Diez años de celebridad estupenda, atronadora, vertiginosa, ¿no equivalen á la silenciosa lentitud con que se forman esas glorias que la posteridad transmite de una edad á otra?

No ha de faltar quien crea que la pobreza no tiene compensación, y es porque el pobre no experimenta las inquietudes de la riqueza, los desasosiegos de la opulencia, las soledades íntimas de la codicia, las desconfianzas que deben sentir los que poseen lo que otros necesitan.

Y, en resumen, ¿qué es lo último á que puede llegar la desdicha del pobre? Digámoslo con fran-

queza : á lo último que puede llegar es á morirse de hambre.

Perfectamente; pero acaso ¿son menos crueles las enfermedades encargadas de poner término á la vida ?

Tal es en el mundo la ley de las compensaciones.





LO ÚNICO QUE NOS FALTA



SERÍA una verdadera injusticia quejarse de haber nacido en los tiempos en que vivimos, porque, sea como quiera, ello es que la materialidad de la vida no puede presentarse á los ojos de nuestros deseos rodeada de mayores encantos. Aquí, en la intimidad de la familia, bien podemos decírnoslo sin que se crea que hacemos ostentoso alarde de nuestras dichas. Exclamemos, pues: «¡Qué bien vivimos!»

Bueno que los pobres de espíritu levanten los ojos al cielo buscando luz, como si en la tierra no encontrasen más que oscuridades; bueno que los misántropos descubran en la tristeza del rostro el luto del alma, y pasen la vida en duelo perpetuo por la muerte de toda esperanza; bueno que los Je-

remías de la edad presente lloren hilo á hilo sobre las ruínas de lo pasado; bueno que todos aquellos á quienes no les llega la camisa al cuerpo, se empeñen en ver por todas partes catástrofes y desastres; bueno, en fin, que los que no tienen sobre qué caerse muertos, anden arrastrándose, como único recurso, por el polvo de la tierra. En una palabra: bueno que todos aquellos á quienes no les sale la cuenta, apelen á la estratagema de la fuga, y se quiten de en medio, ya saltándose la frente de un pistoletazo, ya lanzándose de cabeza desde lo más alto hasta lo más hondo, ya colgándose por el cuello del primer árbol que se les ponga delante. Esta es cosa que sucede todos los días.

Mas, en cambio, es imposible desconocer que el resto de los mortales ha llegado á conquistar y á poseer todos los goces de la vida. La naturaleza igualmente solícita con los deseos de los dichosos como con las angustias de los desgraciados, facilita indistintamente sus recursos á unos y á otros. Si por una parte no escasea los medios de refinar los apetitos y de perfeccionar los deleites, por otra no regatea los medios de destrucción y de ruína.

La industria, por su parte, se afana por dar á sus invenciones todos los atractivos del regalo, mas no por eso descuida la suerte de los que no pueden alcanzar la satisfacción de sus necesidades ó de sus deseos; pues cada día ofrece á la desesperación nuevos instrumentos con que pueda cada uno aniquilarse con toda la precisión que evigen de los hom-

bres civilizados los adelantos materiales del siglo.

Á su vez la ciencia, encargada de esparcir por la tierra el poder y la felicidad del linaje humano, parece resuelta á no consentir que la desgracia permanezca por más tiempo entre los hombres, y encerrándonos en la alternativa de ser ó no ser, nos dice terminantemente: vive ó muere, goza ó perece.

Es preciso negarse á todo conocimiento y cerrar los ojos á toda evidencia para no distinguir la dicha que por todas partes nos rodea, y no ver la ventura que se nos entra por las puertas.

Si se nos pregunta adónde vamos, bien podemos contestar, profundamente convencidos, que vamos á la ventura.

Hoy por hoy, estamos nada menos que tocando con las manos las tapias del paraíso, y nos encontramos, como quien dice, pared por medio del cielo, mejor dicho, del edén que la civilización tiene dispuesto en sus insondables designios para la bienaventuranza de los creyentes en el Corán del siglo.

Trescientas mil almas nos juntamos aquí, en la capital de la monarquía, so pretexto de vivir en el pueblo más adelantado de España, y, dejando á un lado las estrecheces de las casas donde por algunas horas nos almacenamos, pasamos la vida en la calle, empujándonos unos á otros, formando corrientes encontradas y remolinos interminables de hombres, de mujeres y de niños, de caballos y de co-

ches; y todo es ir y venir, entrar y salir, subir y bajar, en continuo é incesante movimiento.

Cualquiera, sorprendido de pronto por la agitación incoherente de este cuadro revuelto, en que todos parecemos fugitivos según la prisa que nos damos, creería que se hallaba en presencia de una junta de locos. Se equivocaría grandemente, porque esta es la vida civilizada en su más espléndido momento.

Vuelvo á decirlo : sería una injusticia quejarse de haber nacido en estos tiempos, en que, por el prodigio de una prosperidad inaudita, de la noche á la mañana las casas se convierten en palacios, las calles en paseos, las plazas en jardines y en papel la moneda.

En todos los pueblos, en todos los tiempos, en todas las civilizaciones, ha habido cosas buenas y cosas malas; pero en los tiempos presentes hemos resuelto el problema declarándolo todo bueno.

Convengamos en que si Babilonia pudiera levantar la cabeza, volvería á esconderla entre las ruínas de su sepulcro, muerta de envidia.

Hasta las calamidades las convertimos en regocijos; antes, detrás de cada desastre, había un duelo; ahora, detrás de cada catástrofe, hay una fiesta; porque hemos resuelto que para nosotros no haya más que días faustos.

Si en la altura á que ha llegado la civilización nos sorprendiera el día del juicio después de muertos, aprovecharíamos la resurrección de la carne para

dar funciones de teatro, conciertos, bailes, corridas de toros y carreras de caballos, á beneficio de las víctimas inmoladas por la inundación de la muerte.

Viviendo hoy, no se comprende cómo ha podido haber gente que se aviniera á vivir en los tiempos pasados.

Si nos fuese lícito entristecernos, ¡cuánta compasión consagraríamos á la memoria de las desventuradas generaciones que se nos han anticipado, por necia impaciencia, en el curso de la vida!

Ó no hay progreso en el mundo, ó nosotros somos necesariamente mejores que nuestros padres, mucho mejores que nuestros abuelos, infinitamente mejores que todos nuestros ascendientes.

Acusemos á la antigüedad, desenterremos los tiempos pasados, traigámoslos á este tribunal que nosotros formamos, y condenémoslos á perpetua barbarie. Mirémoslos por encima del hombro; somos la posteridad que los juzga; sus glorias, sus conquistas, sus monumentos.... ¿qué son ante nuestra grandeza? ¿Acaso conocieron ellos el vapor que arrastra, la electricidad que habla, el petróleo que incendia, la dinamita que estalla?

Hay una gran ingratitud en acusar á los tiempos en que vivimos de oscuros, revueltos y desastrosos, cuando, en último resultado, nosotros no tenemos otros en que pasar el resto de nuestros días.

Nuestro juicio acerca de este punto está resuel-

tamente formulado. He aquí de qué manera: Malo lo pasado, bueno lo presente, soberbio lo porvenir. Si alguna inquietud acibara las delicias de nuestra vida, es la idea de que hemos de dejarla. ¡Ah! ¡si pudiéramos detener el movimiento del progreso que nos empuja, nuestros días serían eternos!

Acaso hemos nacido demasiado pronto; porque si nosotros somos felices como diez, los que han de sucedernos lo serán como ciento. Tal vez ellos alcancen el supremo desenvolvimiento de todas las cosas, y, acabando con el último resto de las preocupaciones, civilicen á la muerte, la ilustren, la domestiquen, la hagan entrar en el movimiento de las conveniencias, esto es, consigan al fin sobornarla.

¿Por qué ha de ser siempre un espectro descarnado, sordo á todas las súplicas, indiferente á todas las delicias de la vida? ¡Quién sabe!.... No es tan agradable vivir en las sombrías soledades de los cementerios, para que no se deje seducir por las delicias que hoy, como nunca, el mundo nos ofrece.

Tentadla con un hotel suntuoso, con un tren magnífico, con el fausto, con la celebridad, con el aplauso, con todas las satisfacciones de la vanidad, con todos los regodeos de los sentidos, con todos los deleites, con todos los placeres, en fin, con todos los vicios. ¿Quién se resiste á tan brillante perspectiva? ¿No sucumbe el honor? ¿No cede la dignidad? ¿No transige la virtud misma?

¿Cómo, ¡Dios mío!, siendo ella toda corrupción ha de ser incorruptible?

La ciencia se ha rendido á las seducciones de nuestra razón; la naturaleza se ha hecho tributaria de nuestros apetitos; á la industria la tiene alquilada nuestra concupiscencia. Sólo la muerte continúa matando. Sobornémosla, porque eso es lo único que nos falta.





ANVERSO Y REVERSO

OVIEMBRE nos abre las puertas del invierno, y la vida de las grandes poblaciones se anima conforme la vida de los campos desfallece. Parece como que la sociedad empieza donde la naturaleza acaba.

¡Singular contraste! La sociedad tan movible, y la naturaleza tan invariable. El invierno, que viene á ser el letargo de la naturaleza, es la vida del hombre culto.

Detengámonos un momento antes de atravesar el pórtico del invierno, que nos convoca al bullicio deslumbrador con que nos atraen las grandes poblaciones.

Hagamos unos cuantos minutos de antesala antes de penetrar en los salones del invierno.

Los que vivimos encerrados en las ciudades populosas, como los pájaros en las jaulas y las flores en las estufas, experimentamos el satisfactorio or-

gullo de las grandezas que nos rodean y del lujo que por todas partes nos incita y nos deslumbra.

No vemos más que obras de arte, prodigios de industria, mármoles labrados por el cincel, sedas tejidas en los telares de fábricas famosas por máquinas incansables, que empiezan por una rueda de metal y acaban en el brazo de un hombre.

Vemos palacios cuyas artesonadas techumbres nublan el cielo, puentes increibles, torres soberbias, caminos de hierro, por donde nos arrastra el ímpetu de nuestra ciega impaciencia, telégrafos que nos quitan la palabra de la boca para confiarla á la loca rapidez del relámpago; porque, como si nuestra vida fuese la tempestad, tenemos por intérprete al rayo, encadenado á la fragilidad de un alambre.

Con musgos de pacotilla, con árboles de imitación, improvisamos jardines con la misma facilidad que improvisan versos los malos poetas, y discursos los charlatanes que jamás discurren.

Por todas partes vemos la mano del hombre que se nos pone delante, que nos cubre de sombra, como venda que se pone delante de los ojos.

Y á fuerza de no ver más que nuestras propias obras, acabamos por no ver más que á nosotros mismos, y nos arrodillamos ante nosotros mismos para adorarnos.

Ciertamente la naturaleza, suplantada por el poder de nuestro genio, ha perdido á nuestros ojos el interés de sus maravillas. Hemos creído que la

superamos en prodigios, y la miramos por encima del hombro.

Porque sabemos que las nubes son vapores que se exhalan de la tierra y se tienden en el aire, nos reimos del cielo.

Porque hemos averiguado que el sol tiene manchas, nos burlamos de la luz del día.

Porque hemos descubierto que cada semilla produce su planta, y cada planta su fruto, nos mofamos de una naturaleza rutinaria, que no sabe más que un camino, ni tiene más que un procedimiento.

La maquinaria de los teatros, semejante á una potencia creadora, ha sorprendido el secreto de todos los espectáculos con que la creación tenía embaucada la ignorancia de los hombres, y desde la *Ignominia* del teatro de los *Bufos* ó desde el *Paraíso* del teatro Real, podemos proporcionarnos la satisfacción de admirar una naturaleza enteramente nueva, hecha toda por la mano del hombre.

Á los que estamos acostumbrados á los inagotables prodigios del genio escenográfico, ¿qué admiración ni qué sorpresa pueden causarnos los cuadros, siempre repetidos, siempre iguales, de una naturaleza tan vieja como el mundo, horrorosamente estacionaria, resuelta, por lo visto, á ser siempre la misma hasta la consumación de los siglos?

En verdad, ni admiración ni sorpresa tiene derecho á exigir de nosotros.

Porque, en resumen, ¿que novedades nos ofrece? ¿Qué ingenio descubre?

¿Qué originalidad manifiesta?

¿Qué fecundidad nos oculta?

¡El cielo!.... Bien; vamos á cuentas.

¿Qué es ello?

Veamos: bóveda azul de pura perspectiva.

Cuatro nubes que van y vienen.

Media docena de estrellas vergonzosas, que sólo se atreven á salir de noche.

¡La luna!....

¡Gran cosa!.... Pálido reflejo de una luz prestada.

Toda su gracia consiste en crecer y menguar.

Avara de sí misma, se pasa la vida haciendo cuartos.

¡El sol!

Muy bien. No es ciertamente una novedad que pueda sorprendernos; pero al fin nos deslumbra. No se le puede mirar fácilmente cara á cara.

Bueno; pero carece de toda noción estética y de todo instinto artístico. Sale de día, en cuanto amanece, y se oculta en el momento mismo en que empieza á oscurecer. ¡Qué mal gusto! De noche haría un gran efecto.

Miremos á la tierra.

¿Y qué?

¡Oh!....

¡Siempre lo mismo!

Montes que se alzan sin orden, sin método ni concierto.

Barrancos que se hunden empíricamente, sin ley de proporción, sin reglas de simetría.

Llanuras que se tienden en perpetua holganza.

Torrentes locos, que se precipitan desesperados, rasgando sus aguas entre los peñascos.

Ríos que corren á tientas, como ciegos sin lazarillo.

Allá el bosque, más acá el prado; como siempre.

Más cerca ó más lejos, el valle, la ribera ó la campiña, vulgaridad permanente.

Á todo esto el aire que vuela á tontas y á locas.

El agua que salta sin pies ni cabeza.

Los pájaros que trinan.

Las ramas que silban.

Los árboles que gimen.

El mar, próximo ó lejano, que retumba.

¡Qué algarabía de sonidos, qué despilfarro de tonos, qué confusión de líneas, de contornos y de colores!.... Digámoslo de una vez: ¡Qué desorde de cosas!....

En cambio, penetrad en las grandes ciudades. La mano del hombre nos rodea de un mundo correcto, artístico, estético, y vemos el cielo como una antigualla, que hemos arrinconado porque le hemos vuelto la espalda á la naturaleza como á cosa perdida.

Ante la maravilla de nuestras propias obras, la naturaleza nos parece vulgar, ramplona, cursi, y no la oímos, ni la vemos, ni la entendemos.

Se la dejamos íntegra á las gentes sencillas, que

viven en las soledades de los campos, lejos de los focos luminosos de la civilización, de la ciencia y del arte.

La moda, que es obra de nuestro inagotable ingenio, con sus continuas novedades y sus movibles caprichos, en una palabra, con su encantadora inconstancia, viene á ser nuestra naturaleza; ella abre los tesoros de sus escaparates, de sus aparadores, de sus anaqueles, y cubre, digámoslo así, la tierra con nuevas y variadas generaciones de tejidos, de colores, de cintas y de lazos.

Los sastres y las modistas nos rejuvenecen, nos renuevan, y, si puedo expresarme de este modo, diré que retoñamos y florecemos, y, revestidos de nueva vida, echamos plantas en medio de estos bosques de casas, de estos ríos de gente, de esta naturaleza humana animada por las maravillas de la industria.

Vivir en las ciudades populosas es vivir demasiado cerca del hombre, y muy lejos á la vez del cielo y de la tierra.

No hay, pues, inconveniente en volverle la espalda á la naturaleza, porque, en fin, ¿de qué nos sirve?

Bueno que se conserve como un recuerdo arqueológico, como un monumento prehistórico, que pudo servir de refugio á la ignorancia del hombre primitivo.

Quede en hora buena para subvenir á las necesidades de los pueblos salvajes; pero á nosotros, que

hemos creado una nueva naturaleza, y que la hemos hecho á nuestra imagen y semejanza, para nada necesitamos á esa vieja naturaleza, que ninguna novedad nos ofrece ni ninguna originalidad nos proporciona, que más bien nos contradice y nos humilla.





FIN DE AÑO

Sí, hemos andado trescientos sesenta y cinco días, minuto á minuto, sin descansar ni un solo momento, porque el tiempo, condenado á no detenerse nunca, está siempre de prisa, y nos arrastra en la impetuosidad de su carrera, empujándonos por la pendiente de la vida.

No hay manera de detenerse: andando comemos, andando dormimos, andando vivimos; todo lo hacemos andando; la vida es el movimiento; pararse es morir. Nadie puede sentarse en el festín de la vida, porque el tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros mismos, que vamos rodando por la circunferencia de la esfera de hora en hora, de día en día, de año en año.

La aritmética vulgar, que nos habla del número como si fuese dueño del secreto de las cantidades, es la única cosa humana que se detiene en

presencia del tiempo, indecisa, sin saber qué camino tomar entre sus dos únicos recursos: la suma y la resta.

Al llegar al término de un año, trazamos bajo la columna de las cantidades vividas una raya técnica, y sumamos. Resultado: un año *más* de vida.

Perfectamente; pero al hacer la liquidación entre el *pasivo* que hemos consumido, y el *activo* que el tiempo nos debe, nos encontramos de manos á boca con un año menos de vida.

Es decir, que tenemos á la vista un año que va á cumplirse, y que podemos sumar y restar á la vez sin que sufra alteración la cantidad que buscamos.

En esta ocasión aritmética, única en los fastos de las cantidades, *más* es *igual* á *menos*.

Al ajustar la cuenta de la vida, nos encontramos con que la fórmula aritmética es indiferente para obtener la exactitud del cálculo. Sumando ó restando, el resultado siempre es el mismo, porque el tiempo, semejante al cero, no se presta ni á disminución ni á aumento; viene á ser en el comercio de la vida un billete de Banco al portador, que representa una cantidad sin poseerla.

Un año más de vida es absolutamente igual á un año menos de existencia. ¡Qué gracioso absurdo! Decididamente el tiempo se ha propuesto reirse de los hombres.

He ahí los términos que en la cuenta de nuestra vida se combinan de un modo bien extraño.

Más igual menos.

Sea como quiera esa especial aritmética del tiempo, no se niega á ciertas operaciones de partida doble, por medio de las que la edad de la generación presente se acerca á una igualdad, que, como Tito, acabará por ser la delicia del género humano.

En los primeros años de la vida, el afán de ser hombres, triste afán por cierto, nos empuja hacia el *más*, y nos añadimos años, especie de operación de crédito, por cuya virtud nos anticipamos una edad que aún no poseemos.

De la misma manera las mujeres, al acercarse á los treinta años, aprovechan el *menos*, y restan de su vida toda aquella parte que les estorba para permanecer estancadas en una juventud perpetua, especie de desamortización por medio de la que sacan de las manos muertas del tiempo pasado los tesoros perdidos de los primeros años de la vida.

Por su parte, el tiempo nada tiene que reclamar, en razón á que su cantidad imaginaria permanece inalterable, pues con los años que se quitan las mujeres que han dejado de ser jóvenes, se hacen hombres los que todavía no han dejado de ser niños.

Después de todo, hay que convenir en que, sea la que quiera la decrepitud que nos agobie, el hecho real y positivo es que en el balance anual que hagamos de la cuenta de la vida, el saldo es el mismo para todos, puesto que el capital efectivo resulta invariable: nadie tiene más de un año, porque los

años que han transcurrido, ¿dónde están?: y los que no han llegado todavía, ¿quién los posee?

¡Vivir!.... ¡qué afán tan insensato!.... Porque, no hay remedio, vivir es quitarse la vida; salimos de la cuna, y vamos derechos á la sepultura. No hay que darle vueltas: la vida es sencillamente el camino de la muerte.

Nadie quiere morir. Cierto; porque hasta el mismo suicida que ha resuelto arrancarse la vida, lucha en su desesperación con el afán de vivir y el dolor de no poder seguir viviendo. El suicidio es la locura de la impaciencia, pues desde el mismo momento en que el hombre aparece en el umbral de la vida, empieza á dar pasos hacia la muerte.

Sea el que quiera el camino que elija, sea una ó sea otra la dirección que tome, aquí, allá, más lejos ó más cerca, ha de encontrarse con la muerte, dispuesta siempre á salirle al paso.

Así es que la vida, bien considerada, es, en resumen, ni más ni menos que el camino, ora espinoso, ora florido, ya cuesta arriba, ya cuesta abajo, que conduce de la cuna al sepulcro.

Véase qué sabio y qué singular destino es el del hombre sobre la tierra, pues siendo vivir quitarse la vida, nacer viene á ser como suicidarse.

Por eso esta civilización que precipita el movimiento de la vida, es una especie de suicidio del género humano, pues parece que, al facilitarnos todas las felicidades de la tierra, la vida nos es más insoportable, y corremos rápidamente, sin

más fin que el deshacernos de ella cuanto antes.

La velocidad se aumenta en razón directa de las masas, y en razón inversa del cuadrado de la distancia, y aplicando esta ley física al movimiento actual de la vida humana, es evidente, según la rapidez con que corremos, que cada vez nos acercamos más al término del camino que hemos emprendido.

Extraña curiosidad es la que incita al hombre de nuestros días. Á título de ciencia, se obstina en averiguar con razón independiente el principio de todas las cosas, y he aquí que no acierta á eludir el fin inevitable que nos espera.

Dos hombres se encuentran en una calle, se conocen y se sonríen mutuamente al verse, como los augures de Roma.

—¿Qué tal?—pregunta uno de ellos.

El otro contesta:

—Vamos viviendo.

Esta es la cuestión: quiere decir: vamos andando; esto es, vamos muriendo, porque la vida es la enfermedad mortal que todos padecemos; edificio perpetuamente ruinoso, que la medicina se ha propuesto conservar hasta el fin del mundo, sin caer en la cuenta de que la muerte es una herencia forzosa, cuyo único título de pertenencia es la vida.

La ciencia médica trabajando para que el hombre viva indefinidamente sobre la tierra, parece empeñada en que no se borre nunca el camino de la muerte.

Un niño que nace y un moribundo que espira, son los dos términos de una ecuación cuya incógnita es la vida.

El primero abre los ojos al mundo, y dice sollozando:

«Esto empieza.»

El segundo cierra los ojos apagados, y exclama con profunda tristeza:

«¡Esto acaba!»

Eso es la vida.

La muerte es así; no se detiene ante ningún respeto, no se para ante ningún dolor, no cede ante ningún recurso; es la ley de la vida que se cumple inexorablemente; es una hora que cuando debe sonar, suena, y suena sin remedio.

Es una terrible oportunidad, una coincidencia inevitable, un encuentro continuo, que se verifica en un momento crítico, y que consiste en que la muerte llega en el punto mismo en que la vida se va. Viene á ser como la soledad en que queda el calabozo, por la ausencia del que en él ha estado prisionero.

Tales son las reflexiones que me trae el fin del año de 1880, porque los últimos momentos de todas las cosas se parecen, y si la muerte es el corte de cuentas de la vida, la liquidación entre el mundo y la eternidad, el momento en que se paga todo lo que se debe ó se recibe el haber de todo lo ganado, de la misma manera el fin de un año es el arqueo de las cuentas abiertas, durante el curso de

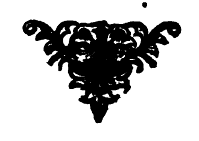
doce meses, en el comercio ordinario de la vida.

Después de todo, no hay ninguna razón seria que nos obligue á afligirnos, porque, al fin y al cabo, en el enlace natural del tiempo, detrás de un año viene otro, y para que nuestra satisfacción sea completa, cada año que viene es enteramente igual al que ha transcurrido; es la repetición del mismo año.

Sigamos, pues, la tarea de vivir por el ancho camino que el tiempo abre á nuestros pasos, seguros de que no ha de interrumpirse la sucesión de los años, rigurosamente encadenados unos á otros.

El orden del tiempo no es más ni menos que el orden de la vida; asistimos á la agonía de un moribundo, á la vez que el que va á sucederle llama á las puertas de la vida.

Un año se va.... ¡Qué tristeza!.... Pero un nuevo año nos espera..... ¡Oh, qué alegría!





NAVIDAD

AYA V. á buscar en el cúmulo de glorias humanas que registra la historia del hombre, un aniversario tan permanente, tan espontáneo y tan universal como éste que se nos entra hoy por las tristes puertas de la vida.

En vano nos atribuímos el derecho de conceder los honores de la inmortalidad á las grandezas que por un momento nos admiran ó nos subyugan, porque es cosa averiguada que, de tejas abajo, es mortal hasta la inmortalidad misma.

Es cierto que todavía pronunciamos nombres y recordamos hechos que la antigüedad nos ha transmitido, y que la historia ha conservado, poco más ó menos, como se conservan en los cementerios las losas que cubren los sepulcros; pero esos recuerdos tienen más de erudición que de homenaje.

Ello es que amanece un día como otro cualquiera en el orden de la naturaleza, y un eco que á la vez sale de todas partes, va de casa en casa, de cabaña en cabaña, de palacio en palacio, pronunciando, como quien sabe muy bien lo que se dice, esta palabra: *Navidad;* y los ánimos se alegran, los ojos se iluminan, las bocas sonríen, y no hay semblante que, sea la que quiera la procesión que vaya por dentro, no se convierta en el instante mismo en cara de pascua.

No sé qué particular armonía produce en el oído esa palabra misteriosa, que aquí tiene V. á todo un mundo civilizado echando pie atrás en el camino de sus portentosos adelantos, y, como si despertase del sueño de sus vanidades, alegre como unas castañuelas, salta de regocijo, y, como si celebrara su propio nacimiento, se burla de los sabios que lo corrompen, y, quieras que no quieras, baila en Belen. Porque si *Navidad* no significa la fiesta del alma, si no es el aniversario de la paz entre el cielo y la tierra, no tiene significación ninguna en el orden de las fiestas humanas.

*
* *

Así es que retrocedemos la friolera de diez y nueve siglos; parece como que, extraviados en el laberinto que ofrecen los caminos de la vida, volvemos atrás en busca de la senda que hemos perdido. Los ancianos se rejuvenecen, contando sus

navidades; las madres atraen á sus hijos al abrigo de sus brazos, ni más ni menos que si quisieran renovar los vínculos del cariño. Los atraen al calor del hogar y al amparo de la casa, como si así los pusiesen á cubierto de las crueles intemperies del mundo; los niños, ¡bah!; es cabalmente su fiesta; son la vida que empieza, festejando á la vida que no acaba.

Por un misterio particular de este aniversario, acontece que la sociedad se esconde para que aparezca la familia: podría decirse que el mundo se aparta por un momento para abrir paso á la casa.

Fijémonos bien en el singular aspecto de estos días: los pobres tienden las manos con más confianza, los ricos abren las suyas con más abandono; no hay puerta que no se abra ni bolsillo que se cierre. Á la necesidad, tan solitaria y tan triste durante el transcurso de todo el año, la abundancia le abre los brazos; hasta la codicia se hace generosa. Es la época de los mutuos presentes, de los recíprocos regalos; las familias entre sí se festejan, felicitándose unas á otras, como si cada una de ellas celebrase la fiesta particular de un fausto acontecimiento. La familia se recoge en la intimidad del hogar doméstico, al mismo tiempo que la casa se tira por la ventana.

La felicidad pública no ha inventado jamás días más alegres, ni las ciencias sociales días más comunicativos, ni la economía política días más prósperos. Por un movimiento involuntario del corazón,

todo es regocijo; por un movimiento, involuntario también del regocijo, todos son plácemes, y por una prodigalidad inusitada en el resto del año, todo es abundancia.

Es la época en que se renuevan las amistades, se ratifican los afectos, se pagan las deudas y se cortan las cuentas. Cualquiera diría que el género humano ha perdido el juicio, y es cabalmente que lo ha recobrado.

*
* *

En las grandes ciudades, la vida egoista, utilitaria, formularia y desabrida, desaparece, para que pase el abandono de este banquete universal, en que es preciso que todos tengamos cubierto. Diríase que el lujo, tan avaro de su propia ostentación, reconoce por un momento los derechos de la estrechez y de la pobreza á gozar de los beneficios materiales de la vida.

Por las puertas de Madrid entran como ríos los más preciosos dones de la naturaleza , las más celebradas combinaciones de la industria, encargada de lisonjear los caprichos del paladar y las necesidades del estómago. Peros de Ronda, melones de Montalbán, aceitunas de Sevilla, dátiles de Elche, naranjas de Valencia, de Murcia, de Córdoba, higos de Málaga y Montilla, ciruelas de Yelves, miel de Adra, de Palma del Río, y, sobre todo, de la Alca-

rria, que trasciende á tomillo y romero. La boca se hace agua.

A todo ésto, eche V. empanadas de Córdoba, alfajores de Lorca, tortas de Écija, hojaldres de Lucena, roscos de Loja, almíbares de Vitoria, meladas de Orihuela, polvorones de Morón, mazapán auténtico de Toledo y el turrón característico de Jijona. Y allá van embuchados de Extremadura, jamones de las Alpujarras, salchichones de Vich, los incomparables capones de Vizcaya, el cabrito llorón, el cordero de Navarra y la cebada anguila de Tudela, y, en fin, los pavos en bandadas con sus cofias de púrpura, tan insulsos vivos y tan sustanciosos trufados; y, por último, los besugos con sus ojos abiertos, como quien lleva la espina dentro, aun después de muertos y escamados. Los ojos, más impacientes que el apetito mismo, se anticipan á saborear el múltiple aspecto de tan monstruoso *ménu*, y el olfato, no menos curioso, busca en el aire lo que hay de más apetitoso en los manjares que la Navidad, como en mesa redonda, ofrece por todas partes al deseo del paladar excitado.

*
* *

Pues deje V. á la vista y al olfato recrearse, digámoslo así, á mesa y mantel, y aplique V. el oído á las repetidas explosiones de la alegría común que estalla en las calles, en los portales, dentro de las casas: aquí, allí, arriba y abajo. La zambomba

que ronca, el pandero que retumba, las castañuelas que repiquetean.... ¿Qué voz no canta? ¿Qué pies no bailan? ¿Qué bocas no ríen? ¿Qué corazones no se alegran?

El aguinaldo, semejante á la lanzadera del telar humano, va y viene, llevando y trayendo el hilo de plata que teje, desde el palacio hasta la choza, desde la opulencia á la miseria, la animación de tanta bulla, de tanta algazara, de tanta alegría, de tanta abundancia.

Aguinaldo quiere decirme *dame*, y quiere decir al mismo tiempo *toma*. Se pide durante todo el año, pero solamente en Navidad se da á todos los que piden. No sé si eso constituye un derecho del pobre; pero ciertamente es un deber del rico. Porque, en fin, ¿qué se celebra? El nacimiento de Aquel que bajó de lo más alto de los cielos á lo más profundo de la tierra, á dar su sangre por el hombre, á redimir la gran miseria del género humano, á traernos para sustento del alma el Pan divino de la Gracia.

Hay en el fondo de este espectáculo, que podemos llamar unánime, algo que se parece al momento en que viajeros, extraviados en las oscuridades del camino, se encuentran sanos y salvos, después de haber pasado el peligro de una catástrofe. ¡Con qué solicitud se buscan! ¡Con qué afán se estrechan! ¡Con qué alegría se reconocen! ¡Con qué generosa prodigalidad se facilitan unos á otros aquello de que cada cuál dispone! Es un momento

en que no hay tuyo ni mío, en que parece que todo es de todos.

Quiero decir, que en estos días la familia humana, peregrina sobre la tierra, como quien sale de una oscuridad, ó escapa de un peligro, se detiene, se reune, y agrupándose bajo la sombra hospitalaria de un recuerdo que todos los años encuentra en su camino, se abraza en aquella honrosa igualdad que á todos nos hace hermanos, hijos de un Padre, y redimidos por un mismo sacrificio.

Ved cómo las agitaciones de la vida pública se detienen ante el espectáculo de la verdadera vida. Las asambleas políticas enmudecen, porque la ley está hecha y el regocijo común la promulga. Las escuelas suspenden su magisterio, porque la Suprema Sabiduría ha dicho su última palabra. Los tribunales, en fin, se cierran, porque la expiación voluntaria del inocente ha borrado la culpa y ha templado el rigor de la justicia.

Diríase, y puede decirse, que el mundo se vuelve á sí mismo la espalda.

*
* *

Pero no es en las grandes ciudades, en que las vanidades humanas despliegan la pompa fugitiva de sus locas opulencias, donde más bellamente se dibujan los contornos del cuadro que el recuerdo de estos días anima.

Hay que apartarse del tumulto de las ambiciones humanas para buscar en el reposo de las costumbres sencillas de la familia cristiana el color auténtico, el color propio de la santa conmemoración que celebramos.

Bajo la amplia campana de la chimenea, suspendida sobre el hogar como un dosel sobre un trono, arde el fuego que se refleja con movibles resplandores en las toscas paredes de la cocina. Dos troncos enormes, animados por el chisporroteo de los sarmientos de los romeros y los tomillos, llamean entre bocanadas de humo, que se escapan presurosas por el hueco de la chimenea, cualquiera diría que por no quemarse.

Allí está el abuelo, con sus setenta navidades, sentado junto al hogar, en el mismo sillón de vaqueta en que se sentaba su padre. Los nietos saltan sobre sus rodillas : es la vida que se levanta sobre los abismos de la muerte.

La hija va y viene, sube y baja, entra y sale; sus pies incansables están á la vez en todas partes, porque sus manos no se cansan de dar. Las puertas de la casa se hallan de par en par abiertas, para que entren todas las necesidades y salgan todos los socorros. No hay miseria olvidada en esta noche que la voz universal llama *Noche Buena*.

La mesa luce en medio de la cocina su mantel blanco como la nieve : frutas que perfuman la estancia y tortas amasadas en la casa, que rebosan miel, anuncian , levantándose sobre la mesa,

el momento impacientemente esperado de la cena.

En la pared opuesta al hogar está el *Nacimiento*. Peñascos de cartón y ramas de ciprés forman el paisaje: el agua inmóvil hace como que se desprende por las laderas del monte, fingiendo remansos en que el cristal engaña á la vista. Arriba una casita solitaria que blanquea medio oculta en la sombra del pinar; más allá un rebaño que pasta. Por la senda que serpentea, siguiendo las irregularidades del barranco, aparecen los Reyes Magos, guiados por la estrella que los encamina al Portal de Belén. Por todas partes aparecen pastores que se apresuran á llevar sus presentes al Recién nacido; y en el fondo de este cuadro que el capricho crea, la imaginación adorna y la fe anima, el humilde establo en que nació el Cordero Divino destinado desde la eternidad al sacrificio de la redención humana.

Jamás gloria de la tierra ha tenido festejo semejante.

El abuelo se olvida de sus años, y, como si empezara á vivir, como si se sintiera renacer, hace palmas con sus manos temblonas, y canta con su voz casi aniquilada; los niños mezclan las suyas á la del anciano, y el estrépito de la zambomba, del pandero y de las sonajas aturde la casa.

La familia, en esta noche de común regocijo, no se compone solamente del abuelo, de la hija, de los nietos, del padre que, curtido en las faenas del campo, contempla con la sonrisa de un alma con-

tenta el espectáculo que la rodea. En esta noche, la familia se compone de cuantas personas comen durante el año el pan de la casa. El jornalero que ha cavado la viña, el bracero que labra la tierra, el pastor que guarda el rebaño, el mozo que cuida las mulas, todos son partícipes, todos son iguales, todos son hermanos. Porque esa confusión de estados, esa unión de voluntades, ese acuerdo de sentimientos y esa mancomunidad de corazones, forman el fondo de la fiesta.

Mas no todo es alegre en los regocijos humanos. Falta allí en el cuadro de la familia la madre que tanto animó con su presencia la última Navidad de su vida; el hijo que voló desde la estrechez de la cuna á las anchuras del cielo; el hermano que, lejos de las pacíficas alegrías del hogar, recuerda bajo la intemperie del campamento el calor de la familia.

*
* *

Navidad quiere decir nacimiento, doble nacimiento, pues vino á la vida mortal Aquella vida sin fin que había de sacar al género humano de la esclavitud de la muerte.

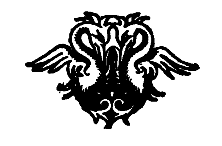
He aquí unos días en que las gentes se buscan como si no se hubiesen visto en mucho tiempo, se saludan, se festejan, y, deseándose todas las felici-

dades posibles, se despiden hasta la Navidad siguiente, como si no volvieran á verse en todo el año.

Tal es la costumbre; pero en las costumbres suele haber algo más que el mero formulario. Por algo, de que no nos damos cuenta, nos buscamos, nos saludamos y nos despedimos hasta la nueva Navidad, que ha de venir á recordarnos el día en que fuimos rescatados.

Si me es lícito traducir el sentido oculto de esa aparente superficialidad de la costumbre, diré que nos buscamos para recordarlo, nos saludamos para confirmarlo, y nos despedimos para olvidarlo.

Hemos dejado el mundo por un momento; pero el mundo nos espera al otro lado de este recuerdo, tan alegre en nuestro corazón y tan frágil en nuestra memoria.





RASGOS GENERALES



AQUEL famoso *calavera* del año treinta y cinco, tan minuciosamente descrito por Larra, ya no existe. No es el caso ocasión de duelo ni motivo de tristeza, porque, bien miradas las cosas, no hay razón ninguna para que fuese eterno sobre la tierra, donde todo, más tarde ó más temprano, está condenado á desaparecer; y aunque todavía se recuerden en las conversaciones retrospectivas sus más memorables hazañas, no se puede asegurar que ha dejado en el mundo una fama excesivamente envidiable.

Por otra parte, no quiero yo decir que el género se haya extinguido, y que se encuentre agotada la familia, sino más bien que el tipo ha cambiado de estilo. No hay, pues, por qué afligirse ni lamentar la pérdida de aquella especie de hombres que hace cuarenta años animaba la vida de las

grandes ciudades, y sobre todo de Madrid, con cuantas fechorías del peor gusto posible, y de la mayor perversidad imaginable, pueden consumarse á la sombra de la impunidad y al amparo de la moda, todo, por supuesto, á título de broma más ó menos pesada.

Porque hay que tener en cuenta que los actores de aquellas escenas, hasta cierto punto privadas y que el escándalo hacía públicas, contaban la mayor parte de las veces con el éxito, y el éxito ha sido casi siempre la sanción suprema, aunque momentánea, de toda audacia, y no hay inconveniente en añadir que de toda infamia. Ello es que el *calavera* de entonces campaba por sus respetos; entrometido, burlón y pendenciero, se imponía por lo que entonces se llamaba la *tremenda*, y no había ciudad medianamente culta donde no imperase, por derecho propio, alguna que otra pandilla de las que en aquella época se llamaban *partidas del trueno*.

No necesitaban más que víctimas, y las encontraban fácilmente, ya en las casas de honestas costumbres, ya en casas de gentes perdidas, pues en esto no solían ser escrupulosos; y habiendo víctimas, dicho se está que el aplauso coronaba la hazaña, porque no hay circo romano en el que la gente de todos los tiempos y de todos los pueblos no se crea obligada á pasar un buen rato. En una palabra: eran, como Tito, delicia del género humano. Merced al saludable terror que inspiraban, sus gracias hacían reir á todo el mundo, y hasta la misma

justicia se veía obligada á volver la cabeza, para que no la viesen desternillarse de risa. Ser calavera era lo que había que ser en aquel tiempo.

¡Qué locos!.... No inventaban cosa buena, y el día que algún atropello burlesco ó sangriento no daba asunto interesante á las conversaciones, parecía que faltaba algo. Eran los héroes de su época, y ¡qué podía hacerse! No había más remedio que matarlos ó dejarlos, y se les dejaba. Es verdad que las carreteras y los caminos públicos se hallaban bastante abandonados por falta de brazos; pero también es cierto que entonces no se sentía esta necesidad de ir y venir que ahora sentimos, y, por lo tanto, los caminos no eran absolutamente necesarios.

Digo, pues, que aquel tipo, emancipado de toda autoridad, de todo respeto y de toda cortesía, por lo común sin oficio ni beneficio, ha desaparecido completamente de la escena en el transcurso de treinta años; mas ha dejado sucesión; solamente que vaciada en el molde opuesto. Todo lo que aquello tenía de desatentado y loco, esto tiene de juicioso y reflexivo. Es, si se quiere, el mismo género, pero corregido y aumentado: viene á ser como la perfección de la especie. Aquella era la locura espontánea, rudimentaria, incorrecta, y, si puedo decirlo así, empírica; ésta, por el contrario, es también la locura, pero la locura con su cuenta y razón, metódica, tratable, sabia, y hasta filosófica.

*
* *

Nuestro tipo ha pensado en todo con la calma propia de un entendimiento maduro, y en lo que ha pensado primero es en vivir bien, esto es, en rodearse de todas las comodidades que hacen tan agradable la vida opulenta. Nada más puesto en razón; pero es el caso que no ha recibido de sus padres una herencia á la altura de sus deseos, y, después de largas meditaciones, ha sacado por consecuencia que trabajar es una locura, y que no hay calaverada semejante á la del hombre que se empeña en vivir quitándose la vida: «De matarse, dice, matarse por completo.»

Reflexiona, y tomando de un lado y dejando de otro, llega hasta encontrarse con una idea risueña, casi infantil, con la idea del juego. ¿Por qué no. Mas téngase en cuenta que la acoge muy seriamente, y tira sus líneas y echa sus cálculos, y va, digámoslo así, á tiro hecho. ¡Con qué juicio juega! Unas veces pierde y otras gana, y aunque está dispuesto á jugarse las pestañas, suyas ó ajenas, hay que convenir en que lo hace pesando las ventajas y los inconvenientes con la minuciosidad reflexiva del cálculo; lleva su *martingala*, infalible más tarde ó más temprano, y mayor cordura no puede pedirse. ¿Y qué? ¡Friolera! Tiene delante constantemente un capital inmenso que le sonríe: el que ha de ganar al día siguiente. Juega sin ruído, sin escándalo, como corresponde á un hombre serio. Todo lo más que le permite su impaciencia es morderse las uñas, ó clavárselas donde

primero le pilla, pero sin que lo entienda la tierra.

Un amigo lo busca con urgencia, sale á su encuentro, lo mira reflexivamente, y le pregunta:

—¿Qué tienes?

—No lo sé,—le contesta.

—Traes aire de haber hecho alguna calaverada.

—Puede, porque creo que estoy enamorado.

—¡Hombre, tú, tan juicioso!.... ¿Cómo no te has ahorcado antes?

—Inés me ha trastornado la cabeza.

—No seas *tronera*.

—¡Qué quieres! La madre me detesta tan cordialmente, que tiene á Inés secuestrada.

—¡Cómo!.... ¿No eres rico?.....

—Sí; pero ella es más rica que yo dos veces.

—Eso ya es otra cosa; veo que tienes seso, y que no se trata de una aventura descabellada. El asunto merece pensarse; es un matrimonio ventajoso, y sería una locura tirarlo por la ventana. Busquemos un medio razonable.... Espera.... opongamos la razón al capricho, el derecho á la violencia. Dadas todas las circunstancias del caso, me ocurre una idea seria.

—¿Cuál?

—Róbala.

—Lo he pensado; pero hay que contar con ella, y la vigilancia de la madre nos impide entendernos. Tú, que eres tan formal, puedes arreglarlo todo.

—¿Cómo?

—Esta noche la ves en el baile que da su tía la

Marquesa; yo no puedo ir, ni conviene que vaya. Tú la hablas, os ponéis de acuerdo, y negocio redondo.

—Perfectamente. Ahora juicio, mucho juicio.

Así se separan los dos amigos; y como todo está tan reflexivamente pensado, la cosa sale á pedir de boca, solamente que el rapto lo lleva á cabo el primero de su cuenta y riesgo, y el segundo se encuentra de la noche á la mañana suplantado.

—No te enfades (dice el más juicioso); ella habría querido casarse contigo, pero no había tiempo que perder; acudiste tarde, y yo tuve que cargar con ella. ¿La había de dejar abandonada en medio de la calle? ¿Qué habrías dicho entonces de mi formalidad? Además, te he salvado, porque la niña tiene un genio muy bien puesto, y contigo serían las guerras civiles; yo, con mi tacto y mi aplomo, la voy conllevando. Y tú no sabes qué cruz me ha caído encima con la madre. ¿Y qué quieres? Ya sabes que soy muy arreglado en todas mis cosas, y que las deudas me revientan: te debo algún dinero, me encuentro rico, y quiero pagarte. Tú, que no tienes pizca de juicio, querías un lance, un escándalo.... y todo ¿por qué? Porque te he hecho el favor de casarme por ti.... Mira, ya no se estilan los calaveras: eso es soberanamente ridículo, y á ti te tocaría peor parte en este asunto. Conque, juicio, mucho juicio, que es la mejor manera de vivir locamente en el mundo.

*
* *

Pero bien; no se trata de eso, porque al fin, el rapto de Inés no había de dar ocasión, como el rapto de Elena, á otra nueva guerra de Troya, calaverada que duró diez años, y que ha llegado á nuestras noticias cantada por Homero.

Nuestro tipo tiene una región más elevada donde ejercitar y desenvolver sus reflexivas facultades. Hombre de entendimiento serio, medita profundamente acerca de los diversos problemas que las dificultades de la vida suscitan de continuo entre los hombres, y, no pudiendo ser indiferente á las desdichas de sus semejantes, concibe la generosa idea de hacer dichoso al género humano.

¡Ya se ve! Este género humano, que anda sobre la tierra, ha adquirido de tal modo la costumbre de sus desventuras, que no las suelta ni á tres tirones, lo cual no quita que cada uno por su parte y todos á la vez minemos el mundo en busca de la felicidad, nunca adquirida, pero siempre soñada.

Y he aquí el caso. Hay que remover los obstáculos que se oponen á la ventura universal. Hasta aquí todo ha ido de mal en peor; luego es preciso trastornar el mundo para que entre en caja. Urge hacerlo de nuevo, porque, después de todo, no es cosa de pasarse la vida mano sobre mano: abajo, pues, todo lo existente.

Partiendo de este principio, el hombre juicioso y reflexivo hace su composición de lugar, y tomando de aquí y de allí, forma su sistema de dicha futura, y, que quieras que no, lo impone siem-

pre que puede, porque la letra con sangre entra.

No es el calavera de hace treinta ó cuarenta años, que divertía á la gente con sus hazañas, sin más propósito que el de hacer sonar su nombre entre los vecinos del barrio; es, por el contrario, el hombre que ha meditado profundamente y tiene en sus manos los futuros destinos de la tierra.

—Esto no va bien (dice con solemne tristeza). El mundo se pierde, y hay que salvarlo.

—¿Cómo? —le preguntan.

—¡Cómo! (exclama): con la voluntad, con el heroismo, con el sacrificio. Mi sistema es el único que puede hacer felices á los hombres. ¿Cuántos somos?

—Diez, ciento, mil, diez mil....

—Pues bien: manos á la obra.... Juntémonos, y que vayan. Todo se halla dispuesto, y no hay más que salir y gritar: «¡Fuego!» Y caiga el que caiga.

Al día siguiente arde Troya.

Y bien: como ya he dicho, no se hace tan fácilmente la felicidad del género humano, y resulta que la empresa se tuerce. No importa; los hombres de juicio no retroceden fácilmente. Si no basta la pólvora, ahí está la dinamita, pues para algo ha puesto la naturaleza en nuestras manos los medios necesarios para hacer volar el mundo.

Pero quiero decir que no se tuerce, y todo sale á pedir de boca. Perfectamente; mas acontece que el sistema es incompleto, y, bien meditadas las co-

sas, hay que perfeccionarlo; y aquí estamos otra vez con las manos en la masa.

—Juicio.... Sobre todo, juicio. Atemos bien todos los cabos para que el golpe sea seguro. Orden, señores, orden: para nada se necesita tanto aplomo como para echar la casa por la ventana.

Acaso la Historia llame *calaveradas* á ese orden de hechos, y tenga á sus autores por los mayores *troneras* que han visto los siglos, desde Adán hasta nuestros días; mas, de todos modos, es lo cierto que tendrá que reconocer en ellos los más razonables propósitos, y el maduro examen con que se llevan á cabo las grandes empresas de los hombres. El *calavera* ha sido siempre un loco, una cabeza destornillada, un hombre sin pies ni cabeza, excepto hoy, que es casi un hombre de Estado.

*
* *

¡Y el filósofo! Fijémonos un momento en esa inteligencia llena de abstracciones. ¡Con qué juicio atropella las preocupaciones del mundo, y con qué sensatez llega hasta á dudar de su propia existencia!

Es verdaderamente admirable el aplomo con que da vida á todo lo que le rodea: para los krausistas todo vive, hasta los que han muerto; más aun: hasta los que no han nacido; los hegelianos no se avienen bien con tanta vida, y la merman

hasta reducirla á cero, y con la mayor familiaridad nos aseguran que todo es nada ; Darwin, más casero, sólo se mete en lo concerniente al árbol genealógico de la familia, y saluda respetuosamente al mono como progenitor de la especie humana.

Aquí personas serias cuentan con grave solemnidad los golpes que el pie de una mesa, momentáneamente inspirada, da sobre el pavimento, comunicando así á los circunstantes las últimas noticias del otro mundo. Más allá, una mano inconsciente escribe con lápiz misterioso lo que, con voz nunca oída, le dictan los espíritus, indudablemente atraídos por la novedad del suceso.

¿Cómo habremos de llamar á estos aventureros de la inteligencia, empeñados en descubrir mundos desconocidos, navegando sin brújula por mares sin fondo y sin orillas?

No lo sé; pero no se dirá que esos prodigios del pensamiento son empresas descabelladas de cabezas vacías, por lo menos mientras no se averigüe definitivamente que la sabiduría de los hombres tiene la cabeza á las once, y que la razón humana ha perdido el juicio.

*
* *

¿Y la ciencia? ¿Cabe más reflexión, más orden, más método, más juicio que el que se necesita para

indagar los secretos de la naturaleza, coordinarlos, clasificarlos, encadenarlos entre sí, y deducir unos de otros, para dar á la razón minuciosa cuenta de ellos?

Porque no se ha de creer que la naturaleza es una habladora sin sustancia, que le cuenta las intimidades de su vida al primer tarambana que se empeña en averiguarlas. Por lo común, no suele hacer sus confidencias más que á gente seria, reservada, circunspecta, que sabe pesar y medir el valor de todas las cosas.

Pues bien: vedla empeñada en forzar las eternas soledades del polo. En vano el secreto, defendido por murallas inaccesibles de hielo, rechaza las expediciones, devorándolas unas tras otras. ¿Cuántas víctimas cuenta ya la curiosidad de la ciencia?

He conocido á un curioso que se descolgaba todas las noches de una altura peligrosa, para aplicar el oído al hueco de la chimenea de la casa vecina y enterarse de lo que se hablaba dentro de la casa, y se pasaba las primeras horas de la noche oyendo por el hueco de la chimenea hablar en francés, de cuyo idioma no entendía ni una palabra.

He ahí la ciencia en muchos casos; dominada por la locura de saberlo todo, se descuelga por los principios de la soberbia, y aplica el oído á los misterios que la rodean; oye, y nada entiende.

Hace mucho tiempo que nuestras miradas científicas se dirigen tenazmente al centro del África, no con el fin de civilizar aquellos pueblos salvajes,

sino simplemente para ilustrar las cartas geográficas, averiguando dónde demonios se esconden las fuentes del Nilo.

Ícaro debió ser el mayor calavera de su tiempo; hoy es la ciencia empeñada en escalar el aire y volar por el espacio, ni más ni menos que vuelan las águilas. Arquímedes pedía una palanca y un punto de apoyo; nosotros, más sabios y, sobre todo, más juiciosos, buscamos ese mismo punto de apoyo y esa misma palanca.

*
* *

Con todo lo dicho, no he conseguido más que apuntar las rasgos generales de la especie y la transformación que ha experimentado la familia en el transcurso de treinta á cuarenta años. Lo que entonces fué una cabeza destornillada, hoy es un hombre de mundo, un hombre de Estado, un filósofo ó un sabio.





ESTÉTICA.

I hemos de creer á los etimologistas encargados de darnos á conocer el sentido originario de las palabras que nos han legado lenguas anteriores á la nuestra, *Estética* es una palabra griega que significa *sentimiento;* y si es así, nada más estético que una desgracia, una catástrofe, un duelo, porque ya entre nosotros la acepción vulgar y corriente de la voz *sentimiento* es la de pena , dolor , pesar , disgusto.

Si al mismo tiempo hemos de entendernos, será preciso añadir algo al sentido etimológico de la palabra, para convenir en que *Estética* es el sentimiento de lo bello, como si dijéramos, la filosofía del arte, ó más bien el instinto que nos conduce á descubrir la existencia de la belleza.

Por supuesto, ese instinto, esa propensión, esa fuerza misteriosa é intuitiva que nos arrastra hacia lo bello, existe en el género humano desde el primer hombre, como el recuerdo de una perfección perdida, de una felicidad pasada, de una grandeza de la cual hemos caído; pero da la casualidad que a Estética, ciencia, razón, filosofía, ó como quiera lamarse, no ha aparecido hasta nuestros tiempos, de lo que debe inferirse que Homero y Fidias, Virgilio y Dante, Rafael y Miguel Ángel, y hasta el mismo Calderón y Lope, han vivido en el mundo sin saber lo que se hacían, dejando perpetuos testimonios de su existencia á tontas y á locas.

Es verdad que ya Platón anunció algo sobre la belleza; pero, ¡ya se ve!, dicen que separó demasiado la idea de lo bello de la realidad positiva de las cosas, ó, lo que es lo mismo, que, aunque pagano, se le fué el santo al cielo, y no era ciertamente esa la *Estética* que nos esperaba en las alturas de nuestro siglo.

También Aristóteles suministró al arte dramático algunas reglas para la composición de las tragedias, esto es, rayó el papel en que debía escribir el niño, para que no se le torciesen los renglones.

Tócale su vez á Plotino, y saca en sustancia la misma consecuencia que Platón, á saber: que la belleza moral está sobre toda belleza sensible; que hay un principio eterno origen de toda belleza; y, en fin, San Agustín condensa en una fórmula admirable la idea de la belleza, diciendo que es el es-

plendor del orden. Longino, Horacio y Quintiliano no van más allá que Aristóteles, y todo queda reducido á reglas rudimentarias, á preceptos elementales, á mera retórica, y, si puedo decirlo así, á pura ortografía.

Bacón, que no había adivinado la Estética que había de asomar la cabeza andando el tiempo, miró al arte por encima del hombro, y le concedió por singular benevolencia el privilegio de ser uno de los recreos con que el hombre entretuviese la pesadumbre de la vida: fiestas del entendimiento desocupado, pirotécnica del ingenio, fuegos artificiales de ociosas imaginaciones.

Llegan después Baumgarten, Moldelssonhe y Suleer, procedentes de Leibnitz y de Wolfio: ambos contemplan el arte en sus grandes manifestaciones, y dicen: «Aquí hay una ciencia,» y el primero la llama *Estética*, y sacándola de la confusión del sentimiento, intenta sujetarla á las inspiraciones de la razón y á las leyes de la lógica, y el *quid divinum* baja de las regiones de la inspiración al crisol de la ciencia; porque no basta que lo bello sea bello, sino que es preciso, para nuestra tranquilidad, que nos diga por qué es bello. No basta que la luz alumbre, urge además que sepamos por qué alumbra. La luz, sin embargo, á pesar de su claridad, no nos lo ha dicho todavía; así es que aún andamos á tientas en medio de la luz misma.

Sea como quiera, la *Estética*, una vez nacida y bautizada, da algunos pasos, y la idea de lo bello,

como el pájaro que se escapa de la jaula en que lo tienen cautivo, vuela y se eleva hacia su origen y toma á los ojos de los estéticos la forma de una concepción abstracta, como lo había sido en Platón, en Plotino y en San Agustín, uniéndose la idea de la belleza y la idea del bien como dos medias naranjas.

Pero decir ciencia, es casi tanto como decir escuelas, opiniones, teorías, gustos, inclinaciones, costumbres y caracteres, y sin más ni menos brota, de la noche á la mañana, en Inglaterra la escuela estética sensualista, que, dejándose de abstracciones, da, digámoslo así, al concepto de la belleza carne y hueso. Uno sostiene que todo lo bello es bueno; el arte por el arte, Venus es buena porque es bella; otro crea á su gusto un sentido particular para lo bello, y queda averiguado que la belleza no tiene más sensación ni más vida que las del gusto particular de cada uno. Otro, más sensualista todavía, se abandona por completo al resultado de las sensaciones, y hace una misma cosa de lo sublime y de lo terrible, y sólo al instinto de conservación, al más animal de todos los instintos, atribuye el origen de lo bello.

Y aquí tenemos al hambre, por ejemplo, decidiendo estéticamente acerca de la belleza de un pavo trufado. La *Enciclopedia* no puso más allá los límites de la *Estética* sensualista; debió encontrarse en ella como el pez en el agua, porque, en resumidas cuentas, el sensualismo estético es el libre examen en el

arte; la negación de toda belleza permanente para rendir culto á todas las bellezas fugitivas; en una palabra: cerrar los ojos del alma para abrir de par en par los ojos de todos los sentidos.

Á pesar de ese racionalismo, que contó y cuenta con el concurso de todas las corrupciones del buen gusto, abriendo camino á las monstruosidades artísticas que todavía el arte de nuestros días engendra, reapareció la idea de lo bello, emanando de Dios como de su verdadero origen, principio de toda verdad, de toda bondad y de toda belleza, fundamento único de toda estética, foco luminoso adonde el genio del hombre volverá siempre los ojos en busca de inspiraciones inmortales.

Kant sigue á Lessing y á Gœthe, y vacía la belleza artística en el molde de su filosofía subjetiva. Ya lo bello no es una abstracción, ni una realidad; no es lo ideal, ni lo sensible; no es la severa pureza de la virginidad, ni los armoniosos contornos de la estatua del placer; no es, en fin, ni el alma ni el cuerpo.

La idea absoluta, la idea, digámoslo así, perenne de la belleza, desaparece bajo la forma movible, instable, de un concepto relativo; no tiene realidad ninguna, ni moral, ni material, y queda reducida á un fenómeno puramente psicológico, á meras ficciones de la imaginación, sin más realidad que la de los sueños.

La belleza no es nada; es, si acaso, una preocupación, una fantasmagoría de nuestro *yo*, una su-

percherla con que cada uno adula á su deseo ó á su capricho, engañándose á sí mismo.

Schiller, Fichte.... ¿qué hacen estos genios perdidos en las soledades del error? Nada; sepultarlo todo en los estrechos límites del pronombre personal *Yo;* he ahí la creación, la libertad, la justicia, la razón, la belleza; he ahí todo. Fuera de mí no hay nada; y es el caso que yo no quepo dentro de mí mismo. ¿Adónde voy?.... ¡Santo Dios! No tengo donde ir. Soy una especie de cristal imposible que refleja imágenes que no existen en ninguna parte. Todo lo que me rodea, el cielo, la tierra, el universo, la naturaleza, mis semejantes, no son más que apariencias que yo me finjo dentro de mí mismo. Y yo mismo, ¿qué soy? Si llevo en mí la facultad de fingirme la creación que me rodea, ¿no he de poseer el secreto de fingirme á mí mismo? ¿Qué soy, pues? Nada.... ¡Ah!.... Yo no existo.

Así como en el *espiritismo* hay espíritus burlones, de la misma manera en la estética hay sabios de tan buen humor, que son muy capaces de reirse de un entierro. Solger, por ejemplo, no comprende más genio que aquel que se ríe del mundo. La ironía es la esencia de la belleza, y la carcajada su expresión más propia. La Divinidad es la ironía misma que se burla interminablemente de las cosas creadas, y á quien tienen en perpetua hilaridad los caprichos de la naturaleza y las extravagancias de los hombres.

Como vemos, la *Estética* en este punto conduce

el arte como por la mano á la feliz situación de desternillarse de risa. Los chinos representan la felicidad por medio de una boca entreabierta llena de arroz; á nosotros nos toca ahora representar el arte por medio de una boca extendida de oreja á oreja reventando de risa.

Schelling parece que se muestra más razonable, ó por lo menos más serio, pues hace del arte el lugar de la cita en que deben encontrarse lo infinito y lo finito, el pensamiento y la forma, el alma y el cuerpo. La averiguación no es ciertamente un prodigio de perspicuidad, porque da la casual circunstancia de que no hay obra de arte, digna del respeto de las generaciones, en la que no se encuentre la necesaria unión de esos dos elementos.

Si hemos de atenernos á sus conclusiones, la forma artística es la más completa expresión de la verdad. Yo digo: debe serlo.

Hegel, en fin, sigue en último resultado á Shelling, y después de largos estudios acerca de la ciencia de lo bello, casi nos quedamos lo mismo que estábamos.

*
* *

¡Es singular! Aparece un hombre que apenas ha leído unos cuantos libros, ser oscuro que á nadie se le ocurre el capricho de llamar sabio, porque es muy

posible que todo lo ignore; anda de un lado para otro como un tonto; parece que está en babia; diríase que no vive en el mundo en que vive. De repente se vuelven hacia él los ojos de la admiración, porque no se sabe cómo ha salido de sus manos un cuadro, una estatua, un libro. ¿Quién es?.... El Genio.

Pues vea V. lo que son las cosas: aquí hay otro hombre superior; ha penetrado en los secretos de la más profunda filosofía; ha creado escuelas, sectas; la naturaleza le ha confiado hasta sus más ocultas intimidades; sondea el cielo y registra el abismo.... ¡La ciencia!.... ¡Bah! La ciencia la tiene al dedillo. Si Dios existe, es por una condescendencia de su sabiduría; si consiente el alma, es por pura benevolencia..... ¿Quién es?.... Un Sabio.

Mas vedlo aquí delante de una obra de arte; su ciencia se encuentra detenida, avasallada, suspensa, vencida; se rasca la frente, se muerde las uñas. ¿Cómo se ha hecho ese cuadro.... esa estatua.... ese libro?.... Lo ignora.

¿De dónde ha salido este prodigio de belleza artística? No lo sabe.

¡La belleza!.... ¡Ah sí!.... Está en el secreto; esperad, va á explicarla.... ¡Qué bien diserta! Pero, ¡oh injusticia del mundo!, nadie lo entiende. En cambio el libro, la estatua, el cuadro, ¡qué bien, qué pronto los entendemos!





LA VANIDAD.

I.

OMIENZO á sospechar que no es la soberbia el vicio que principalmente nos domina á los que por un capricho de la suerte, que al fin es mujer, nos encontramos en estos tiempos tirando de la carga más ó menos ligera de la vida. Asimismo presumo que no es tampoco la envidia el móvil que nos impulsa al habitual recreo de la maledicencia con que animamos la culta amenidad de nuestras ociosas conversaciones, que tan agradable hacen el trato de las gentes.

Yo tengo mis razones para inclinarme á creer, no sé si con satisfacción ó con pena,—pues ya no se sabe á punto fijo lo que debe alegrarnos ó entristecernos,— que la soberbia y la envidia, tan propias de la frágil naturaleza humana, experimentan cierta degradación natural y casi insensible, im-

puesta, á mi ver, por el descenso que en todo se advierte, señal bastante clara de lo inclinado del plano en que resbalamos, y que nos conduce triunfalmente, eso sí, de arriba abajo.

Yo digo: Nada hay más lógico que los hechos; en razón á que los vigila una ley todavía no derogada, que, quieras que no quieras, les impone la tiranía de la descendencia, obligándoles á sucederse dentro de sus respectivas especies en ordenadas generaciones, como si dijéramos, de padre á hijo.

Ley constante en la naturaleza y permanente en la historia, puesto que los hechos, lo mismo que los seres, viven sujetos á la terca esclavitud que los encadena á ser necesariamente cada uno hijo de su semejante, porque eso de las generaciones espontáneas no pasa de ser un proyecto de ley sin sanción ninguna, que no impone obediencia.

Ello es, que la sabiduría de las naciones insiste en afirmar, bajo la palabra de su experiencia en la sucesión de las especies, que en el orden de los hechos, el que siembra vientos recoge tempestades, y en el orden de la naturaleza, que, échese por donde se quiera, el olmo no dará nunca peras.

La soberbia y la envidia tienen también su natural descendencia, y he aquí que naturalmente han descendido.

Veamos cómo.

Hay en la soberbia el orgullo del propio valer, cierta conciencia del poder de sus facultades, y á más, el desordenado apetito de imponer su impe-

rio. Puede decirse de ella sin murmuración, lo que Sièyes decía de Napoleón I: «Este hombre todo lo sabe, todo lo puede y todo lo quiere.» En una palabra: cuando el genio no es santo, es soberbio.

El fondo de la envidia es amargo, es hiel pura; paladar descompuesto, al que, digámoslo vulgarmente, todo le sabe á cuerno quemado. No le entristece el bien ajeno tanto porque no es suyo, como porque es de otro.

Soberbia y envidia son como dos aspectos de una misma cosa, y se distinguen entre sí como el anverso y el reverso de una misma medalla.

La unidad es el secreto de la soberbia: *Yo;* yo aquí, yo allí, yo dentro, yo fuera, yo en todas partes, yo siempre.

El conjunto es la desesperación de la envidia: Ese, aquel, este, el otro, todos, todo.

La soberbia produce á Lucifer, la envidia arma á Caín, y estos dos tipos se reproducen frecuentemente en el tránsito de la especie humana sobre la tierra, como si fuesen sus eternos compañeros, testigos constantes de su trágico origen.

Perfectamente; mas yo advierto que la soberbia humana ha empezado á ser más razonable y la envidia á estar menos descontenta del mundo que la rodea. Diríase que esas dos fieras que habitan en las salvajes soledades del espíritu del hombre, amansadas por la influencia de la civilización moderna, se han convertido al fin en dos animales domésticos.

La cosa se explica bien fácilmente por el desenvolvimiento expansivo de nuestras libres facultades.

Disipadas añejas preocupaciones, que se empeñaban en hacer del hombre un simple mortal, condenado al mezquino usufructo de la vida y de la tierra, hemos llegado poco á poco á la proclamación de nuestra propia divinidad; y, una vez declarado Dios el hombre, es preciso convenir en que su soberbia, por ciega que sea, ha de haber caído en la cuenta de que ya el mundo es suyo.

Y pongámonos en su lugar. Todo ha caído bajo su poder; todo lo sabe, todo lo puede, todo lo quiere, y, como es natural, se siente satisfecha. ¿Y qué ha de hacer?.... Se guiña á sí misma el ojo en señal de íntima complacencia, y, quieras que no quieras, se abandona en cierto modo al descanso después de tan larga fatiga.

No quiero decir que se duerme á pierna suelta sobre el lecho de pluma de su gloria; pero, vamos, empieza á dar algunas cabezadas sobre el hacinado montón de sus laureles.

Al paso, la inquisición infatigable de la ciencia, que se quema las cejas buscando el origen auténtico de esta divinidad que de la noche á la mañana nos ha caído por la chimenea, ha descubierto, como la cosa más sencilla del mundo, por adivinación maravillosa, que el mono es, así como suena, el padre natural del hombre.

Y no hay que reirse de este novísimo abolengo

de nuestra raza. Bueno que la trasnochada impertinencia de los que aún pretenden sostener la aristocracia originaria de la especie, la sangre azul de la ascendencia, y la alcurnia de la familia, se obstine en conservar entre la opulencia democrática de nuestros suntuosos *hoteles*, las cuatro tapias de la casa solariega del paraíso.

¿Y qué? Siempre tendremos como fundamento razonable que el hombre no procede del hombre, en atención á que no hay ser sobre la tierra que posea el singular privilegio, la rara virtud de producirse á sí mismo; porque, ¡oh irrisión impenetrable de la naturaleza!, todo nace, sin que sea necesario de ningún modo el concurso voluntario del ser que viene á la vida.

Aún tenemos otro testimonio, si cabe más elocuente, que atestigua de continuo la autenticidad de ese origen que le debemos á las últimas investigaciones, permítaseme decirlo así, de la ciencia.

Ahí están las mujeres todas; ellas, por un sentimiento unánime, nos ponen á cada paso en la mano lo que podemos llamar nuestra partida de bautismo, descubriendo á nuestros ojos por penetración inconsciente la cuna plebeya en que se mecieron nuestros lejanos y á la vez novísimos progenitores.

Vedlas delante del niño que empieza á dar los primeros pasos en la senda de la vida: lo contemplan con afán cariñoso, lo besan con ternura indecible, y como si recordaran intuitivamente la infancia de la familia perdida en la oscuridad de tiempos

remotos, se les ríen los huesos, y exclaman sin poder contenerse:

—¡Qué mono!.... ¡Oh, sí; este niño es muy mono!

¿Qué más testimonio de autenticidad necesitamos?

Convengamos en que si estos datos no son concluyentes, no hay nada que tenga fin en el mundo. Datos seguros, que deben tomarse como confesión de parte, en cuanto á que ellas solamente parecen encargadas por la naturaleza para saber á ciencia cierta quién es el padre verdadero.

No hay para qué detenerse en apelar á la etimología griega de la palabra *mono*, pues todos sabemos que quiere decir *uno*. Uno, origen de los demás, principio del número, engendrador de las cantidades, procreador de la suma, germen, en fin, de todas las multiplicaciones.

Así se unen, se confabulan y se compenetran en una misma averiguación la ciencia que investiga, la mujer que adivina, la lingüística que fija, y la aritmética que multiplica.

Pues bien: si la envidia ha penetrado el secreto de nuestro origen y se encuentra al cabo de la calle, yo pregunto: ¿qué puede envidiar ya sobre la tierra? Si da una vuelta alrededor de este árbol genealógico, ¿qué puede hallar envidiable en el género humano?

Ello es que la soberbia se nos presenta menos activa, y la envidia más ociosa, y, degenerando una

y otra de su primitiva naturaleza, han venido á convertirse en vanidad, y resulta que la vanidad nos ha heredado como hija natural, descendiente por línea recta de la soberbia y de la envidia.

Y bien: ¿qué es vanidad?

Por de pronto, es el aire que respiramos.

Tiene algo del espacio, en que todo lo ocupa y nada llena.

No son las cosas, sino las apariencias de las cosas.

Es Lucifer más sociable, casi bonachón, digámoslo de una vez, un pobre diablo; es Caín menos adusto, casi amable: en una palabra, un pobre hombre.

Es la campana que suena precisamente porque está hueca.

En el orden de las cosas públicas, nos sale al paso por todas partes. Ahí está el crédito que va de casa en casa, de puerta en puerta, pidiendo en nombre de la prosperidad ceros que aumenten el valor de las unidades. Cualquiera cantidad dividida por cero, da, según la forma irracional de los matemáticos, lo infinito. Pues bien: multipliquemos la cantidad de lo que hay por todos los ceros de lo que falta y tendremos á toca teja, como tenemos, los fabulosos manantiales de esta inmensa riqueza en que nos ahogamos.

El lujo: he ahí otra perspectiva: todo lo superfluo se ha hecho necesario. El *hotel* suntuoso, la mesa espléndida, el tren deslumbrador.... ¡Oh,

cuán cara es la vida! ¿Á quién se le oculta lo mucho que cuesta? Y, sin embargo, ¡qué bien sabemos todos lo poco que vale!

La autoridad.... ¡qué gran aspecto!.... Todas las insignias, todos los atavíos, todas las apariencias; pero.... ¿dónde está? En todas partes se la ve, y en ninguna se la reconoce. Si no es ya una nueva ficción, ¿qué es? Decoración teatral, perspectiva de bastidores; especie de luz que brilla en la oscuridad de la noche para advertir al transeunte que allí están los escombros de un edificio arruinado. Autoridad-vanidad del poder. ¿Es otra cosa?

Volvamos los ojos á la sabiduría. ¡Cuán admirable es el espectáculo que nos ofrece! Desde el momento en que hemos descorrido el velo de todos los misterios, nos encontramos con que nada hay cierto. Ya no hay verdades, no hay más que opiniones; todo está en tela de juicio: la ciencia es la superficie, la duda es el fondo, y la duda es la ignorancia suprema.

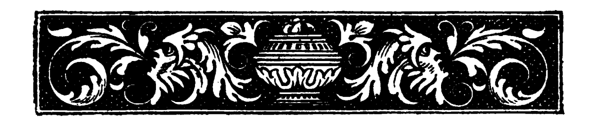
Sea como quiera, el mundo se nos presenta lleno de sabios. Francamente: ¿quién no lo sabe ya todo? Jamás se ha visto tan poderosamente extendido el privilegio de la ciencia infusa. Todos hablamos de todo; ¿por qué? Porque de nada se habla tan fácilmente como de aquello que no se entiende. En realidad, nada de cierto hemos averiguado; pero ¿hemos de condenar á perpetuo silencio nuestra ignorancia? Si nos contentamos con creernos sabios, ¿qué necesidad tenemos de serlo?

Vanidad de la riqueza, vanidad del poder, vanidad de la ciencia. Sumemos: todo lo que se debe; todo lo que no se puede; todo lo que se ignora. En números redondos: ficción de riqueza; perspectiva de poder ; apariencia de sabiduría. Total : vanidad, espacio, vacío.

¡Ah!.... Se me olvidaba: somos libres, sin duda alguna ; á lo menos nos damos todo el aire de que lo somos : mas yo pregunto: Libertad, si te poseemos, ¿por qué te pedimos? ¿Cuándo se cansará el hombre de pedirla? Y si nos la han de dar, ¿cómo es nuestra?

Ya hemos entrevisto la vanidad en las cosas, y después, más despacio, la buscaremos en las personas, que es donde presenta su aspecto verdaderamente fisiológico, ameno, curioso y entretenido.





EL DESCAMISADO

I.

i hubiésemos de buscar el origen del tipo moderno que se nos viene á las manos, pidiéndonos los rasgos más salientes de su fisonomía, tendríamos que remontarnos al momento, ya bastante lejano, en que el hombre apareció sobre la tierra; más aún: al momento en que se encontró dueño del Paraíso, porque en esa ocasión es cuando por primera vez se nos presenta el hombre sin camisa.

¡Y véase qué caprichos suelen tener los idiomas puestos en bocas humanas! Llama el diccionario descamisado, en su sentido propio, al que es tan pobre que no tiene sobre qué caerse muerto, y cabalmente nadie más rico que el primer hombre, que poseyó él sólo los pingües beneficios del Paraíso, mejorado en tercio y quinto con toda la extensión de la tierra.

Y aconteció, como la cosa más natural del mundo, que desde el momento en que, por razones que no son de este sitio, aunque en verdad caben en todas partes, perdió el perpetuo usufructo de lo que podemos llamar la casa solariega del linaje humano, fué cuando, advirtiendo su completa desnudez, comenzó á sentir que no le llegaba la camisa al cuerpo.

Parece cosa averiguada que ese paño menor tan íntimamente unido á la parte extrema de la personalidad humana, fué el primer movimiento, tímido si se quiere, pero al fin el primer movimiento del pudor, bella vergüenza en que el alma, luego que deja de ser inocente, intenta ocultarse y no hace más que descubrirse, porque, bien mirado todo, el pudor es á la malicia lo que el remordimiento al delito.

No es cosa ciertamente de poner la camisa sobre la cabeza en señal de homenaje; pero tampoco sería conveniente echársela á la espalda como cosa de poco más ó menos. Quiero decir, que la camisa empieza en una hoja de parra, y que, en buena filosofía, no es un mero detalle suntuario, sino más bien un sentimiento y hasta un consuelo, como si dijésemos, el paño de lágrimas de las flaquezas humanas. Existe, pues, cierta relación psicológica entre la camisa y el alma. Y aquí recomiendo al lector que conserve en la memoria la última observación hecha, porque sospecho que más adelante ha de convenir tenerla presente.

Adán es el primer descamisado que la historia nos presenta, como si desde el principio se nos hubiese querido advertir que ese debía ser, figuradamente hablando, el destino del hombre sobre la tierra. Y, ¡válgame Dios!, qué esfuerzos hace el ingenio humano por ocultar la humildad de su persona hasta á sus propios ojos. No obstante la antigüedad del caso, el tipo auténtico de la nueva especie que me mueve á escribir estos renglones, no aparece hasta el último tercio del siglo próximo pasado, que asomó la cabeza en Francia bajo el nombre de *sans-culotte,* sin calzones, traduciendo al pie de la letra; *descamisado*, haciendo la traducción más completa, que es la generalmente admitida.

Eso sí, Robespierre no fué indiferente á cierta pulcritud esmerada en la compostura de su *toilette;* ni Saint-Just se desdeñó de dar al aspecto suntuario de su persona el elegante abandono de estudiada *negligé*; ni, en fin, Danton, hombre de grande estómago, hizo nunca ascos á las apetitosas sugestiones del *ménu*. Puede decirse que aquella generación descamisada no tenía al *confort* por enemigo de la patria; pues el mismo Marat, asta humana de la bandera de los harapos, se entregaba con frecuencia á las sensualidades del baño, si no en agua rosada, á lo menos en agua enrojecida por la sangre que hacía correr de la guillotina.

Cierto; mas fuera de esas genialidades particulares de aquellos *sans-culotte,* los pingajos triunfaron en principio; la miseria externa, como dando tes-

timonio de las miserias interiores, se puso en moda, y los *descamisados hicieron furor*. No hay para qué juzgarlos, puesto que ellos, que debieron conocerse bien, se condenaron á muerte sin apelación, y sucesivamente se fueron decapitando unos á otros.

Á los noventa años, poco más ó menos, el tipo se encuentra perfeccionado, y sería un error de señas ir á buscarlo á esas regiones donde la escasez ó la completa ausencia de los bienes de fortuna ponen al hombre en la cumbre de aquel magisterio desde el cual se enseñan los codos. Las palabras, que al fin y al cabo no han hecho juramento solemne de conservar perpetuamente su sentido propio, gracias á la confusión de ideas que reina y gobierna, experimentan desviaciones que las apartan de su significación verdadera; y las hay que, rompiendo completamente con la tradición, que en materia de lenguaje es la etimología, parece que se complacen en representar la idea contraria de lo que, según las leyes de la lengua, significan.

De esta especie de sentido contrapuesto participa como ninguna la voz *descamisado*, y es tal la fuerza de su concepto, permítaseme decirlo así, neológico, que ya no se usa como designación de un estado individual de material desnudez, sino como expresión de un desahogo particular del espíritu. No expresa la situación externa del cuerpo, sino más bien el aspecto interior del alma.

No son ociosas estas explicaciones, si hemos de comprender bien el tipo, que no de muy antiguo

ha obtenido carta de naturaleza entre nosotros. Por eso han sido necesarias algunas palabras acerca de su origen, y alguna indicación aclaratoria acerca del sentido de su nombre.

II.

Nace el *descamisado* ni más ni menos que el resto de los simples mortales, porque la naturaleza, más democrática que los hombres, no le ha concedido privilegio ninguno. No preguntéis en qué cuna se mecieron los primeros años de su vida, pues, humilde ó excelso, según las vanidades del mundo, el linaje no ejerce influencia alguna en su naturaleza.

Tampoco es fácil reconocerlo á primera vista en el movimiento continuo de la vida, porque su apariencia más bien descubre al hombre entregado á la sabrosa indolencia de los goces materiales que al espíritu sombrío que busca en la destrucción universal los *ideales*, como ahora ridículamente se dice, de una creación enteramente nueva.

Si, en efecto, la curiosidad de conocerlo nos mueve á buscarlo, no hay que perder el tiempo registrando los talleres, indagando en las fábricas, descendiendo á esas últimas regiones de la sociedad en que el hombre compra el sustento de su vida ignorada con el sudor de su frente, porque este tipo

que bosquejamos jamás se encuentra oculto bajo el polvo del trabajo.

No llaméis á las puertas desvencijadas de esas viviendas reducidas á la estrechez de cuatro paredes desnudas, donde la familia tiembla de frío, se ahoga de calor ó se muere de hambre, porque el *descamisado* de nuestros días entiende la vida de otra manera, y la penuria de la escasez y la dureza de la miseria son cosas que no le hacen maldita la gracia.

Si hemos de tropezar con él, hay que penetrar ya en este, ya en el otro círculo de recreo, con tal de que el aspecto de la casa revele cierta opulencia y ofrezca aquellas confortables comodidades que se han hecho indispensables para convertir en paraíso de delicias este mundo incorregible, empeñado en llamarse valle de lágrimas.

Si, como es cosa corriente en las interioridades del edificio, adonde, dicho sea de paso, concurren también gentes, digámoslo así, sencillas, á quienes nadie señala con el dedo, hay una habitación algo separada de las demás, y dispuesta de modo que los aficionados á las eventualidades de la suerte busquen en los caprichos de la fortuna las satisfacciones de la vida, seguramente allí encontraremos el tipo de una de las ramas de la familia; quizá al embrión de la especie.

Juega, ya por placer, ya por costumbre, ya por necesidad, y en cualquiera de los tres casos es capaz de jugarse hasta la camisa que lleva puesta, contingencia que no lo pone nunca en el caso de

quedarse sin ella, pues la circunstancia más característica del *descamisado* que describimos, es cabalmente, no sólo la camisa, sino la camisa limpia, inmaculada, exquisita.

Allí se le encuentra, bajo ese exterior que descubre el desahogo del bienestar y la posición fácilmente adquirida de los goces materiales, empeñádos en ser el único destino del hombre sobre la tierra.

Exteriormente, si no es siempre la opulencia deslumbradora de todas las vanidades satisfechas, es, cuando menos, el aspecto de esa holgura, ya que no envidiable, envidiada, con que cuentan los hombres felices que pueden decir: «para mí se ha hecho el mundo.»

Interiormente es un espíritu completamente desnudo, un alma que, si me es permitido decirlo así, enseña por todas partes los codos, que atestiguan la desolada miseria en que vive.

Entre las cuatro paredes de su entendimiento, Dios no viene á ser más que una mera abstracción, una antigualla, buena, sin duda, para dormir á los niños en la infancia del mundo.

La sociedad ya es otra cosa; por lo menos desde que Juan Jacobo Rousseau descubrió el contrato social. Es una compañía, hasta cierto punto anónima, representada por acciones de bancos y por acciones de guerra, donde se cotizan y negocian, con la prima que permita el estado de los mercados, cuantas malas acciones se presenten al cambio.

La empresa tiene por objèto definitivo la gran obra del siglo, la de vivir lo mejor posible.

El hombre no es á los ojos de este *descamisado*, equívoco si se quiere, pero realmente auténtico, más que uno de aquellos hermosos cuadrúpedos que, según Horacio, formaban la piara de Epicuro.

Chevalier es un economista que ha dicho: «Nuestra civilización se ve obligada á hacer una triste confesión: en nuestros estados libres, que tanto se glorían de sus progresos, hay una clase de hombres cuya condición es víctima de la abyección, y esta clase parece que tiende á propagarse más de lo que se había visto en la mayor parte de las ciudades antiguas.»

Otro economista, de cuyo nombre no me acuerdo, observa que la miseria crece en la misma proporción que el lujo.

Pues bien: el *descamisado* ha venido á ser, por el movimiento natural de las cosas, el ejemplo personal de las averiguaciones hechas por la ciencia económica en el conjunto total de los pueblos civilizados.

Los economistas no se han fijado más que en la multitud, y han separado lo que al mismo tiempo consideran inseparable; á saber: la miseria y el lujo, y han visto la miseria en unos y el lujo en otros, sin caer en la cuenta de que existe una nueva especie que facilita la realización del fenómeno económico dentro de cada individuo.

La miseria, escondida en el fondo del alma; el

lujo, colgado, digámoslo así, por toda la exterioridad de la persona, como una corte suntuosa en un día de gala. Tal es el nuevo *descamisado*, conforme al sentido, si no etimológico, filosófico sin duda alguna.

M. Chevalier tiene mucha razón al asegurar que esta clase tiende á propagarse, más de lo que se había visto, en la mayor parte de las ciudades antiguas.

Pero el sabio economista no ha visto más allá de sus narices (defecto de que suelen adolecer los sabios), pues no ha encontrado por una parte más que la desnudez de los *descamisados* originarios, de los *descamisados* tradicionales, y por otra parte la opulencia deslumbradora á que han aspirado los hombres de todos los tiempos; mas no ha advertido que uno y otro extremo, por la ley de misteriosas atracciones, se hallan ya confundidos en un mismo individuo.

El *descamisado* resulta que viene á ser el gran fenómeno económico de nuestros tiempos, y como la síntesis del estado moral y económico del mundo moderno.

Decir *descamisado*, es lo mismo que decir lujo y miseria.

III.

De la sala de juego al salón de buen tono hay tan poca distancia, que el *descamisado* puede, sin

grande esfuerzo, salvarla de un solo salto. No digo yo que se levante para recibirlo el arco de Tito, pero todas las manos se le tienden, todas las bocas le sonríen, y si, como el destructor de Jerusalén, no es precisamente la delicia del género humano, la gente que se viste tres veces al día, no tiene inconveniente, ya que no en abrirle los brazos, por lo menos en abrirle de par en par las puertas del gran mundo.

En rigor, el *descamisado* se presenta de una manera irreprochable; están perfectamente tomadas todas las precauciones que la *toilette*, digámoslo así, oficial exige; la camisa es blanca como la nieve, la corbata compite en blancura con la camisa, el frac incorregible, esto es, correcto; el aire suelto y desenfadado, como corresponde al hombre que sabe perfectamente que ha nacido en su tiempo. En todo aquello que entra por los ojos, nada hay que pedirle.

Su erudición en punto á *ménus* es realmente amena. No hay plato, ni por nuevo ni por exquisito, que no se halle anotado en el registro suculento de su paladar. Saborea las delicias de la mesa como quien sabe hacer los honores debidos á la digestión, y puede decirse, fuera de toda lisonja, que es un estómago sublime.

Príncipe ó Duque, potentado ó simple particular, porque de todas clases se dan ejemplares, sigue sin rebozo las corrientes de su siglo, con tal de que la mesa sea apetitosa, el salón confortable, la vida muelle y regalada.

¿Qué hay que sacrificar á la realidad continua de esas satisfacciones?.... Pedidle sacrificios, seguros de que no ha de escasearlos: lustre de la familia, amistad, favores alcanzados, respetos debidos.... todo está pronto á sacrificarlo. Socialista activo en el fondo de su manera de ser, huye de todo trabajo útil, y se declara individualmente en perfecta huelga.

Y es razonable. Separa con bastante acierto las debilidades de la materia, de las fortalezas del espíritu; deja al cuerpo que satisfaga todos los caprichos de sus apetitos, y echa sobre los hombros desnudos de su inteligencia la balumba de los grandes problemas. Es.... lo diré en francés para mayor claridad; es lo que llamamos un *sprit fort*; pero téngase en cuenta que los *espíritus fuertes* son cabalmente los que tienen la carne más flaca; ¡y eso que se dan tan buena vida!

Allí, en el Casino, por ejemplo, junto á la chimenea, abandonado al muelle regazo de la butaca, exhalando en repetidas bocanadas de humo el jugoso perfume de suculento tabaco, con los pies casi á la altura de la cabeza, mediante la silla sobre que los tiene colocados para mayor delicia, discute con énfasis trascendental los puntos más salientes de las cuestiones sociales, puestas á la orden del día por el furor inagotable de la controversia.

La libertad humana, los derechos del hombre, los títulos de las clases desheredadas á la posesión del mayorazgo universal, la ignominia del trabajo,

las oscuridades de la propiedad.... todo lo examina, lo expone y lo resuelve de plano, merced á la abundancia de lugares comunes con que la ignorancia invencible de que hablan los teólogos ha enriquecido el lenguaje de los sabios. Porque nuestro tipo es casi orador, semifilósofo y hasta medio literato. ¿Por qué no? Cabalmente el *descamisado* de que tratamos posee, como única virtud, la cualidad intrínseca de ser copartícipe privilegiado en la herencia del mundo; quiero decir, de serlo todo á medias.

—¡La libertad humana!.... ¿Quién (pregunta) puede ponerle límites?.... ¿Acaso la bestia salvaje ha de ser más libre que nuestra especie? ¡Los derechos del hombre! Eso es definitivo. Todavía las leyes pretenden limitar el ejercicio ilegislable, imprescindible, del *Yo* humano; pero la ciencia, señores, no hay que darle vueltas, acabará con la ley. En vano los escrúpulos supersticiosos de una moral añeja se obstinan en condenar el suicidio. ¡Qué aberración! Cuando se le ha dicho al hombre que puede disponer libremente de su alma, entregándola, ya á esta creencia, ya á la otra, ya á ninguna, se quiere impedir que disponga de su vida. ¡Las clases desheredadas! No puedo volver los ojos hacia esa parte de la sociedad sin que se aflija mi alma, y me refugio indignado en el fondo de las mayores comodidades, como una protesta viva. ¡El trabajo! ¡Ah! ¡Todavía existe esa palabra en el diccionario de las lenguas cultas! Yo pregunto: ¿Por qué la pobreza ha de

ser un delito que se condene á la pena de trabajos forzados? ¡ La propiedad ! Sí , cierto; cuestión delicada, porque al fin, beato el que posee; pero también tendrá su término esa beatería, y entre tanto, convengamos en principio en que todo es de todos.

Tal es el *descamisado* por dentro en las grandes cuestiones del día.

En los salones del buen tono, sus tesis no participan de menor desnudez. El amor libre no le parece más que una fórmula nueva, á la cual no hemos acostumbrado todavía el oído, y reclama en su apoyo todos los derechos de la naturaleza. No sabe por qué no ha de ser libre la afición más espontánea de que es capaz el mecanismo humano. La mujer (dice con exquisita galantería) no merece ser engañada nunca ; permítasenos la libertad de dejar una por otra, y no nos veremos en la necesidad de engañarlas. El amor no se puede tomar como la vida , que ha de durar necesariamente hasta la muerte; y , sin embargo, ¡ quién no cambia de vida!.... ¿ Es, por ventura, el amor una obligación? Si lo fuese, ¿qué mujer sería amada?

Por lo que hace á las costumbres, es el defensor asiduo de cuantas debilidades caen en el platillo de las conversaciones.

Una infidelidad.... ¡Phs! ¡Mire V. qué arco de iglesia ! El mundo está aún lleno de preocupaciones. Ya no hay más infieles que los moros. La mujer propia no es una esclava ; y, después de todo, un marido que encuentre quien le ayude á llevar la

cruz del matrimonio, no tiene por qué quejarse.

Una traición.... ¡Bah!.... El mundo está muy adelantado para que semejante cosa escandalice á nadie. El éxito es el juez definitivo: el fin justifica los medios.

En cuanto á los diferentes modos de vivir á que el hombre puede apelar, sostiene que no hay más que uno, á saber: vivir bien, vivir lo mejor posible; buena casa, buena mesa, todas las comodidades del bienestar, un lujo desahogado, razonable. Su tesis económica es esta: que el dinero, sea el que quiera el origen de que proceda, vale siempre lo mismo; que es absolutamente necesario para la vida, y que hay que buscarlo donde se halle, ó convertirse en monedero falso, sistema hasta cierto punto desacreditado.

En resumen: el *descamisado* es ese gran perdido, ese perdido fastuoso que nos encontramos en todas partes.

IV.

Acaso se crea que son demasiado vagos los contornos en que hemos diluído el bosquejo de este tipo, que, en último resultado, se confunde con la especie, conocida en todos los tiempos, de esos hombres que echan el cuerpo adelante al mismo tiempo que se echan el alma á la espalda. No me opongo á la

fuerza de tan juiciosa observación; pero téngase en cuenta que el nuevo sentido de la voz *descamisado* se ha hecho para designar en la presente época á esa especie de todos los tiempos.

Mas si se quieren líneas más precisas, que determinen bien el tipo original que la palabra, por filosófica ampliación, determina, ahí está la historia que no nos dejará mentir, y que, sin andarse con rodeos inútiles y con vanas salvedades retóricas, nos presenta de golpe y de cuerpo entero, en su doble naturaleza jerárquica y descamisada, el ejemplar auténtico del género verdaderamente descamisado.

Á manera de anuncio del ser compuesto que, andando el tiempo, había de circular en el mundo como moneda corriente, aparecen á nuestros ojos, unidos en una misma persona, en un solo individuo, el duque de Orleans y *Felipe Igualdad*. Marat no fué en sustancia más que el embrión, el conato, la intuición imperfecta, incompleta, del tipo, la cuna de la especie. Tomó la natural desnudez con que todo nace por forma auténtica y definitiva de la regeneración social, y elevó los harapos á la jerarquía de las ideas. Fué, si no hay inconveniente en que así se diga, el tipo inconsciente, espontáneo, la infancia del arte, el pedazo de mármol de que había de salir después la verdadera estatua; esto es, el *descamisado* suntuoso, el que se codea en los salones con las más altas jerarquías, el que viste soberbios uniformes, el que habita en palacios, tal vez el que ciñe corona.

La corrección no se detuvo mucho tiempo, y la idea, desnudamente expuesta por Marat, encarnó bien pronto en *Felipe Igualdad,* ¡oh pudor!, conservando la camisa, no así como se quiera, sino exquisita, pulcra, intachable, dos por lo menos cada día, una, si es preciso, para cada hora.

El infeliz que por las adversidades de la suerte se encuentra condenado á no tener camisa, ¿qué ha de hacer más que apetecerla? ¿Se resigna nadie á vivir sujeto á la triste condición de que no le llegue nunca la camisa al cuerpo? Ese es el *descamisado* involuntario. Si al niño recién nacido, por su desnudez originaria no se le puede llamar propiamente *descamisado*, por la misma razón no debe designarse con ese nombre al que no lleva camisa, sencillamente porque no la tiene.

No, ese no es un tipo moral que forma especie, y cuyos ejemplares obedezcan á leyes comunes; son casos aislados, fortuítos. La palabra no ha hecho fortuna, merced á tan mezquina significación, porque entonces, ¿qué palabra no sería célebre? Su valor consiste en la perspicacia con que su sentido designa, no la desnudez material del cuerpo, sino la desnudez moral del alma. Á un cadáver no se le llama desalmado, á pesar de que no tiene alma, porque desalmado no es el que no la tiene, sino el que no quiere tenerla.

Del mismo modo, cuando nos valemos de la palabra *descamisado*, más que un orden de hechos pretendemos expresar un orden, digámoslo así, de

ideas; más que una clase de pobres desventurados, se nos representa una especie de dichosos aventureros. Así resulta que no es el desorden externo de la persona lo que determina y caracteriza el tipo, sino el desorden interno, que se descubre al través de las galas del vestido.

Para determinar más esta diferencia que salta á la vista, basta observar dos hechos constantes, que el movimiento agitado de la vida que traemos nos pone de continuo ante los ojos. Son dos hechos al parecer contradictorios, y que en el fondo se corresponden. Obsérvese cuán penosamente, si llegan á conseguirlo, salen de pobres los que no tienen camisa, y véase de paso con cuánta facilidad prosperan los *descamisados*. Á la vez que los primeros se ahogan en la estrechez de la miseria, los segundos se mueven en la holgura de la comodidad y del regalo.

No es el *sans-culotte* inculto, de aspecto patibulario, de semblante sombrío, que ha tomado su descontento por opinión, su fuerza por ley y su cólera por potestad. Nada de eso. Es el *sans-culotte*, sí, pero culto, limpio, risueño, hasta afable.... ¡qué digo!.... tolerante, que toma las cosas como vienen, que vive arriba y piensa abajo, que medita hondamente en las necesidades de los pueblos, porque, en la descendencia corriente de las palabras, popularidad viene de pueblo; que adivina los caprichos de las multitudes para anticiparse á propagarlos; que profesa los errores más halagüeños á la

ignorancia del vulgo, como gracia que concede ó como lisonja que tributa.

Por último: si es simple particular, desdeña en principio las jerarquías; pero tiene su asiento en la mesa de los potentados.

Si es Marqués, Conde, Duque, Príncipe, desprecia sus títulos, pero los lleva.

No es posible describirlo con todos sus pormenores, porque la mayor parte de ellos se confunde con el resto de los hombres; pero, no importa, porque es imposible desconocerlo.





ABRIL

I.

He aquí el mes que encierra la gran efeméride del mundo; el gran aniversario del nacimiento de la tierra; el bello recuerdo de aquellos primeros días del Paraíso. Yo lo tengo por positivo. El tiempo nace todos los años, ó, mejor dicho, semejante al fénix, renace de sus cenizas; de lo cual infiero que no le ha de ir tan mal por el mundo cuando incurre tantas veces en la extravagancia de volver á pasar por la tierra.

¡Phs! ¡Quién sabe! Acaso ese afán incesante de renovar la vida no sea más que pura curiosidad, porque la historia de los hombres, aunque poco más ó menos siempre viene á ser la misma, no deja por eso de ser siempre curiosa, y hoy más curiosa que nunca.

Abril es el mes del año que el tiempo ha elegi-

do para rejuvenecerse. En él empieza á desnudarse del macilento ropaje de la ancianidad, y abandonando el frío mortal de la vejez, se reanima con el calor de la vida, y, quieras que no quieras, la naturaleza, avara algunas veces, y muchas veces manirota, abre su guardaropa, y allá va la casa por la ventana; pero vamos al caso.

II.

El mes de Abril es la primera sonrisa de la primavera, el primer movimiento de la naturaleza que hace esfuerzos por salir del sepulcro. ¡Ah! ¡el invierno la había enterrado viva!

Viene á ser como la voz del ángel que anunciara á la tierra desolada la resurrección de los muertos.

Á su paso, las semillas se estremecen en el fondo de sus sepulturas, se hinchan como si sintieran en sus entrañas el poder de una nueva vida, se deshacen en raíces que escarban, extendiéndose en busca de agua que las alimente, mientras el tallo va poco á poco rompiendo las ligaduras que le aprisionan, y brota al fin sobre la tierra; encuentra al aire, que lo estaba esperando, y respira como el que resucita, como el que nace.

Los árboles, á su vez, parece que se desperezan, ni más ni menos que si se despertaran de un sueño

profundo, y comienzan á vestirse á toda prisa, cubriendo de hojas, que se ven crecer, los vástagos desnudos. Los botones se abren, las flores se anuncian y los frutos cuajan; los montes verdecen, los valles se alfombran, y el misterio impenetrable de la vida pasa como un soplo, y todo resucita, todo renace y todo vive.

Un poder invisible va abriendo silenciosamente los estrechos sepulcros donde yacía depositada la larva de los insectos, y, dicho y hecho, nubes de alas impalpables flotan en el aire, reflejando colores nunca imaginados, que brillan como relámpagos, que ondean, que huyen y vuelven, que aparecen y desaparecen. Los pájaros fabrican sus nidos, y van y vienen cantando para celebrar los afanes de tan dulce tarea.

Asoma el día por los airosos contornos de las cumbres lejanas, ó brota del seno profundo de los mares; y la aurora, que lo trae de la mano, como la madre al niño que comienza á dar los primeros pasos por la vida, va bordando, con el hilo fugitivo de su luz de oro, la alfombra azul y sonrosada de las nubes, que se abren para que pase.

La tierra se deshace en perfumes; el cielo se cubre de encajes, y la mañana se eleva por el horizonte, llenando el espacio de vivos reflejos, de vagos matices, y trae, para cada flor, para cada vástago, para cada hoja, un aderezo de gotas de rocío que brillan á los rayos del sol lo mismo que las perlas.

Detrás de la mañana está la tarde, con toda la

pompa de su riqueza, con toda la majestad de su fausto. La naturaleza parece asombrada de su propia opulencia; el aire vuela imponiendo silencio; el agua corre murmurando en voz baja; las hojas de los árboles se acercan unas á otras para hablarse al oído, y las copas de los álamos se alzan y se inclinan lentamente, como si quisieran exclamar: «¡Oh, esto sí que es grande!»

Suspensas en las profundidades del horizonte, las nubes silenciosas rasgan sus mantos de púrpura y se levantan sobre las cimas solitarias como atónitas, como si presenciaran por primera vez la magnificencia del espectáculo. Lo han visto millones de veces, y todavía les parece nuevo.

Después llega la noche, y con mano invisible va encendiendo el resplandor de las estrellas, y poco á poco se van iluminando las soledades del espacio. Cada estrella parece una lágrima, como si la luz, enlutada por la sombra de la tristeza, se deshiciera en llanto al contemplar las desdichas de la tierra, ó más bien como si el cielo fuese el paño de lágrimas del universo.

Ya con la alegría de la mañana, ó con la majestad de la tarde, ó con las tristezas de la noche, la naturaleza aparece á nuestros ojos como en el primer momento de su vida; podríamos creer que la sorprendemos en el primer instante de la creación, que asistimos á su nacimiento, que recogemos sus primeras sonrisas, sus primeros pensamientos, sus primeras lágrimas.

Abril es el espíritu misterioso que infunde en su ser el secreto de tantas maravillas; él es el que pone en movimiento las fábricas ignoradas y los talleres desconocidos donde una industria impenetrable teje los encajes de las nubes, recorta los innumerables caprichos de las hojas, dibuja los contornos de las flores, alfombra las llanuras, matiza los valles, platea el agua, abrillanta el aire y dora las cumbres de los montes.

De sus manos salen, en profusión inagotable, botones de seda hilada en tornos nunca vistos por los ojos de los hombres; cálices de oro fundido en crisoles que jamás descubrirá la ciencia; sus manufacturas no tienen término.

Abril viene á ser la gran Exposición que anualmente abre la naturaleza á la admiración de los hombres. Su palacio es el mundo.

Posee el privilegio exclusivo de sus producciones y de sus inventos, y no conseguimos coger ni un hilo siquiera del vasto telar en que teje su propia vida. En nuestras manos todo nace muerto.

Si pudiéramos forzar la puerta del laboratorio donde oculta el secreto de sus prodigios; si pudiéramos seducirla ó sobornarla, entonces detendriamos el curso de los años, forjariamos una naturaleza toda nuestra, y viviriamos en un Abril perpetuo.

Veámosle de otro modo.

III.

Abril.... ¡Ah! No solamente encierra un misterio de la naturaleza, sino también un misterio del corazón, porque la juventud es el Abril de la vida, y el amor el Abril de la juventud.

Decir Abril, es decir juventud; decir juventud, es decir amor, y al amor bien podemos llamarle la primavera del alma.

*
* *

He aquí otro misterio que llevamos dentro de nosotros mismos.

¿Quién siembra en nuestros corazones la semilla de las esperanzas? ¿Qué luz ilumina el cristal fantástico de las ilusiones? ¿Qué soplo impalpable levanta en el abismo de nuestro ser el incendio de los deseos?

La ciencia lo explica, el arte lo pinta, y entre tanto todos lo sentimos y nadie lo sabe.

*
* *

¿Qué os parece la estética orgullosa de los sabios, empeñada en dar reglas acerca de la belleza?

Bien ; ya supongo que ha penetrado en la oscu-

ridad del misterio y ha arrancado la luz de las profundidades del arcano.

Ya estamos al cabo de la calle. La creación no nos engañará más tiempo con el esplendor de sus espectáculos ; hemos descubierto el secreto de sus encantos, y sabemos en qué consiste el éxito de sus combinaciones.

Muy bien ; pero he ahí un prodigio de nuestra penetración completamente inútil.

¿Por qué?

Porque el hombre embellecerá siempre todo lo que crea, y será hermoso á sus ojos todo lo que ame.

*
* *

Tú estás en el Abril de la vida ; en tus ojos brilla el sol que amanece ; tus mejillas son dos rosas tempranas, y tu boca sonríe como un clavel que empieza á entreabrirse.

En tu corazón brota una primavera de flores.

¿En qué piensas?

Bajas los ojos para que no descubran tu pensamiento, y te muerdes los labios para que no hablen.

¿En qué piensas?

¡Bah! Tú misma no lo sabes.

Yo te lo diré :

La posteridad es tu pensamiento.

*
* *

Nubes ligeras se levantan sobre el horizonte y arrojan sobre la tierra sombras fugitivas; al través de sus caprichosos dibujos aparece más sereno que nunca el azul del espacio.

Diriase que el cielo se cubre el rostro con la mano para ver mejor al través de los dedos.

En el aire se encuentran las gotas de la lluvia y los rayos del sol, como se encuentran en tu semblante las lágrimas y la sonrisa ; porque tu rostro, semejante al cielo de Abril, llora y sonríe al mismo tiempo.

*
* *

Abril es la primavera en la naturaleza y el amor en el alma.

Primavera que pasa pronto por la tierra, amor que pasa pronto por la vida.

Abril, en el lenguaje de la naturaleza, significa:

Auroras sonrosadas.

Valles floridos.

Montes que verdean.

Amor, en el lenguaje habitual del mundo, quiere decir:

Un sueño de oro.

Una mentira de color de rosa.

Un cuento verde.

*
* *

En el mes de Abril se encierra la historia del género humano. Si suprimís á Abril, el mundo no tiene principio, porque es la primera época del tiempo, el primer momento de la incubación universal, el primer instante de la vida.

Sin Abril, no hay paraíso ; sin paraíso, no hay género humano.

En él está nuestra genealogía, y contiene á la vez el recuerdo de nuestro origen y la sentencia de nuestro fin. Es al mismo tiempo el aniversario de nuestro nacimiento y la triste efeméride de nuestra muerte.

*
* *

Es más: parece el eco, repetido por la naturaleza, de aquella voz augusta que dijo :

«*Crescite et multiplicamini.*»

Al entrar en este mes, que posee el secreto íntimo de las fecundaciones, parece que nos encontramos en el umbral del mundo.

*
* *

Es más todavía.

Es un cuadro que todos los años dibuja el pincel de la naturaleza, una copia admirable de la creación en el momento mismo en que acaba de salir de las manos del Artífice divino.

*
* *

Vedla bien.

Allí está Adán, más acá Eva, más lejos la serpiente.

En el fondo tiende sus solitarias sombras el árbol de la ciencia del bien y del mal.

Bajo sus tristes hojas se esconde el fruto prohibido, como si se sintiera avergonzado de él mismo.

Esto era en Abril, indudablemente en Abril, porque el fruto estaba aún muy verde, tan verde, que al cabo de seis mil años todavía nos amarga la vida.

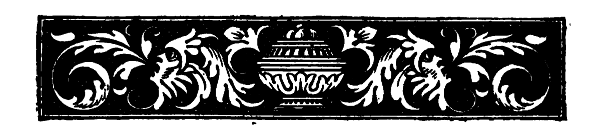
*
* *

«Abril, el de las aguas mil.»

Pensamiento profundo, que oculta esta demostración incontestable:

«La naturaleza llora; luego nace.»





NUESTRO HONOR



L desembocar en los alegres tiempos en que vivimos, bien podemos decir, como Francisco I después de la batalla de San Quintín: «Todo se ha perdido menos el honor;» porque, sea como quiera, merced á un curiosísimo contraste de nuestras costumbres, podemos vivir sin vergüenza, y aun cabe que lleguemos á no poder vivir de otro modo; más échese la cuenta, y sacaremos en limpio que sin honor no nos es permitido dar un paso en la vida ; y ¡en qué ocasión! Precisamente cuando la locomotora del progreso nos obliga á caminar á escape.

Claro está que para el caso crítico en que se encuentra la dignidad humana de nuestros días, nos ha sido preciso crear un honor á propósito, un honor *ad boc*, circunstancial, que nos permita envile-

cernos honrosamente á los ojos del mundo que nos rodea. Especie de hipoteca que inscribimos en el registro público como garantía de la consideración que se debe al desorden de nuestras costumbres, al usufructo de nuestros vicios, y más de una vez título respetable que autoriza el modo de buscarse la vida establecido entre las gentes que no se sabe cómo viven.

No se trata ciertamente de esos honores graciosos que caen por la chimenea, bajo la forma de una librea más ó menos bordada, de una cinta más ó menos descolorida, ó de una banda más ó menos espléndida; porque estos honores, puramente suntuarios, son detalles de la *toilette* oficial, ó, dicho en castellano, pormenores del tocado teatral con que se engalana la gran comparsa en las solemnidades de cajón. Honores sin importancia, que apetecen todos los hombres insignificantes, y suelen no desdeñar los hombres de verdadero mérito.

No se trata del honor de esa vistosa perspectiva, de esa especie de coquetería de la vanidad vulgar, porque, en resumen, no es más que la satisfacción externa del amor propio del vulgo de las gentes; fachadas por lo regular de edificios sin cimientos; casas colgadas por mero cumplimiento ó por interesada lisonja en los días de fiesta oficial; honores de brocha gorda; tapicería que cubre la desnudez de las paredes; honor de relumbrón, que, si nos es permitido llamarlo así, diré que es la percalina de las personas.

No, ciertamente; no es ese honor de antecámara, que tan fácilmente relumbra en los días de la prosperidad, y tan rápidamente desaparece en los días del infortunio; no es esa espuma brillante que deja en usufructo la potestad que desaparece á la potestad que nace; el rey muerto al rey puesto.

El honor, el único honor de nuestros días, es más característico, más trascendental y más filosófico; no son las plumas del pavo real, es el pavo mismo; no es el accidente, sino la esencia; no es el vestido, es el hombre; honor que al fin y al cabo exige una aptitud, reclama un mérito y pide una prueba.

Todos sabemos que en Madrid es más fácil cruzar á un ciudadano que cruzar una calle, y que se dobla más fácilmente un capital que una esquina. Pues bien: no se trata de eso, porque, al fin y al cabo, en lo primero sólo se encuentran honores de pacotilla concedidos á los hombres, y precisamente lo que nosotros buscamos en este momento es la especie, el género, la naturaleza de lo que llamamos hombres de honor.

Siempre han sido inclinados los hijos de Adán á tomarse la justicia por sus manos, y donde quiera que hay un ánimo ofendido, aparece inmediatamente un brazo levantado. Detrás de la ofensa proferida por una lengua ligera, está, como detrás de la puerta, una mano, por lo común, pesada. Así vienen las cosas desde el principio del mundo hasta los días que alcanzamos, en que, continuando el orden

lógico de este procedimiento humano, detrás de los parlamentos están los motines; luego que han hablado las bocas de los hombres, prorumpen á su vez las bocas de los cañones; después de la lengua, la espada ó la navaja, el fusil ó el trabuco. Tal es el turno corriente, tal es el orden establecido. No es el juicio de Dios de la Edad Media, de que tanto hemos hablado; es la locura de los hombres de la edad presente.

Ese sistema de enjuiciamiento, que, aplicado en conjunto, no honra á ningún pueblo, aplicado individualmente constituye el único honor del hombre moderno. No hay forma de envilecimiento que no nos sea permitida, y en este punto la ley moral por que nos regimos ha llevado la tolerancia á los últimos límites de la munificencia. Creo, salvo todos los respetos, que si se diese un baile en un presidio, justo es reconocerlo, la crema de la sociedad, lo que brilla, lo que hierve, lo que negocia, lo que intriga, lo que vive, lo que triunfa, lo que influye, lo que está en todas partes, acudiría allí como á su propia casa.

Pues bien: lo único que no se nos permite, lo único que no se nos consiente, á título de honor, es sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia social nos absuelve generosamente hasta en aquellos casos en que los tribunales ordinarios han dejado en nuestra fama la sombra de su paso; pero su severidad es inexorable si eludimos la ocasión de dar á nuestra dignidad el

testimonio de un lance de honor. Deshonrados, nos compadece, nos saluda, nos sonríe, se codea con nosotros, y nos estrecha la mano; pero sin *honor*, nos desprecia. Solamente el prestigio de una inmensa riqueza y el esplendor de una vida opulenta pueden alguna vez ponernos á cubierto de su inexorable veredicto, porque ese jurado también se deja deslumbrar por los resplandores de la riqueza. Y acontece que el oído humano confunde muchas veces el sonido del hierro con el sonido del oro, y ocurre con cierta frecuencia que donde hemos creído oir los sordos latidos del grillete, nos hemos encontrado con las poderosas palpitaciones de un bolsillo repleto de monedas de oro.

Perfectamente: la sociedad hace la vista gorda; no se enfada porque apelemos á toda clase de medios para vivir holgadamente; se encoge de hombros, se guiña el ojo con indulgente familiaridad, y nos abre paso. Si conseguimos de algún modo.... ¡y hay tantos!.... salvar las irregularidades de nuestra vida de las impertinentes contingencias del Código, la sociedad, por su parte, nos absuelve, y cuando no puede absolvernos, nos indulta.

Mas, por lo visto, necesita algún testimonio que le garantice la dignidad moral del hombre á quien abre la comunicación de su trato, el esplendor de sus salones, la cordialidad de sus brazos, y pide un título de honor, recogido de cualquier modo que sea sobre el *terreno*, ó al menos atestiguado por un acta honrosa hilvanada por los cuatro amigos encarga-

dos de tejer ó destejer el lance. Nos pide sencillamente, en cambio de la vida que nos facilita, el honor, que nos obliga á no perder ocasión de matarnos en desafío con el primero que se presente.

Tal es el honor de que tratamos.

Puede el hombre en el trato corriente de la vida negar el saludo al que le molesta, negar la mano al que desprecia, negar el oído al que le importuna; puede negar su hija al pretendiente fastidioso, negar su casa á la visita impertinente, negar su bolsillo á toda solicitud ajena, y aun á toda necesidad propia; puede negar á su padre, negar sus hijos, negar su familia; puede negar la autoridad, negar la justicia, negar la virtud; puede, en fin, negar sus deudas; puede negarse á sí mismo, porque, una vez autorizado para negar á Dios, ¿qué cosa hay en el mundo que no pueda ser negada por el hombre? Pues bien: no le es permitido negarse á dar, al primero que la reclame, la satisfacción de una estocada ó la reparación de un balazo. Parece que se le concede la vida del mundo á condición de que se la juegue en todo lance que se presente: se le prohibe la conciencia en nombre del honor.

Hay algún motivo para creer que no tenéis derecho á la estimación de las gentes honradas; manos indiscretas se alzan á señalaros con el dedo, aunque en voz baja se habla de aquel negocio escandaloso, de aquel testamento falso, de aquella traición ignominiosa, de aquella mujer engañada, de aque-

llos hijos abandonados. Empezáis á sentir que sois un hombre perdido, á quien, no obstante, en todas partes se le encuentra. Eso sí: las gentes os saludan, sobran manos que estrechen vuestras manos; sea como quiera, hay bocas que os sonríen ; pero sentís que se os desprecia ; estáis, si puedo decirlo así, en el borde del Código penal, entre el palacio y el presidio.

Pues bien : un lance, y todo ha concluído : la deshonra se convertirá en honor, la ignominia en dignidad. En las intimidades de la murmuración saldrá vuestra vida en toda su vergonzosa desnudez; pero ¿quién podrá decir que no sois un hombre de honor, si habéis cambiado con cualquiera una bala, ó habéis cruzado con otro una espada?

Á cualquier hombre honrado podéis elegir por cómplice de vuestra rehabilitación ; porque la honradez es frecuentemente tan cobarde, que no tiene valor para negaros su complicidad. No hay degradación, no hay vilipendio, no hay ignominia de esas que bullen y llenan el mundo vestidas con los atavíos de la decencia, no hay conciencia ennegrecida por los envilecimientos, que, amparada detrás de la pechera de una camisa limpia, no tenga derecho á pedir satisfacción á la honradez misma, como si la honradez tuviera muchas satisfacciones de que disponer en estos tiempos.

Siempre hay á la mano cuatro hombres, digo mal, cuatro caballeros, sacados de un garito, escogidos en un salón, tomados de un casino, ó encontrados

en la calle, que están siempre dispuestos á dar bajo su firma patente de hombre de honor á todo el que, honrado ó deshonrado, pretenda hacer constar que no le teme á la punta de una espada, ni se le encoge la conciencia ante la boca de una pistola.

Detrás de las tapias del Retiro, en un rincón cualquiera de la Moncloa, en el campo del Moro, en una encrucijada solitaria de este camino ó del otro, á espaldas de la ley, y en las barbas mismas de la autoridad, con el sigilo con que se fragua un crimen, con el escándalo con que se celebra, dos hombres, mutuamente ofendidos, estimados ó despreciables, ventilan la mayor parte de las veces, sin rencor, sin indignación, sin razón, sin derecho y sin justicia, un pleito de dignidad vergonzosa, espada en mano ó pistola al pecho.

El homicidio indigna y el suicidio repugna, y, no obstante, nuestro único honor, el último honor que nos queda, exige ante el jurado de la sociedad el homicidio como prueba, y el suicidio como testimonio. El honor que eleva nuestra dignidad á los ojos del mundo, necesita la patente de un doble crimen, autorizado por la presencia de cuatro testigos, que después del lance celebran la catástrofe con un almuerzo. Hacen por la vida, después de haber sido cómplices de la muerte.

Ignoro si el hombre deshonrado por sus vicios y envilecido por sus costumbres, sin Dios, sin virtud y sin conciencia, resulta más honrado después de abrir un agujero en el pecho del contrario ó de

recibir un rasguño en su cara sin vergüenza ; pero sé positivamente que esa es la prueba definitiva del hombre de honor, que, sea la que quiera su vileza, tiene derecho á reclamar todas las consideraciones del mundo.

Saber matar ha llegado á ser la ciencia perfecta de saber vivir.

El honor de la virtud.... ¡ qué tontería !

El honor del talento.... ¡ qué necedad !

El honor de la honradez.... ¡qué simpleza!

Honor el del homicida, que espera á la víctima detrás de la esquina de cuatro testigos. Si el homicidio infama, si el suicidio horroriza, nuestro honor es, en resumen, el honor de la deshonra.

¡Triste honor que necesita el luto de un duelo!





TIPOS CORRIENTES

I.

ELECTOR Y ELEGIDO.



SUPONGAMOS que acaban de hacerse unas elecciones generales, y que, como cosa constitucionalmente convenida, el espíritu público se transforma de repente en materia electoral, y en el secreto de las urnas dice sencillamente: «Á este quiero, á este no quiero,» y, valga por lo que valga, facilita al gobierno, sea el que quiera, una mayoría, como todas, de rompe y rasga, porque en el orden establecido ya sabemos que los ministerios cambian, pero que, ¡oh estabilidad de los principios!...., las mayorías son siempre las mismas.

Una elección general es una cosa muy particular; viene á ser como un pasaporte que autoriza el libre tránsito del portador, y que lleva como circunstancia auténtica y característica esta nota ineludible: «Va sin enmienda.»

Supongamos de la misma manera un distrito aquí ó allí, más lejos ó más cerca, porque lo mismo da uno que otro, y ya se sabe que donde se dice distrito, se dice elección; y donde se dice elección, se dice elegido; y donde se dice elegido, queda dicho todo.

Treinta ó cuarenta cartas diarias, llenas de pretensiones, dan al diputado testimonio continuo de que el cuerpo electoral no lo olvida ni un momento, y eso que ya todo lo preliminar, todo lo más urgente, está hecho. Serenos, carteros, estanqueros, administradores, jueces de paz, jueces de primera instancia.... todo se halla provisto á pedir de boca.

¡Phs! Se han sobreseído ciertas causas criminales; algún forajidillo que otro campa por sus respetos, en atención á que ha llegado la suya....; y tira de aquí, tira de allí, el ayuntamiento tiene carta blanca para hacer de la administración municipal mangas y capirotes, como quien dice, de su capa un sayo.

Pues bien: entre tantas cartas llega una que, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Ya sabe V., señor diputado, que sin aquellas doscientas papeletas que yo metí en la urna sin que lo entendiese la tierra, la elección de V. se queda en el tintero, porque, como V. sabe, la gente aquí le tiene horror á las elecciones, y no se la acarrea ni á tiros. No digo esto por echarla de plancheta, sino para que mis servicios en favor de la libertad no caigan en saco roto.»

«Sr. D.... (cualquiera): V. tiene mucha mano,

gracias á la unanimidad con que ha favorecido el distrito su candidatura, y yo tengo un hijo de la piel del demonio: me ha perdido ya tres años de carrera mayor; trata los libros á puntapiés, pero es más listo que Cardona; en el pueblo no hay quien le levante el gallo; escribe al vuelo.... ¿Y cuentas?.... Le digo á V. que le cuenta los pelos al diablo; se pierde de vista. En ideas está tan avanzado, que su madre, que es una bobalicona, se santigua escandalizada al oir lo que dice. Un destinillo de doce mil realejos le vendría de molde, aunque sea en el quinto infierno. Esto me redondearía, porque aquí se me va á encasullar con la primera que le guiñe el ojo.»

La respuesta fué á vuelta de correo, en los siguientes términos:

«No desconozco la influencia decisiva que V. ejerce en ese colegio electoral, sobre todo para el triunfo de las candidaturas ministeriales, y mi gratitud por sus servicios será eterna.

»V., amigo mío, sabe que contra viento y marea conseguí se le adjudicase el molino de la extinguida comunidad de Dominicos por una bicoca; que á fuerza de trabajos se le ha echado tierra á lo de los pinos; que del mismo modo se hace la vista gorda al pico aquel de la fianza consabida; que, en fin, riega V. su huerta cuando quiere y como quiere, porque yo hago oídos de mercader á las reclamaciones de los vecinos. No puede V. dudar de mi solicitud en servirle.

»¿Cómo he de desconocer las bellas prendas que adornan á su hijo? No vacilo en asegurarle que el Estado adquiriría en él una verdadera alhaja sobre las que ya tiene: pero, por de pronto, dificultades insuperables impiden utilizar sus servicios. Esa esperanza de la patria no ha ocupado aún ningún puesto oficial; carece de grados académicos que le den algún derecho; no hay vacantes á la mano, y, si las hubiese, habría que disputárselas á las más altas influencias. Paciencia, pues, hasta que se nos presente ocasión favorable.

»Hay más: si yo insistiese en esa pretensión, haciéndola cuestión de gabinete, me expondría á un desaire, que mi dignidad no podría tolerar, y tendría que pasarme á la oposición con mi elocuencia y mis electores; es decir, con armas y bagajes, y el gobierno está todavía muy fuerte, y nos destrozaría el distrito en menos que se dice.»

El elector replicó en una nueva carta, diciendo:

«No abandone V. al gobierno hasta que esté dando las boqueadas; vótele V., aunque sea el fin del mundo. ¡No faltaba más!.... Por aquí anda el albeitar, que hizo muy bien su agosto con los caídos, y echa muchos humos porque tiene ya muy buenos pesos duros, y nos pondría el pie en el pescuezo, y adiós mi dinero.

»Bueno que la pretensión de mi hijo no sea puñalada de pícaro. Bastante lo siento; pero adelante. Es verdad que el muchacho no ha servido nunca, pero alguna vez ha de empezar; y, vamos,

ya que por ahora no pueda ser un destino de doce mil reales, porque nunca ha sido empleado, me parece que bien podrá V. conseguirle una cesantía de siete ú ocho mil. Cuento con ella, porque eso se le da á cualquiera.»

Auténtico.

II.

DOS REPUBLICANOS DE PELO EN PECHO.

En los revueltos días de la república, dos ciudadanos de los más ternes de la especie, con sus gorros frigios encasquetados donde el resto de los mortales suele tener la cabeza, disputaban una noche á la puerta de una taberna con voces agrias, empedradas de interjecciones, acerca de la igualdad, mirándose uno á otro por encima del hombro.

Uno de ellos decía:

—Soy más republicano que San Juan Bautista. ¡Qué me querrás tú decir á mí! ¿Ves los *civiles?* Pues en cuanto uno se me pone delante, toda la sangre me hierve en el cuerpo, me hormiguean los pies, se las juro de puertas adentro, y echo por la otra calle. Esto es ser republicano.

El otro replicaba:

—Estás en mantillas, y no tienes ojos para mi-

rarme á la cara. Aquí donde me ves, no me pasa de los dientes adentro la gente de sotana. En cuanto veo un cura, le hago la cruz.

El primero insistía, diciendo:

—Quítate de ahí, *fanfarria;* con los curas levantarás tú el gallo; pero lo mismo es decir que el alcalde te echa la vista encima, que se te blandea el alma, y el sombrero se te va de la cabeza, y le dices: «Mi amo.»

El segundo, temblando de cólera, añadía:

—No me faltes, porque tienes mucho por qué callar, y te veo y no te veo. Hueles á iglesia; tu tío es sacristán, y oyes misa.

Las palabras se enredan como las cerezas, y es lo más fácil del mundo pasar de las palabras á las obras; así es que vinieron á las manos. Entre cierta clase de gente, decir «á las manos,» es lo mismo que decir á puñalada limpia.

Los dos querían quedar encima.

De la igualdad pasaron á la fraternidad, y el más listo, metiendo la mano en su pecho, la sacó armada de una tremenda *faca*, dispuesto á hacer ver á su correligionario, de la manera más fraternalmente posible, que él, republicano neto, no tenía igual en el mundo.

Era el momento de poner en ejercicio la libertad, y cada uno de ellos hizo de su capa un sayo: uno apeló á la agilidad de las manos, y el otro á la ligereza de los pies.

El tragacuras, que no era mudo ni manco, co-

rria, navaja en mano, detrás de su contrincante, diciéndole por lo bajo :

—Juan, reza el Credo.

El otro, que no era sordo ni cojo, ni tampoco mudo, apretó primero el paso, después se encajó más el gorro republicano que llevaba en la cabeza, y rompió á correr, gritando :

—¡¡¡Favor al rey!!!

Histórico.

III.

UN ESPÍRITU FUERTE.

—Vecino, me parece que se le presenta á V. un buen negocio.

—¿Sí?

—¡Vaya! ¡como que hemos pensado hacer una capilla á la Virgen del Milagro, Patrona del pueblo, y le hemos echado el ojo al antiguo solar de las monjas!

—Ese solar es mío.

—Ya lo sabemos, y ahí está el caso; porque V. lo compró por cuatro cuartos, y ahora le puede á V. valer algunos miles. Como se trata de una capilla para la Virgen, que vamos á hacer con las limosnas recogidas, contamos con que V. nos cederá el solar en conveniencia.

—¡Hombre, hombre! Una capilla para la Vir-

gen.... ¡Qué diablura! ¿No hay iglesia en el pueblo?

—Una, que no basta ya á las necesidades del vecindario.

—¡Phs!.... Pero vamos á cuentas. ¿No le parece á V. que sería mejor hacer un casino? Eso es más propio de un pueblo ilustrado. Yo respeto todas las preocupaciones; pero hay que ir poco á poco acabando con el fanatismo.

—¡Toma, toma! ¡Vaya V. á decirle á la gente que no le tenga devoción á la Virgen!

—La Virgen es una buena Señora, de quien yo no tengo nada que decir. Soy filósofo, y no me gusta meterme en vidas ajenas; pero piénselo V. bien: un casino nos pondría á la altura de la civilización; no hemos de ser siempre una tribu salvaje.

—Sí, allí irían todos los vagos del pueblo á desollar al prójimo y á jugarse hasta las pestañas.

—¡Pues qué! ¿cree V. que habían de ir allí á rezar el rosario? En cambio, fíjese V. bien, la comunicación de las ideas, la lectura de los periódicos, la controversia. Dé V. una vuelta á su alrededor, y verá que hoy mismo las más ruidosas celebridades de nuestro país han salido de los casinos; porque los casinos son los hornos en que se funde la generación presente; escuelas de costumbres públicas y privadas, centros de propaganda, núcleos de ilustración y de vida, círculos, ateneos, tertulias, llámelo V. *hache*, todos son casinos. No olvide V. que vivimos en el siglo de las luces.

—Así será; pero aquí sólo tratamos ahora de

levantar una capilla, y como el pueblo la quiere, y el pueblo da su dinero....

—¡El pueblo, el pueblo! ¿Qué sabe el pueblo lo que le conviene? Es un animal, que alguna vez tiene instinto. ¿Y la ciencia? ¿Qué vamos á hacer con la ciencia? ¿Le parece á V. que nos hemos repartido la gran riqueza acumulada por los curas para volver á amortizarla? ¿Hemos derribado los muros de un convento para levantar otra iglesia? Desengáñese V.: ya no hay manos muertas.... ¡Capilla! ¡Capilla! ¿Sabe V. lo que quiere decir capilla? Pues es el anuncio, la antesala de esa abominación jurídica de los siglos bárbaros que llamamos pena de muerte. Esto no tiene vuelta de hoja.

—Pero, vecino, el convento era al fin un edificio, un refugio, un asilo que, según dicen, tenía muchas cosas buenas de pinturas, arcos y cornisas, de esas cosas que llaman de arte, y aún vive el sacristán que las enseñaba á los pasajeros, y le valía muy buenas propinas. Y ahora, ¿qué queda? Ese solarón que tiene V. detrás de su casa, que no sirve más que para que se apedreen los chicos de la calle.

—¡Bah, bah, bah! No hay más arte que la ciencia; yo soy filósofo, y detesto todos los lujos. ¿Y qué? El arte es una aristocracia, y hay que arrasarlo.

—¿De manera que no nos va V. á ceder el solar?

—No pienso cederlo para semejante cosa. ¿Qué quiere V.? ¿venir con sus manos limpias, tomarse el solar, y ahí, en mis barbas, con cuatro piedras y cuatro ladrillos, hacerme un nido de sacristanes?

¿Y sobre las cuatro tejas de la cubierta plantar una torre de mala muerte con dos campanas lo menos, que *din dan, din don*, por la mañana, por la tarde y por la noche, no me dejarán ni comer ni dormir? No, señor; no cargo yo con la jaqueca de las campanas; porque no se puede vivir con la holgura y la comodidad con que yo vivo cerca de la iglesia.

—En cambio, vecino, tendrá V. la misa á la mano los días de fiesta; y, ¡vamos!, V. hará también sus picardihuelas, porque todos somos pecadores; y, aunque está V. fuerte y sano, y tiene á puntapiés los pesos duros, quiere decir que somos mortales, y á lo mejor la vida es un soplo, y si la cosa viene de prisa, entonces son las madres mías y las carreras para que venga el cura, porque aun cuando el viaje es corto, ningún cristiano se quiere ir con la carga al otro mundo. Pues bien: con la capilla á la vuelta de la esquina, tiene V. siempre al padre capellán en la mano. ¿Se ríe V. de lo que le digo?

—No se ofenda V. porque me ría. Vivimos aún en un grande atraso. Todo eso que V. dice son vejeces del oscurantismo.

—Pero, vecino, ¿es V. moro?

—Vaya, V. no me entiende, y voy á decirle mi última palabra; óigala V. bien: Como yo, gracias á Dios, soy ateo, no necesito ninguno de esos requilorios.

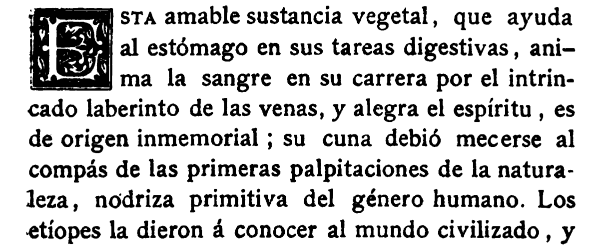
Verídico.





EL CAFÉ

I.



ESTA amable sustancia vegetal, que ayuda al estómago en sus tareas digestivas, anima la sangre en su carrera por el intrincado laberinto de las venas, y alegra el espíritu, es de origen inmemorial; su cuna debió mecerse al compás de las primeras palpitaciones de la naturaleza, nodriza primitiva del género humano. Los etíopes la dieron á conocer al mundo civilizado, y hoy es la delicia digestiva de todo paladar medianamente instruído.

¿Chalodi?.... Creo que sí, moluco por más señas, experimentaba frecuentes entorpecimientos, que no le dejaban rezar tranquilamente sus oraciones nocturnas, porque el demonio del sueño le tiraba mañosamente de los párpados, y el devoto árabe se dormía en medio de su piedad mahometana, lo

mismo que cualquier simple mortal que se siente invadido por las misteriosas dulzuras de un sueño incorregible.

Buscando remedio á esas tentaciones de la naturaleza en la naturaleza misma, tropezó, digámoslo así, manos á boca, con la eficacia del café, y sin más mérito que la virtud vegetal de la planta, el piadoso moluco vió ante sus ojos el cielo abierto.

Desde entonces el café, corriendo la Zeca y la Meca, se extendió por el mundo, y llegó hasta nosotros, no para despertar nuestros sentidos en las horas de las oraciones, sino para avivar en nuestros estómagos satisfechos el fervor, si puedo decirlo así, de las digestiones.

Precisamente uno de los caracteres que más determinan la fisonomía de nuestro tiempo, consiste en el empeño con que convertimos en placeres las necesidades.

Sea, pues, el que quiera el valor medicinal, químico ó botánico de la planta encontrada por Chalodi, para nosotros no es más que un recreo del paladar, una fuerza digestiva que añadimos á las que nos ha facilitado nuestra pobre ó rica naturaleza.

También ha tenido el café sus detractores y sus partidarios apasionados; pero mientras no se decide el punto, todavía en tela de juicio, la especie humana, sin saber á qué carta quedarse, toma café por placer, por lujo y por costumbre.

Saboreando una taza de sabroso moka, decía á

Voltaire un admirador de su impiedad y de su talento:

—Debéis saber que el café es un veneno lento.

—Debe ser así (contestó Voltaire), porque hace ya setenta años que lo estoy tomando.

El hecho es que esa planta, ignorada en Europa hasta muy entrado el siglo XV, no sirve solamente para facilitar las digestiones del estómago, sino que su virtud se extiende también á facilitar las penosas digestiones de la vida.

Bien mirado, no es el café una taza de barro vulgar ó de preciosa porcelana, en la que humea un licor oscuro, amargo, desabrido, que, dulcificado con azúcar blanca como la nieve, se bebe á sorbos, se paladea á cucharadas; es más bien un punto de reunión donde se juntan las gentes desocupadas á resolver, alrededor de una mesa, las más hondas cuestiones del mundo, ó á revolver en la disipación de las conversaciones ociosas el abismo de las miserias humanas.

El café no es precisamente un brebaje, sino un refugio inevitable, abierto á los fastidios de la holganza y á las tristezas de la ociosidad. No es solamente un placer del paladar; se toma principalmente como un recreo del espíritu.

Como si el espíritu sociable de esta planta tuviese por único objeto estrechar las mutuas relaciones de los hombres, apenas fué reconocida su virtud, cuando se abrieron casas destinadas á servir café á los consumidores, lo mismo en los pueblos

de las orillas del mar Rojo, que en Medina y en la Meca.

Persia se llenó de cafés, que no tardaron en ser centros de toda clase de desórdenes, hasta que el gobierno persa tomó sus medidas, y no hubo más remedio que entrar por el aro. Entonces aquellos asilos de gente ociosa y vagabunda se convirtieron en una especie de ateneos, donde los políticos acudían á esparcir y recoger noticias, los poetas á recitar sus versos y los molucos á pronunciar sus sermones.

La aparición del café en Constantinopla *hizo furor*, pues los turcos vieron en él el paraíso anticipado, y los súbditos del gran visir se despepitaban por invadir los establecimientos abiertos en la ciudad; y allí cada cuál se despachaba á su gusto, lo mismo que aquí, haciendo de los asuntos de Estado mangas y capirotes. El Sultán no tenía necesidad de asistir á estos experimentos del ocio turco para salir todos los días con las manos en la cabeza.

Á mediados del siglo XVI, el Gran Turco quiso ver por sus propios ojos las escenas de los cafés, y disfrazado de simple mortal los visitó, hallando en ellos á todos los descontentos de Constantinopla, ocupados en poner de vuelta y media al visir, á su gobierno y al mismo Mahoma en persona. Cada uno llevaba allí su particular descontento, y hacía de sus propias desdichas las desdichas de su patria.

Después de los cafés, el Gran Turco visitó las

tabernas, y pareciéndole éstas menos perjudiciales, decretó la supresión de los cafés, y hasta prohibió el uso del café en el interior de las casas y en la intimidad de la vida doméstica.

Proscrito en Turquía, apareció en Londres, y el éxito coronó los primeros esfuerzos, porque inmediatamente se abrieron numerosos establecimientos, que dieron nueva vida á la capital de la Gran Bretaña. Un simple mercader procedente de Levante llevó á Inglaterra ese nuevo elemento de adelanto, de civilización y cultura.

Las demás naciones de Europa lo recibieron con los brazos abiertos, y la especie se multiplicó de tal manera, que hoy ya no existe en el mundo civilizado calle sin café, porque ha venido á ser la facción más característica de nuestro semblante social; y no me atrevo á decir que es el alma de nuestra vida, al mismo tiempo que el centro común, el núcleo, el hogar doméstico de la familia humana.

La casa en que vivimos nos suele ocasionar muchas molestias; los vecinos son con frecuencia impertinentes: los del cuarto de encima bailan, los del cuarto de abajo riñen; á la izquierda hay un piano desastroso, á la derecha vive una familia, un matrimonio lleno de hijos, que son de la piel del demonio. El casero, ¡uf!.... He ahí la desesperación de todo inquilino.

Por otra parte, los criados.... ¡son tan torpes! Las visitas, ¡son tan inoportunas! Los hijos.... sí,

ciertamente alegran la casa; pero.... ¡cuántas inquietudes ocasionan! Luego.... ¿qué conversaciones se pueden tener en el seno de la familia? ¡Pues! Si sobra, si falta, si los gastos crecen, si no crecen, si la vida es cara, si es barata. Con los hijos todo está dicho, con la mujer todo está hecho.... ¡Ah! La casa, ¡cómo aburre!

Pues bien: deje V. la casa y tome V. la calle; aquí un importuno que nos detiene; allá un fastidioso que nos cuenta sus desventuras; más allá un ser dichoso que nos revienta con el relato de sus felicidades; uno que nos saluda, otro que nos empuja; coches que nos cortan el paso, grupos de desocupados que nos echan de la acera; polvo, lodo, frío que hiela, ó calor que sofoca; mal piso, mucha gente que codea, que estruja, que ahoga....

Y todo esto sin contar los peligros de un coche que nos atropella, de un tranvía que se nos viene encima, de un ratero que nos despoja del reloj, de un vendedor de billetes de lotería que nos asedia, de un vendedor de periódicos que nos aturde, de éste que canta, de aquel que baila, del otro que toca, de todos que piden. ¡Oh! ¡La calle!.... ¡Quién puede vivir en la calle!....

La casa aburre, la calle angustia, los paseos cansan, los teatros fatigan. ¿Qué se hace un hombre honrado después de almorzar, después de comer, después del teatro, ó antes de almorzar, antes de comer, antes del teatro? Véase ahí la gran necesidad que han venido á satisfacer los cafés en el or-

den tranquilo de nuestras tumultuosas costumbres.

Suprímase ese refugio del ocio, ese amparo de la disipación, ese incentivo de la pereza, esa excusa de la holganza, ese desahogo de la vida social, y en las grandes poblaciones el hombre culto, rico ó pobre, grande ó pequeño, honrado ó pervertido, no sabrá qué hacer de las dos terceras partes del dia.

Así, ya es otra cosa. Á la vuelta de cada esquina nos espera un café, dispuesto siempre á recibirnos. Allí el calor comunicativo de la gente, la amenidad de las conversaciones, la variedad de las noticias, el bullicio de la concurrencia, la luz, la atmósfera, los cuadros, los espejos, los divanes, nos convidan á pasar las horas muertas, verdaderamente muertas, puesto que allí no vamos más que á sepultarlas.

El te les costó á los ingleses la guerra con los Estados Unidos; el café acabará por costarnos la costumbre de la casa y el amor á la familia.

II.

Un salón cubierto de mesas y de banquetas, rodeado de divanes y de espejos, enriquecido con molduras, iluminado por numerosas luces, invadido por la multitud, que, repartida en grupos alrededor de las mesas, come y charla, bebe y fuma. He ahí el café al primer golpe de vista.

Multiplicación de mesas, de banquetas, ampliación del espacio por medio de los espejos, donde se trasnocha como si no hubiese nada que hacer al día siguiente, ó, mejor dicho, como si no hubiese de amanecer nunca.

Allí el amor al lujo, la murmuración, hija de la ociosidad, y el movimiento natural de esta vida vagabunda, que no nos deja un instante de reposo, reunen lo más florido de las letras, lo más bullicioso de la política, lo más afortunado de la banca, lo más sabio de las ciencias, lo más selectó de la elegancia, como en templo erigido al culto de los dioses del siglo.

Es indudable que, marchando el género humano actual al fin supremo de sus grandes destinos de café en café, cualquiera de ellos es un paso más en el curso de tan glorioso camino; porque, fíjese bien la mirada, y se verá que cada café es una estación en que el viajero se detiene á descansar de la fatiga del viaje de la vida.

Por otra parte, el café es una continuación de la casa, de los que tienen casa, y es al mismo tiempo la casa de los que no la tienen. Considerado por el lado de la beneficencia pública, viene á ser el hospicio en que se refugian los que no tienen dónde pasar la noche ó los que no saben cómo pasar el día. En esos centros hallan amigos los que no tienen ninguno, y se encuentran los que más suelen perderse.

Por el lado de la cultura, bien pueden conside-

rarse como centros de instrucción pública, pues en ellos todo se dice, todo se cuenta, todo se sabe, todo se enseña y todo se aprende. La juventud recibe alrededor de las mesas de los cafés la más ilustrada ignorancia, los modales más sueltos, más libres, y el lenguaje más independiente de que puede servirse la libertad de las costumbres.

El itinerario que por lo común se observa, es el siguiente: de la casa, á la calle; de la calle, al café; del café, á la casa de juego; después, Dios sabe. Es, por lo tanto, ese centro de concurrencia, de comunicación y de vida, el pórtico iluminado que conduce á los sótanos de la sociedad.

Pero ello es que sería imposible vivir sin cafés; sería tanto como condenarnos á la intemperie, sin más refugio que las cuatro paredes en que se encierran la estrechez de la casa y la soledad de la familia.

Todo ciudadano necesita su domicilio para hacer constar su vecindad en los registros del empadronamiento y obtener su cédula personal; esto es, el testimonio civil de su personalidad. Pues bien; ese domicilio puede servir para casos de enfermedad, porque en los cafés es donde realmente se vive.

Dos amigos antiguos, que no se han visto en mucho tiempo, se encuentran un día en la calle manos á boca, y, lo que es natural, al verse, prorumpen ambos en estas respectivas exclamaciones:

—¡Ah!....

—¡Oh!....

—¿De dónde sales?

—¿Yo? En este momento salgo de *Fornos*. ¿Y tú?

—Yo.... ¡qué casualidad? Salgo del *Suizo*.

—¿Y qué te haces?

—Antes iba á la *Iberia;* pero unos cuantos amigos, que nos juntábamos allí, lo pensamos mejor, y nos hemos mudado al *Suizo*.

—Pues á mí me va muy bien en *Fornos*, y no pienso mudarme.

—¿De manera que somos vecinos?

—Figúrate: como que no hay por medio más que la calle de Alcalá.

—¡Tan cerca, y sin habernos visto en tanto tiempo!

—¡Tan cerca! ¡Ya lo creo! Casi pared por medio.

—¡Ya hace algún tiempo que nos conocimos!

—Mucho.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—Nos vimos la primera vez en el *Iris*.

—No, fué en el *Imperial*.

—Tienes razón.

—Vaya, es preciso que nos veamos.

—Sí.

—¿Qué horas tienes?

—De doce á una por la mañana, y de siete á dos de la noche me encuentras en el *Suizo* todos los días: segunda mesa de la derecha. ¿Y tú?

—Yo por la mañana no soy seguro; por las tardes, casi todas; pero lo fijo es á primera y última hora de la noche. Hasta las tres de la mañana me tienes en *Fornos* como un reloj: tercera mesa de la izquierda.

Los dos amigos se estrechan la mano y se despiden. No han tenido necesidad de preguntarse dónde viven para buscarse, verse, visitarse y reanudar los lazos de su antigua amistad. Seguramente ya se verán todos los días.

El café es el lugar universalmente elegido para las citas, las entrevistas y las conferencias; se ha hecho casi más indispensable que la casa; así es que cada uno tiene el suyo.

En toda urgencia en que se necesita un médico, un juez, un escribano, no hay que romperse la cabeza buscando el nombre de la calle ni el número de la casa, porque están en el café, en éste, en el otro, en cualquiera, en todos.

El periódico es la publicidad impresa, el café es la publicidad hablada. No todo se puede decir siempre en letras de molde; de modo que la publicidad impresa suele guardar ciertas reservas y decir algunas cosas á medias. Pues bien: en los cafés se aclaran los puntos dudosos, se interpretan las reticencias, se traducen los enigmas, se explican los misterios, y se pronuncian los nombres propios; de forma que el café viene á ser el complemento del periódico, su intérprete auténtico, casi su archivo, y poco menos que su biblioteca.

Los ilustradores de la opinión pública acuden á los cafés como las moscas al panal, porque en ellos recogen la miel de las noticias, lo más escandaloso, lo más patibulario, lo más cómico, lo más original y lo más fresco de la crónica diaria: allí está todo como en germen.

En los cafés se reparte la fama, la celebridad, el mérito, la infamia y la ignominia: todo se analiza, todo se discute, todo se diseca, todo se saca de quicio.

La policía pierde el tiempo buscando en los rincones de la sociedad miserias humanas, cuando en los cafés puede encontrar todo lo que busque.

Al hombre más perdido se le encuentra fácilmente entre un espejo y una mesa, sobre un diván de terciopelo y bajo un techo artesonado en cualquiera de los innumerables cafés que se iluminan en cuanto empiezan las primeras sombras de la noche.

Digámoslo de una vez: el café vive á costa de la casa, se mantiene de todo lo que se extrae de la vida de la familia, de la intimidad del hogar doméstico.

En el padrón anual que cada vecino está obligado á *ilustrar* con su nombre, su edad, su naturaleza, su profesión, su domicilio, sus bienes, su estado.... echo de menos una circunstancia que ya es personal y característica, requisito importante, á saber: su café.

En las tarjetas con que unos á otros nos damos

testimonio de la autenticidad de nuestras personas, deben suprimirse las señas de la casa que se paga, y sustituirlas con las señas del café en que se vive.

Acabemos: el café es la gran boca por donde respira la generación presente.





CONVERSACIONES CONMIGO MISMO

—

I.



ú (me digo), íntimo amigo mío, que posees todos mis secretos, que me acompañas á todas partes, que participas de mis inquietudes lo mismo que de mis satisfacciones; tú, siempre tan indulgente con mis debilidades y tan admirador de mis méritos; vamos, hablemos con franqueza: ¿es verdad que quieres ser libre?

—Si, compañero constante de mi vida; ser inseparable de mi ser, sombra de mi sombra, voz de mi voz, pensamiento de mi pensamiento; no he de ocultártelo: todo me dice que debo ser libre: ¿por qué no he de serlo?

—¿Todo?

—Sí, la luz que veo, el aire que respiro, la na-

turaleza en que vivo, la razón con que discurro; lo impone mi deseo, mi voluntad lo exige.

—Y bien: ¿lo eres?

—Sí, puesto que quiero serlo; la libertad es mi propio, mi natural elemento.

—Prosigue.

—No siendo libre, me parece que no soy hombre.

—Muy bien; pero es el caso que desde el primer momento en que te declaras libre, tu actividad se pone en movimiento; vas, vienes, subes, bajas, entras y sales; deseas, amas y aborreces; tu propia libertad parece que se complace en encadenarte, y acaba por hacerte esclavo de tus mismos apetitos.

—¡Imposible! ¡Paradoja! Yo no puedo ser esclavo de mí mismo: eso implica contradicción; eso es absurdo.

—Pues no hay escape, y estás cogido en la red de ti mismo. La razón, que enaltece, sujeta el desorden de tus pensamientos, y el deber, que te enaltece, reprime la libertad de tus acciones. Si te emancipas de ese doble yugo, caerás necesariamente en la servidumbre de tus pasiones, de tus vicios, de tus errores: tres tiranías.

—Puedo elegir, y ese es de mi libertad el testimonio irrecusable.

—Cierto; puedes elegir tu esclavitud; puedes someterte al imperio de tus deberes, ó á la tiranía de tus deseos. Elige.

—Sofisma. El hecho evidente, incontestable, es que yo he nacido libre.

—No tanto, amigo mío. Óyeme: ¿comprendes la libertad sin responsabilidad?

—No.

—Pues bien; ¿no es la responsabilidad la limitación permanente, constante, asidua de la libertad que se nos ha concedido?

—Algo hay de eso.

—Además, viniste al mundo como cada hijo de vecino, sin comértelo ni bebértelo, por los ocultos caminos de la naturaleza, y guiado por la mano invisible de la Providencia, que no tuvo necesidad de tu consentimiento para plantarte en medio del arroyo de la vida. Viniste al mundo como vienen todos: llorando.

—No lo sé; ignoro las circunstancias particulares de mi nacimiento. Lloré al nacer. Y bien; ¿no lloran todos los que nacen?

—Eso es; todos lloramos al nacer. Si es posible traducir esos primeros gemidos de la vida humana, habría que dar forma á este tristísimo pensamiento: «¡Ah! ¡yo no quisiera haber nacido!» Abrimos los ojos, y no vemos; queremos andar, y nuestros pies débiles se niegan á sostenernos; tendemos las manos á todo lo que nos rodea, y todo lo que nos rodea se aleja ó se escapa de nuestras manos; queremos hablar, y la lengua se niega á pronunciar las palabras, y rompemos en llorar, como si el dolor fuese nuestro único lenguaje. No te encojas de hombros,

porque si lo que te digo no es una novedad que debe sorprenderte, es, en cambio, un misterio que debe confundirte.

II.

—Sigue, sigue. Me tienes acostumbrado á los abandonos de tu movilidad, porque tú eres mi fantasía, la parte volátil de mi espíritu, la parte vagabunda de mi razón, la parte aventurera de mi pensamiento.

—Pues bien, escucha: aún no hablas, aún no andas, aún no piensas, y sólo durmiendo se te ve sonreir. Parece que necesitamos cerrar los ojos para encontrar en las oscuridades del sueño los resplandores de la alegría; parece, á la vez, que el sueño, compadecido de nuestra inocencia, nos engaña, haciéndonos creer que todavía no hemos nacido. Despiertos, levantamos los ojos al cielo, como si nuestras miradas huyesen de la tierra: el cielo es lo primero que distinguen nuestros ojos, y lo primero que acierta á comprender nuestra alma. Para dormir á un niño hay que mecerlo, hay que hacerle creer que vuela, que flota, que se escapa de la tierra; hay que cantarle, hay que hacerle oir armonías desconocidas, cantos ignorados, notas lejanas, como recuerdos de músicas alguna vez oídas. En el regazo de la madre está el secreto de ese misterio;

sus brazos incansables acallan al niño que llora; sus cantos hacen dormir al niño que padece. No encontrarás sobre la tierra desamparo semejante al del niño que no encuentra una voz que le cante y un regazo que le columpie.

—Muy bien: vuelas á tu gusto por los espacios imaginarios; pero ¿adónde vas á parar? ¿Qué quieres decirme con todo eso?

—Quiero decirte que así empezamos á ser libres.

—Sea; pero entonces no somos más que embriones humanos. Después, mis plantas se afirman, mis brazos se robustecen, mis ojos distinguen, mi lengua habla, mi inteligencia piensa; los deseos me animan, la razón discurre y la voluntad quiere.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues, mira, ello es que entras en el mundo como en un encierro, que lloras como el desterrado fuera de su patria, y que buscas en los brazos de tu madre la cadena que te sujeta, y á la vez te sustenta en la vida. Después tus plantas vacilan sobre la tierra, tus brazos se cansan y desfallecen, tus ojos se deslumbran, tus labios balbucean palabras cuyo sentido ignoras, tu inteligencia se ofusca, tus deseos se contradicen, tu razón duda, y tu voluntad se detiene indecisa, sin saber á punto fijo lo que quiere. Así el embrión entra á ser hombre, así el hombre empieza á ser libre. Pretende poderlo todo, saberlo todo, poseerlo todo.

—¿Y bien?

—Nada. Ya escaló la prisión de la cuna; limó poco á poco la cadena que le sujetaba al regazo de su madre; desató uno por uno los lazos que le detenían en el seno de la familia; ha conseguido la llave de la puerta que nos retiene dentro de la cárcel de la casa; se ha emancipado, en fin, del dominio del padre; ya no pesa sobre su cabeza el yugo de la patria potestad. Es libre. ¡Oh! ¡Vaya si es libre!

—Eso es, ha entrado en posesión de sí mismo; se pertenece como cosa propia. Ya es hombre hecho y derecho; sabe, y además puede, y además quiere. ¿Qué le falta para ser completamente libre? Contesta.

III.

—Tú tienes un nombre; ilustre ú oscuro, tú tienes un nombre.

—Cierto.

—¡Un nombre! ¿Sabes lo que es eso?

—Sin duda; una designación por medio de la cual nos distinguimos unos de otros.

—¿No se te ocurre que pueda tener más significación que esa?

—¿Qué otra podemos concederle?

—Un nombre no significa sólo un hombre, sig-

nifica una familia, una ascendencia. Tu nombre, tú lo llevas; pero el nombre es de tu familia. Tu padre lo recibió en depósito, y en depósito te lo ha confiado á ti, para que á tu vez lo deposites tú en tus hijos.

—Perfectamente: lo recibo, lo tomo y lo dejo. ¿Es un mayorazgo?

—Viene á serlo, porque tú no puedes derrochar ese nombre, no puedes dilapidarlo, no puedes envilecerlo, sin deshonrar, sin infamar á tu familia.

—Acaba de explicarte.

—Ese nombre sale en pos de ti, como un espía de tus acciones, desde el momento mismo en que sales del sosegado recinto de la casa, del dulce calor de la familia. Es la primera tiranía que se te impone al poner los pies en la calle de tu libertad. Si puedo decirlo así, es el primer eslabón de la cadena que vas á arrastrar en el curso de tu vida. Ve de qué manera empiezas á ser libre.

—Claro está que el nombre impone obligaciones; pero no se trata de eso: se trata sencillamente de la libertad propiamente dicha; de esa libertad que nadie tiene derecho á quitarme, cuyo ejercicio nadie puede impedirme, porque nadie ejerce jurisdicción dentro de mí mismo, dentro de los dominios de mi voluntad independiente. Esto no tiene vuelta de hoja.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Oh! Muy seguro.

—¿Sí?

—Sí.

—Veamos.

—Veamos.

—Ante todo, ¿de qué libertad se trata?

—De la libertad fundamental, de aquella que constituye la independencia del ser humano.

—¿Tiene esa libertad algún nombre que especialmente la determine?

—Sin duda.

—¿Cómo, pues, se llama en el lenguaje de los hombres?

—Se llama libertad del pensamiento. ¿Qué tienes que replicarme? Estás vencido.

IV.

—Muy bien; pero vamos á cuentas. ¿Qué es pensamiento?

—Es, sencillamente dicho, la potencia ó facultad de pensar, y pensar es discurrir, reflexionar....

—Perfectamente, si convenimos en que discurrir es buscar la verdad de alguna cosa.

—Cierto.

—De manera, que el pensamiento tiene delante un camino abierto por donde lo guía la razón y lo conduce la lógica. Ahora bien: ¿qué es razón?

—¡Toma! ¡Toma! Razón significa relación de una cosa con otra, de un juicio con otro.

—Ó, lo que es lo mismo: sucesión que obliga, cadena que sujeta, tiranía que esclaviza. Viene á ser la ley necesaria del pensamiento. Y bien: ¿qué es lógica?

—¡Pues no preguntas tú poco! Lógica es, ni más ni menos, que el conjunto de reglas que dirigen el entendimiento en busca de la verdad. Arte, en cuanto establece reglas; ciencia, en cuanto da razón de las reglas que establece.

—Convenido; mas yo digo ahora: si la razón te obliga á encadenar tus juicios, deduciendo uno de otro en rigurosa sucesión; si la lógica te impone reglas precisas, que no puede eludir tu voluntad sin incurrir en locura; si la verdad misma se te coloca delante como término final de tu discurso, ¿cómo puedes decir seriamente que tu pensamiento es libre?

— Reconozco la influencia de esos tres poderes, que, gracias á ciertas condescendencias, todavía se pretenden mantener en pie, reduciendo al hombre á creer lo que dicta la razón, lo que dicta la lógica, lo que dicta la verdad. Pero, á pesar de esa triple dictadura, mi pensamiento es libre, aunque todavía no se haya gritado resueltamente «¡abajo la razón!» «¡abajo la lógica!» «¡abajo la verdad!» porque, eches por donde quieras, siempre me queda á mí el derecho de elegir entre lo verdadero y lo falso, lo lógico y lo absurdo, lo razonable y lo insensato.

—Ni ese recurso te queda, á no ser que renun-

cies á tu derecho de ser racional, en cuyo caso disfrutarás, sin duda, la ignominiosa libertad concedida por la naturaleza á la bestia salvaje.

—Entonces, dime tú, compañero insoportable de mi vida, espíritu gruñón que por todas partes me sigues, espía implacable de mi pensamiento y testigo constante de mis acciones, ¿qué me queda de mi libre albedrío?

—Te queda eso: la facultad de optar entre ser hombre ó ser bestia, entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre el error y la verdad.

—No; yo no puedo aceptar semejante esclavitud. Si mi pensamiento no es completamente libre, yo soy necesariamente esclavo. Porque, vamos á cuentas: lo que se quiere es, por lo común, lo contrario de lo que se debe: si estoy obligado á pensar lo que debo, ¿cómo puedo pensar lo que quiero? Y si no pienso lo que quiero, ¿cómo puedo pensar libremente? Ó la libertad de mi pensamiento es una vana fórmula, ó yo he conquistado el derecho de volverme loco. Siendo el pensamiento libre, las acciones no deben ser esclavas; mis actos son hijos legítimos de mis pensamientos; y no es posible que se haya decretado la libertad de mi ser para tener el raro capricho de atarme las manos. Poder pensarlo todo y no poder hacer nada, es un suplicio más cruel que el de Tántalo. Mi pensamiento, en uso de su ingénita libertad, prescinde de la razón que le molesta, de la lógica que le contradice, de la verdad que se le impone.

Del mismo modo mis acciones se burlarán de todas las leyes humanas. En conclusión : soy libre.

V.

—Corriente; pero te queda otra esclavitud. Después de haberte burlado de la verdad, de la razón y de la lógica, tu propia naturaleza se reirá de ti mismo.

—¿Dónde?

—Aquí, allí, más lejos, más cerca, en todas partes.

—¿Cómo sucede eso?

—Como sucede siempre.

—Explícate.

—Un día doblas la esquina de una calle.

—Eso lo hago yo muchas veces al día.

—Y ves manos á boca un semblante pálido ó sonrosado.

—Es lo mismo; sigue.

—Triste ó risueño.

—¿Qué más da?

—Que por las raras combinaciones de una misteriosa fotografía se estampa en tus ojos.

—Puede.

—Es una mujer, una bella mujer.

—Entonces de seguro.

—Un ángel.

—Con que sea mujer me basta.

—La ves, y exclamas: «¡Preciosa criatura!»

—Positivamente lo digo.

—Ella sigue su camino, y tú la sigues con los ojos.

—Lo menos.

—Y, quieras que no quieras, te la llevas retratada en el cristal de tu imaginación.

—¿Nada más?

—Pasan unos días....

—¿Por qué me haces perder tanto tiempo?

—Y en un teatro, en un paseo, en un salón, ¡quién sabe!, vuelves á verla, y abres de par en par los ojos, exclamando: «¡Es ella!»

—Perfectamente. ¿Y quién es ella?

—La misma.

—¿Es decir, una mujer?

—No: una mujer es toda mujer, y *ella* es la única mujer. La mujer es una cosa tan común como el hombre, tan vulgar como la vida, tan ordinaria como la muerte; mas *ella* es precisamente todo lo contrario; es la mujer de quien decimos: no hay otra.

—¡Y qué!

—Que cuando el pensamiento del hombre toma la forma de una mujer, se apodera de tal modo del entendimiento, que lo llena todo: el hombre no acierta á pensar en otra cosa.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Tenemos el gran escollo en que cae nuestra libertad; *ella* está dentro de nuestro pensamiento con tenacidad invencible, para que no podamos pensar más que en *ella*.

VI

—¿Y bien?

—La fórmula de esa servidumbre es universal, es una de esas frases hechas, terminantes, que cierran el camino á toda discusión. El hombre se inclina, besa la mano que lo sujeta, y exclama: «Soy tu esclavo.»

—Esclavitud bien pasajera.

—Te engañas. Ella no es más que el primer anillo de la cadena. Sus brazos están formados para estrechar, para retener; su voz para persuadir, sus lágrimas para desarmar, su debilidad para vencer. *Ella* nos rodea de cuidados, de solicitud y de ternura, formando á nuestro alrededor el finísimo encaje de la jaula en que vivimos prisioneros.

—¡Bah, bah!

—Detrás de *ella* están los hijos, la familia, la casa.... *Ella* es el tirano, la familia es la cadena, la cárcel es la casa. Si el hombre se libra de esta esclavitud, podrá ser en todo rigor un hombre libre;

esto es, un hombre sin mujer, sin casa, sin hijos, sin familia, el esclavo de todas las mujeres y el siervo de todos los vicios.

—Acaba.

—He concluído: ahora sé libre.





CONVERSACIONES PARTICULARES

I.

ENTRE DOS.

ALA, antesala ó gabinete, es lo mismo, aunque debe preferirse lo último para que la escena tenga más carácter de intimidad y de confianza. Muebles regulares, entre merced y señoría, si se quiere algo usados; pero en su clase de muy buena vista. Cortinaje decente á medio uso; casi alfombra; todo muy limpio, y todo en orden. Aspecto de bienestar, de reposo, de ese reposo que quiere decir: «Aquí me las den todas.» Un loro en el balcón, ó en uno de los balcones; dos canarios en sus respectivas jaulas; un hermoso gato de Angora, que se despereza soñoliento, clavando las uñas en el almohadón del sofá; y, en fin, la señora de la casa en bata de percal ó de lana, según la estación, de pie, con los brazos extendidos hacia la puerta, con la sonrisa en los labios, al

mismo tiempo que entra arrastrando la cola su íntima amiga Lola, prendida con veinticinco alfileres; lo que se llama al pelo.

Tal es la escena, en la que no va á suceder nada que sea extraordinario.

—¡Válgame Dios! ¡Qué gran sorpresa me causa tu visita! ¿Quién había de esperarte después de tanto tiempo? Yo creí que ya no te acordabas del santo de mi nombre. *(Se besan.)* Vamos, siéntate. ¿Qué te parece mi *morrongo?*

—¡Hermoso gato! ¿Es de Bengala?

—No, mujer; es de Angora.

—¡Como tú has estado tanto tiempo por América!

—Pero, criatura, ¿qué tiene que ver América ni con Angora ni con Bengala?

—Calla, hija, que he confundido las especies. Ya caigo en la cuenta: Bengala es la de los fuegos artificiales.

—Lo que tú quieras, mujer.

—Pues, mira, no iba yo tan descaminada, pues tú sabes de muy buena tinta que de América se traen muy buenos gatos.

—Cuéntamelo á mí, que conozco á muchos que han hecho más dinero que la casa de la moneda.

—Figúrate. Y no creas tú que yo me hubiera quedado aquí para vestir imágenes; pero con tantos adelantos y tanta trapisonda, todavía no han hecho un camino de hierro en que pudiera ir una al otro mundo como la propia rosa; porque, hija, eso

de pasar el mar de ida y vuelta, no me ha entrado á mí nunca por el ojo derecho.

—Y, vamos, cuéntame. ¿Qué es de tu vida?

—Pues, mira, no sabes qué vida llevo. Es no vivir. Ando como zorra que cría siete.

—¿Qué te pasa?.... Vamos á ver. ¿Qué te pasa?

—Ya sabes tú que la alta sociedad no es para mí el país de los hotentotes, porque estoy acostumbrada al trato de las gentes de buen tono. Puedo decir á boca llena que me destetaron con papilla aristocrática. Es verdad que no llevo ningún título. ¿Sabes por qué? Porque el primo segundo de mi madre, marqués por los cuatro costados, tuvo una nube de hijos; pero no es ningún secreto que nací en buenos pañales.

—Ya sabemos que siempre te ha dado á ti por la sangre azul; en tu género has sido siempre una mujer del gran mundo.

—Hija mía, desengáñate; no hay otro. Por más que diga la gente de tres al cuarto, los que no son grandes de España por su casa, no pasan de ser advenedizos de escalera abajo. Y, mira tú, mucho se habla contra los pergaminos; pero ¡cuántos se darían con un canto en el pecho si los tuvieran! Porque eso de ser personaje de viso, así, de bóbilis bóbilis, no es cosa que cae por la chimenea.

—Pues yo te digo que á mí no me quita el sueño semejante cosa. Y si pusieran tiendas de pergaminos, no sería yo la tonta que me gastara mi dinero en esas vejeces.

—Hablas así con la boca chiquita, porque, hija mía, los títulos siempre son títulos.

—¡Vaya si son! Aunque los pagan mal, y siempre está una con el alma en un hilo, voy tirando con los pocos títulos de la Deuda que tengo.

—¡Quita allá, que no me fío de esos papelotes, que no hacen más que subir y bajar, y cuando te imaginas que tienes el oro y el moro, se viene el mundo encima y te quedas por puertas! No tiene gracia ninguna desnudarse por la noche como Dios manda, meterse en la cama, dormir á pierna suelta y despertarse sin camisa. Yo no; pesos duros, hija, pesos duros.

—Pero, vamos : ¿qué te has hecho en todo este tiempo que no nos hemos visto? Pero ya caigo.... la buena sociedad te ha hecho olvidar á las antiguas amigas.

—¡Ah! No.

—¿Cómo que no?

—He vivido muy retirada.

—¡Retirada!....

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta hacer mal papel en ninguna parte, y las circunstancias se fueron estrechando, y, quieras que no quieras, tuvimos que enterrarnos vivos, porque donde no hay de esto *(restregando el pulgar y el índice uno con otro),* es la muerte. ¿Qué quieres que te diga? Hemos estado con el agua al cuello.

—¡Pobre Lola!

—Pero ahora es ya otra cosa. No te diré yo que podemos echar muchas roncas, porque se necesita un potosí para no estar demás en el mundo, y el dinero se va como agua. En fin, ahora vivimos con decencia. Estamos en auge.

—¿Sí, eh?

—Lo que oyes. Es no vivir, porque no me dejan ni á sol ni á sombra; mi casa es un jubileo; coche va, coche viene, no estamos solos ni un momento. Así *(señalando)* tengo de tarjetas.

—Ya sé, ya sé que andas metida en grandes trotes.

—Vaya, chica; á cada puerco le llega su San Martín.

—¡Así vas tú tan de tiros largos!

—La posición, hija, la posición.

—¿Conque estás en candelero?

—¡Pues!

—Ydime, ¿qué destino le han dado á tu marido? Creo que es cosa gorda.

—Nada, hija, nada.

—¡Entonces!....

—Te diré: nosotros queríamos un empleo de más manejo; vamos, de más porvenir; porque demasiados méritos tiene mi pobre Sebastián. Ya ves, ocho años de cesantía uno tras otro, me parece que son servicios. Pero cuando ya teníamos las manos en la masa y la boca se nos hacía agua, cata tú que se presenta un pelagatos, un cualquiera muy

bulle bulle, y adiós mi dinero, y se alza con el santo y la limosna, y aquí me tienes que hemos tenido que apechugar con otra cosa, mientras ese advenedizo se pone las botas. Mirá tú si se las pondrá, cuando no tenía zapatos que ponerse.

—Y di: ¿qué sueldo tenéis?

—Una miseria: cincuenta mil reales.

—¿Nada más?

—Y gracias. Aquí los altos funcionarios están muy mal pagados

—¿Y no hay gajes?....

—¡Phs!

—Alguno, ¿eh?

—Si mi marido fuese otro, nos habría caído la otería; pero ese Juan Lanas se deja quitar los bocados de la boca.

—¿De manera que no hay más que el sueldo pelado?

—Mujer.... no tanto, porque no faltan pretendientes, ya para esto, ya para lo otro. Á mí me traen mareada. Y regalo de aquí, regalo de allí, se va llevando la casa.

—¡Ya era razón, porque mira que habréis pasado una *crujía!*...

—No me pillará otra. Todas las mañanas se lo digo á Sebastián; como que es el pan nuestro de cada día: oros son triunfos; agárrate bien con pies y manos, y aunque venga el moro Muza, tú firme que firme.

—Sí, Lola, sí; porque aquí no hay más cera que

la que arde. Mi difunto lo repetía muchas veces: Un buen sueldo á nadie le estorba; y lo mismo es el dinero de los unos que el de los otros. Pues, mujer, no sabes lo que me alegro de verte á flote.

—Sí, ahora respiro.

—¡Qué injustas somos las mujeres!.... ¡Cuántas veces me has dicho que tu pobre marido no servía para nada! Mira tú si sirve para tener cincuenta mil reales de sueldo. Luego dicen; si no fuera por los empleos, ¡Dios sabe la gente que se moriría de hambre!

—Pues Sebastián, ya lo conoces, está hecho para empleado todo de una pieza. No le metas en otros asuntos, porque no da pie con bola; pero sus horas de oficina, su tertulia en el despacho, su ministro arriba, su ministro abajo, sus proyectos administrativos siempre en la boca, sus excursiones políticas á los pasillos del Congreso.... todo eso al pelo.... ¡Ocho años de cesantía un hombre como él, que no sabe más que ser empleado, ¿qué digo? alto funcionario: ¡ya ves si es injusticia!

—No te quejes, criatura; no te quejes, porque al fin son cincuenta mil reales á toca teja, que no tienes que ir á pedírselos á nadie, y con esa entrada, ¿quién se muere de hambre?

—De hambre no, pero no basta. Mira: la cesantía nos ha dejado muchas deudas, y hemos tenido que tapar muchos agujeros; la posición oficial que ocupamos exige muchos gastos. Ya ves: no podemos vivir de cualquier modo; gentes impor-

tantes nos visitan todos los días, y era de cajón tomar un cuarto proporcionado á nuestra importancia, renovar el mueblaje, aumentar la servidumbre. Pues, ¿y la mesa? ¿Y los perifollos? ¿Quién prescinde ya de los perifollos?

—¡Toma! ¡toma! Con tanto boato no tienes ni para empezar con los cincuenta mil reales.

—Demasiado lo sé; pero, mira, yo soy muy económica, y lo aprovecho todo. El pobre Sebastián no sirve para nada. Tiene las manos rotas, y no le hará un favor al lucero del alba, sólo por no tomarse el trabajo de hacerlo. Yo quiero que se haga valer, que adquiera amigos, que tenga iniciativa, que no sea tonto. Siempre estoy encima, y no hay pretensión que no pase por mi mano. De otra manera, sería imposible sacar los pies del plato. ¿Qué mal hay en aprovechar el agradecimiento de las personas que son agradecidas? Un favor pide otro favor, porque hasta el aire quiere correspondencia; y, ¿qué quieres? Me he propuesto servir á todo el mundo. Sebastián puede levantar muy alta su cabeza, y yo levanto á mi vez las obligaciones de la casa. Hija mía, ese es el mundo.

—¡Vaya si es! ¡como que la vida cuesta un sentido, y nadie viene á traerla á una lo que le hace falta!

—Yo, no creas que me duermo sobre mis laureles, que también pienso en mañana, porque esto de los destinos es estar en el aire. Mira tú; no soy ambiciosa: con que esto nos dure un par de años,

podremos echar una cana al aire. Sebastián tendrá entonces buena cesantía, no faltarán ahorros; nuestro *hotelito* en la Castellana; porque, ¿quién vive ya sin hotel? Coche, algún día que otro; mesa, regular; no quiero que sea más que regular; teatros, siquiera una vez por semana, y los veranos á Biarritz, ó á lo menos á Zarauz. Á eso tiro. ¿Qué te parece?

—Muy bien, hija mía, muy bien; y después la vida eterna, porque si aquí lo pasamos con tantos trabajos, no nos hemos de quedar allí en medio de la calle.

—Eso mismo digo yo. Y ríete, Fermina, de las murmuraciones de las gentes envidiosas, porque, si vieras, desde que tengo buena casa, buena mesa y alguna mano, y doy *tes*, y recibo, ¡vaya si recibo!, mis relaciones se han multiplicado, mi casa va á ser la casa de moda. Aunque no me está bien el decirlo, *hacemos furor*. Estamos en la luna de miel, y acuden las moscas; te digo que tengo corte.

—Pues ha venido Dios á verte, Lola; porque, según me cuentas, ni Jauja. Á mí, aquí me tienes riéndome del mundo, sin salir de mi paso, vegetando. Ya lo ves: casa cómoda; comemos muy regularmente; en fin, vivimos. No da de sí otra cosa este pícaro mundo. Teatro de vez en cuando, á los estrenos, porque no me gusta que me cuenten las cosas. Coche, cuando llueve. Visitas, no me faltan; viuda sin hijos, y aún fresca.... ¿Lo querrás creer? Tengo pretendientes.

—Lo creo; hay pretendientes para todo. ¡Díme-

lo á mí! Tu frescura ha sido siempre la misma, y como tienes el riñón tan bien cubierto, no hay duda de que los hombres te buscarán las cosquillas.

—No derrocho ningunos caudales, pero vivo á mi gusto. La vida es tan corta, que no se puede desperdiciar el tiempo. El pobre que pudre tierra no quiso dejarme sin un pedazo de pan que llevarme á la boca.

—Vaya que sí; aquel era una hormiga para su casa: ¡y tuvo suerte!.... ¡Estuvo tantos años empleado en Cuba!

—Dos años, nada más que dos años. Alli el pobre se quedó ciego.

—¿Y qué fué por allá?

—Poca cosa: *vista*.

—Ea, no dirás que te he hecho visita de médico. He venido á decirte que aún vivo en el mundo; y por si no quieres creerme, aquí tienes las señas de mi nueva casa, que te ofrezco, si es que tú tienes necesidad de que te la ofrezca. Toma; esa es mi tarjeta.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí, mujer; hoy he echado el día á perros, pero ya es muy tarde.

—¿Qué prisa tienes?

—Mucha; doy de comer á gente gorda; aún tengo que vestirme, y no es cosa de hacerles esperar. Dime: ¿y Mercedes?....

—Como siempre.

—¿La ves?

—Casi todos los días.

—¿Se casó al fin con el tío?

—No.

—¿Por qué?

—¿Porque no ha querido.

—¡Siendo tan rico!....

—Ya sabe ella lo que le conviene.

—¿Pues?

—Tiene segura la herencia.

—Hace un siglo que no la he visto.... ¡Está tan perdida!....

—Perdida tú, mujer, que no hay quien te eche la vista encima.

—¡Ya se ve! ¡Vivís tan arrinconadas!

—Sí, pero nos reímos del mundo.

—¿Y cómo está ahora de carnes?

—Bien; ha engruesado. No como tú, que parece que te engordan las satisfacciones.

—No tanto.... Me encuentro regular.... No quiero que digan que lo que como cae en un saco roto. Y mira, no creas, voy sin corsé.... ¡Y quién sabe!....

—¿Aún?....

—Adiós, Fermina *(levantándose)*. Que nos veamos.

—Sí, mujer. *(Se abrazan y se besan.)*

—En fin, adiós.

—Adiós.

(Se miran, y las dos se sonríen. Nuevo abrazo y nuevos besos.)

—Ya sabes dónde vivo.

—Sí ; ya nos veremos.

(Bajando la escalera, arqueando las cejas, y hablando para sí.)

—¡Qué vulgarota!

(Cerrando la puerta y soltando la carcajada.)

—¡Qué vanidosa!....





LOS TIEMPOS FELICES

I.

Es muy posible que interiormente el hombre moderno sea un ser desgraciado, porque todavía en las secretas intimidades de la vida individual, quedan, como restos de no sé qué desdicha antigua, heredada de padres á hijos, que cada cuál por su parte hace esfuerzos continuos por retener en vinculación perpetua. Sí, convengamos en que aún persistimos en la manía rutinaria de ser desdichados, aunque no sea más que allá en el fondo oculto de nuestro pensamiento.

Sea; porque al fin hay que dejarle á cada uno la iniciativa necesaria en el orden íntimo de los afectos de su ánimo. Por mucho que nos interese la felicidad humana, y por más que ella sea el objeto especialísimo de nuestra poderosa civilización, no es cosa de ir individuo por individuo, como si di-

jéramos, de casa en casa, imponiendo la dicha del modo que se imponen los tributos. No se pueden allanar los corazones para ir de uno en otro declarándolos en estado permanente de regocijo, á la manera que se declaran días de fiesta aquellos en que la corte viste de gala.

Mas, aun así, hemos encontrado medio de subsanar en lo posible el inconveniente que á la felicidad común opone la resistencia inveterada y empírica de las desdichas individuales; y, como quien no quiere la cosa, hemos hecho del suicidio el recurso, el refugio de todas las desgracias. Si por una parte respetamos en el hombre el derecho á ser desventurado, al mismo tiempo, y como en compensación, le hemos reconocido la facultad de quitarse de en medio.

La moral de nuestros padres, bastante atrasada en este punto, se permite todavía señalar con el estigma de perpetua ignominia la memoria del suicida; mas por algo nos ha tocado en suerte los dichosos tiempos de una época tan fecunda en desastres; y, más razonables, hemos hecho del suicidio un medio de defensa contra las adversidades de la vida; y si todavía no ha encarnado resueltamente en las costumbres la apoteosis del que atenta á su existencia, la razón libre y la ciencia independiente de toda moral lo proclaman como uno de los derechos del hombre. Abierta de par en par esta puerta á la felicidad humana, el suicidio prospera en nuestros días, dando testimonio de que en el

mundo moderno sólo pueden vivir las personas dichosas.

Y, en efecto, el aspecto de todas las cosas solicita de tal modo nuestra hilaridad, que no hay suceso, por pavoroso que sea, que no nos incite á desternillarnos de risa, porque la tragedia, cansada ya de aterrar al género humano con el horror de las catástrofes, ha adoptado la forma cómica para tener constantemente en nuestros labios la sonrisa que lo ridículo despierta hasta en los ánimos menos dispuestos á la alegría.

Sí; á la tragedia ha sucedido siempre la parodia, y cuanto más terrible es el fondo del drama, más vivamente se destacan los colores grotescos; así es que la contorsión espontánea, casi involuntaria, ha venido á ser la forma externa de todo cuanto nos rodea.

Por una ley particular de nuestros tiempos, lo mismo en las cosas que en las personas, sólo consigue elevarse lo que es risible. No hay manera de volver los ojos á la grande escena de la vida pública, sin sentir allá en lo interior de nuestro espíritu el cosquilleo de la carcajada. Salimos del teatro de las asambleas políticas reventando de risa; acudimos á presenciar las escenas parlamentarias, restregándonos las manos de gusto, porque sabemos de antemano que nos va á faltar boca para reirnos.

Sin ir más lejos, en todo lo que llevamos de legislatura, la hilaridad apenas encuentra un momento de descanso. Regístrese el *Diario de las Se-*

siones, y se verá cuán felices son los tiempos públicos que nos han cabido en suerte. Fíjese la atención en las acotaciones que con letra bastardilla marcan los accidentes que dan color á los debates, y hallaremos mil veces repetida la palabra *risas*. La caricatura ha llegado en nuestros tiempos á ser testimonio de celebridad y de importancia, y, échese por donde se quiera, la caricatura no es más que el aspecto risible de la persona.

En vano los oradores furibundos ahuecan la voz y buscan en los rasgos más sublimes de la elocuencia atronadora emociones fuertes, porque, aparte de los aplausos convenidos, que se conceden por medio del simple choque de una mano con otra, la sonrisa se dibuja en todos los semblantes. Los hombres más graves, ya por la edad, ya por la jerarquía, no abren la boca más que para decir gracejos. La seriedad, de suyo triste y solemne, ha desaparecido, y hemos entrado de lleno en el género chistoso.

En el arte pasa dos cuartos de lo mismo: la literatura patibularia no ha podido sustraerse á la influencia amena de nuestros alegres días, y se ha hecho jocosa; cuanto más se hincha, más grotesca resulta. Por una compenetración particular de los dos géneros, ha venido á ser su propia parodia. Al pronto suelen los auditorios no caer en la cuenta del gracejo, y se quedan con la boca abierta; mas luego que se hacen cargo del chiste, celebran el suceso á carcajada tendida.

Las costumbres contribuyen, por su parte, desaforadamente á aumentar la amenidad de la vida. La abundancia inagotable de rateros que circulan por Madrid, ¿no es ya una gracia? ¿Quién no se ríe de la serie no interrumpida de escándalos con que nos recrea la crónica diaria? Los anales del crimen, ¿son menos variados y menos divertidos? ¿No es cosa de risa para todo hombre de buen humor las angustias con que el lujo brilla y las degradaciones con que la opulencia se ostenta? La miseria misma ha abandonado su aspecto de hambre y de tristeza, y se ríe de su propia desdicha; porque ¿á quién no alegra ver á los cojos que bailan, á los ciegos que cantan, á los tullidos que saltan en medio de las calles?

Yo recuerdo en este instante la fuerza de atracción que ejerció sobre el mundo civilizado el espectáculo que París ofrecía inmediatamente después del desastre de la *Commune;* apenas hubo persona ó familia medianamente acomodada que no acudiese á recrear el ánimo contemplando las huellas del desastre. Medio mundo se citó en París: aquello fué la feria de las ruínas. La catástrofe, por prodigiosa transformación, quedó convertida en romería, en algazara, en fiesta.

II.

Ello es que ha llegado el momento de que contemplemos las desgracias ajenas, y aun las desgracias propias, con cierta desdeñosa indiferencia, porque, sean las que quieran las tribulaciones íntimas que aflijan nuestro ánimo, fuera de nosotros mismos todo nos sonríe. No sé qué pueda acontecer de sombrío y pavoroso que no nos proporcione ocasión y motivo de animación y regocijo; y llego á presumir que sólo el día del juicio final nos ha de traer serios disgustos, porque, una vez consumado el trastorno, no sé con qué género de fiestas podremos celebrar el fin del mundo.

Mas dejando esa lejana perspectiva, oculta en las oscuridades de lo porvenir, hoy por hoy, hemos convenido en que solamente sean desgraciados aquellos que privadamente se empeñen en serlo; porque, bien alambicado todo, en medio de tantas y tan prósperas felicidades, sólo puede consentirse la desdicha como acto puramente individual, íntimo, subjetivo, hijo del capricho particular de cada uno, independiente de la felicidad común, y que viene á ser, como si dijésemos, el *Habeas corpus* de ese ser invisible é impalpable que cada hombre lleva dentro de sí mismo.

Fuera de ese único refugio concedido á las des-

dichas humanas, es muy cierto que, quieras que no quieras, por combinación feliz de las cosas y de los sentimientos, hemos venido á parar en que la alegría sea la expresión pública y unánime de toda tristeza. Por el sistema antiguo no eran dichosos más que aquellos á quienes la felicidad concedía el derecho de serlo; mas nuestro procedimiento, mucho menos exclusivo que las parcialidades de la fortuna, convoca á la dicha común, sacando el regocijo público de las entrañas mismas de nuestras desventuras. Positivamente hemos llegado al supremo dominio de todas las cosas, en vista de que la misma desdicha nos adula y la desgracia misma nos sonrie.

Todavía conservamos la costumbre de afligirnos por la muerte de las personas queridas, y aunque pronto la algazara del mundo nos consuela, ello es que entornamos la puerta de la casa por algunos días en señal de duelo, y nos vestimos de negro en señal de luto. Mas cualquiera que sea nuestra pena, buscamos en las pompas de la vida algo que nos ayude á sobrellevar el pesar de la muerte. ¡Qué pérdida tan irreparable!.... Cierto. Pero ¡Santo Dios! ¡Qué entierro tan espléndido!.... La comitiva acude más cortés que piadosa. El duelo se despide en el cementerio; no es posible hacerle pasar de alli. ¡Qué adiós tan eterno! Sin duda; tan eterno, que el mundo le vuelve desde aquel momento la espalda para siempre al que queda enterrado.

Oid la última palabra de la familia afligida: «Se suplica el coche.» Se ruega esa última ostentación de la vanidad humana, porque hay que cubrir con la pompa de la vida la miseria de la muerte. Además, ¡qué gran sentido filosófico encierra! El coche, sí, para que el duelo pueda volverse á escape.

Ciertamente condenaríamos á severa crítica á la familia que en estos casos fúnebres omitiese esas demostraciones suntuarias de su pena, y abriera las puertas de la casa, se engalanara con sus mejores adornos y convocara á una fiesta más ó menos espléndida, porque aún esa manera de sentir no ha penetrado en los sagrados rincones de la vida íntima; mas de puertas afuera, hemos arreglado las cosas de muy distinto modo.

Es indudable que en el orden de los medicamentos morales, no hay específico que mitigue las tristezas del alma tanto como las explosiones de la alegría. Sin embargo, el procedimiento es algo metafísico, y no han de acabar de entenderlo los corazones seriamente afligidos.

Mas si particularmente no es fácil aplicar el remedio del regocijo á la enfermedad de la aflicción, tomada la descendencia de Adán colectivamente, en conjunto, como familia humana, es cosa corriente y generalmente admitida que por medio de la alegría común, de la algazara en comandita, mitiguemos los sinsabores de las desdichas públicas.

Con tan perentorio recurso, los anuncios de calamidades que de continuo esparce la rapidez del telégrafo, agorera incansable de desdichas, no son ya para nosotros noticias de pavorosas desgracias que nos contristen y nos aflijan, sino antes bien motivos continuos de súbitas diversiones, por medio de las que excitamos nuestra conmiseración, entristeciéndonos, si me es permitido decirlo así, á carcajada tendida.

III.

—¿De qué se trata?

—Se trata de una inundación que ha sumergido pueblos enteros, de terremotos que han asolado extensas comarcas, de huracanes que han aniquilado regiones feraces.

—¿Y bien?

—¡Oh! Que de allí nos venía como en tributo á nuestro regalo la perfumada piña, la animadora pimienta, el café soñador ó el delicioso tabaco que aspiramos en jugoso humo.

—¿Y qué hacemos ante tanta desdicha?

—Claro está: hay que acudir de algún modo á remediarla.

—¿Y cómo?

—La cosa es clara.

—Veamos.

—Pues mire V. atentamente, y verá que el desastre que lamentamos es la ocasión más propicia que se nos puede ofrecer para divertirnos.

—¡Sí!

—Como V. lo oye. Somos demasiado felices para que se pueda llamar á las puertas del corazón moderno con la voz de las desdichas; antes bien, para que conteste, hay que llamar con la voz del regocijo. ¿Me va V. comprendiendo?

—Todavía no acabo de comprenderle.

—Mire V.; una inundación, un terremoto, un huracán, son ciertamente tres catástrofes. Nómbrelas V., y huirá la gente, cielos y tierra; pero anuncie con ese motivo funciones de teatros, bailes, conciertos, corridas de toros, y esa misma gente se despepitará por acudir al llamamiento y se quitará los billetes de las manos. ¿Comprende V.?

—Sí, ya voy comprendiendo.

—Mire V.; yo sé algo de historia, porque no vengo de arar, y me río de los tiempos heroicos, porque no sirven para descalzar á nuestros tiempos.

—¡Hombre!

—Óigame V. Cuando á Leonidas le dijeron que las flechas del ejército de Jerjes cubrían el sol, se encogió de hombros, y dijo: «Mejor: así pelearemos á la sombra.» Y eso se ha puesto en las nubes.

—¿Y qué?

—¿Qué?.... Que vengan á decirnos á nosotros que el mundo se hunde, y verá V. lo que es bueno.

Verá V. cómo nos restregamos las manos, diciendo: «¡El mundo se hunde!.... Mejor; ahora sí que vamos á divertirnos.»

IV.

Véase cómo la vida vendría á ser un fastidio insoportable, si la pavorosa voz de las calamidades públicas no resonara con frecuencia, anunciándonos, ya un desastre, ya otro, como ocasiones inexcusables de fiesta y de algazara.

Ya sé que este sistema de constante regocijo no ha traspasado aún los límites de las grandes poblaciones; pero poco á poco se irá civilizando el mundo; porque eso de convertir la noticia de una catástrofe en anuncio de una fiesta, es descubrimiento que ha de llevar á los extremos más apartados de la vida moderna el secreto de hacer felices á los pueblos contra el empeño de las adversidades.

En esos días, en que las esquinas impasibles nos llaman con la voz de innumerables carteles, ofreciendo á nuestros deseos los más atractivos espectáculos, llevándonos de teatro en teatro, de concierto en concierto, de baile en baile, de recreo en recreo, de diversión en diversión, de solaz en solaz, de placer en placer, de alegría en alegría, no hay que preguntar el motivo de tanta algazara, porque ya sabemos que se trata de una catástrofe.

Porque ¡oh tierna expresión de la sensibilidad humana! No hay empresa, sociedad ni compañía de esas que viven de la afición pública á todo espectáculo, que no tenga en ese momento el cartel más triste que han visto los ojos de los hombres para despertar en la muchedumbre el deseo de divertirse y regocijarse.

Y no hay manera de resistirse á la tentación de esa alegría, porque sería una crueldad negar el óbolo de nuestro contento cuando se nos pone delante el platillo de uno ú otro desastre. ¡Oh, sí! Hay que asistir á la fiesta que nos solicita, para poder exclamar: «¡Qué alegremente nos hemos afligido!»

En resumen: sólo por capricho se puede ser ya desgraciado en el mundo; porque se han arreglado las cosas de modo, que fuera de nuestros infortunios particulares, que después de todo á nadie le importan, la dicha en comandita nos sale al encuentro por todas partes.

Sin duda ha de ser la época más dichosa del mundo esta en que hay necesidad de colocar centinelas en las alturas de los puentes para que la gente no se tire de cabeza.

Bien podemos exclamar: «¡Oh tiempos felices!»





REALISMO

NALIZAR es destruir.

¿No?

Pues bien: es descomponer. Me da lo mismo.

Contemplemos las cosas que nos rodean y tomémoslas á ojo de buen cubero, si es que pretendemos conservar algo de lo que poseemos para nuestro particular recreo, porque comúnmente el encanto que experimentamos con la presencia de las cosas que nos deleitan ó que nos son más agradables, tiene mucho de perspectiva, pues esas cosas vienen á ser, poco más ó menos, sacos dentro de los que no se debe meter la mano, en atención á que, generalmente hablando, están vacíos.

Analícese, aunque no sea más que por un momento, el desbordado raudal de la riqueza que nos

inunda, y nos veremos en la necesidad de pedir limosna.

No penetremos nunca en el misterio de lo que gastamos, y así ignoraremos siempre el secreto de lo que debemos.

Una liquidación es un análisis, y liquidar es arruinarse. Me parece que en el lenguaje comercial hemos convenido en que una casa en liquidación es una casa en ruína.

Convengamos, por lo menos, en que no hay nada que descomponga tanto el armonioso conjunto de un bolsillo como una cuenta no satisfecha.

Todas las cosas tienen su vida privada, su vida íntima, como si dijésemos, su hogar doméstico; vida que se nos escapa al querer penetrar en sus misterios. Así es que, si nos empeñásemos en hacer la disección anatómica de un hombre vivo, al cabo de la operación nos encontrariamos con un cadáver, del cual se nos había escapado el misterio de la vida entre los dedos.

Fijémonos bien, y observaremos la descomposición social que nos invade, y advertiremos que ese fenómeno es señal de que la sociedad se encuentra bajo la acción destructora del análisis, porque la corrupción es analítica por su naturaleza.

Yo digo: la mayor parte de las superficies brillantes que nos rodean y nos deslumbran hay que tomarlas sin penetrar en el fondo que ocultan, y hay que hacer con ellas lo que frecuentemente se hace con las monedas falsas, esto es, tenerlas por ver-

daderas y darlas á todo el que quiera tomarlas. Vaya V. á analizar un billete de Banco, y se encontrará con que, en último resultado, no tiene más valor que el que ofrece bajo su palabra.

Analizar una moneda equivale á fundirla ó deshacerla, á desautorizarla, á tirarla por la ventana, realmente á quedarse sin ella; porque se va alambicando tanto el uso de los metales ricos en la fabricación de la moneda, que pronto no tendrán más valor que el de la forma externa. Entre tanto, todo el que posee un duro falso, y lo averigua, queda *ipso facto* comprometido á perder veinte reales.

La cosa es clara: para medir las regiones misteriosas que á nuestros ojos desenvuelve la luna de cualquier espejo, hay que romper el cristal en que están contenidas; y, ¡oh desdicha humana!, roto el cristal, desaparece el espejo.

Quiero decir que las cosas hay que tomarlas al pie de la letra. ¿Qué importa lo que sean, si nos agrada lo que parecen?

Mil veces desdichado el químico que intente analizar el bello compuesto de una mujer hermosa.

Cada hombre ve desde el punto en que está el límite de sus deseos; el camino es largo ó corto, ancho ó estrecho, áspero ó suave, cuesta arriba ó cuesta abajo; de cualquier modo que sea, lo emprende, y llega más tarde ó más temprano. ¿Y qué? Que hay que volver á empezar, porque el límite, que se estaba tocando con la mano, aparece mucho más lejos todavía.

La realidad es como el horizonte: siempre está más allá de donde le vemos. El día en que en el lenguaje de los hombres las palabras expresen el verdadero concepto de las cosas, realidad querrá decir perspectiva.

Entre tanto, los espíritus prácticos, dejándose de locas apariencias, yendo, como vulgarmente se dice, al grano, han inventado una suma, una cifra, un valor que no hay número para expresarlo, y hán dicho: «Lo positivo.» De esta manera creen haber sumado todas las realidades de la vida. Pues bien: lo positivo es una cantidad, una riqueza, un *summum* de dicha material que aún no ha visto nadie realizado.

Precisamente el hombre positivo es aquel á quien siempre le falta algo, bastante, mucho, quizá todo.

En esta escuela práctica de la vida positiva, se ha desenvuelto el principio, ya universal, de que la riqueza es la representación, digámoslo así, técnica de todas las felicidades humanas; pero al echar la cuenta, nos resultan, en números redondos, dos sumas contradictorias.

¿Quién quiere ser rico?

Todos.

¿Quién lo es?

Nadie.

¿Por qué?

Porque mucho no es nada, si no es todo lo que se quiere, y se quiere todo.

Creso es el ideal de los ideales. ¿Quién no lo conoce? El estrépito de sus millones resuena por todas partes; su fausto no tiene competencia; sus trenes retumban sobre el empedrado de las calles como trenes de artillería; sus salones deslumbran; su mesa es capaz de resucitar á un muerto; su influencia es decisiva, porque lleva consigo el triunfo avasallador de la riqueza.

Da un te, y es una letra abierta.

Los capitales se doblan en su presencia.

Su palabra es oro; su firma siembra prosperidades.

Nosotros llamamos á ese poema oscuro, tan impenetrable como el de Goethe, lo mismo que el poeta alemán llama al suyo: lo llamamos fausto.

He ahí lo positivo, la realidad deslumbradora de la vida, el realismo de la felicidad humana.

Analicemos rápidamente tan risueña perspectiva; acerquémosla á nuestros ojos, aunque por un momento se desvanezca el encanto.

Veamos, ante todo, quién es de quién. ¿Los millones pertenecen al hombre, ó es el hombre el que pertenece á sus millones?

¿La opulencia es un despilfarro ó una especulación?

¿Su lujo es lujo ó negocio?

¿Es prodigalidad ó avaricia?

¿Da ó siembra?

Cuando arroja el dinero por la ventana, ¿resta ó suma?

Cuando da una fiesta, ¿se divierte ó negocia?

Su coche va siempre á escape. ¡Oh cuenta de la vida! Le sobra oro y le falta tiempo. Desde el último rincón de sus caballerizas hasta la cama en que duerme, todo es tienda, y almacén su palacio.

Si bien se mira, es un jornalero que pasa el día y la noche en el taller de sus negocios, tirando de un millón, de diez millones, de cien millones. Viene á ser el primer empleado de su casa, mozo de cordel siempre cargado con el fardo de sus ganancias.

En su casa es un artesano, en la calle un negociante, en los salones un mercader, en las antesalas de los poderes públicos un pretendiente.

Pide, solicita y adula.

Compra, alquila y soborna.

Su mano, semejante á la de los pobres que imploran la caridad pública en las esquinas de las calles, la encontraréis siempre extendida y abierta, no para dar, sino para recibir, porque este hombre, práctico y positivo, no tiene nunca bastante.

Para él no hay más acciones buenas ó malas que las acciones de las empresas que prosperan, ó las acciones de los Bancos que quiebran.

Á sus ojos no hay más títulos que los de las deudas que están en alza en las cotizaciones de las Bolsas.

Analizad, pues, ese compuesto de grandeza, de opulencia, de esplendor y de fortuna, y encontraréis en el fondo del conjunto, tal vez al más pequeño

de los hombres, acaso un bolsillo lleno, y con frecuencia un corazón vacío. Ó, lo que es lo mismo: el más cruel de los desengaños; la miseria en el fondo de la riqueza misma. ¿Á qué buscar con implacable escalpelo tantas tristezas escondidas en las entrañas de tantas alegrías?

Aceptemos como realidad las locas quimeras de lo positivo, y si no somos dichosos, quiere decir que acabaremos por creer que lo somos.

La ciencia ha multiplicado la extensión de la mirada por medio de ingeniosos instrumentos, y ha penetrado en el foco luminoso del sol que nos alumbra, y en medio de torrentes de luz ha descubierto que el sol tiene manchas. Afortunadamente, el astro del día no se ha ofendido por semejante descubrimiento, y continúa, indiferente y majestuoso, alumbrando á la tierra como si tal cosa.

El crisol funde el diamante, y el análisis penetra en el fondo de su composición, y sólo encuentra carbono cristalizado; pero el misterio de sus luces persiste, la piedra preciosa no se da por ofendida, y la naturaleza, indiferente, reproduce sus brillantes ejemplares.

El diamante se ríe del análisis á que se le ha sometido, porque el hombre no ha sabido más que destruirlo.

II.

Lo positivo es el realismo de la vida práctica, de la vida material. No sería justo negàr á nuestro siglo lo que podemos asegurar que forma el fondo auténtico de su carácter; por más que alguna vez aparezca medio oculto por ráfagas pasajeras de fugitivo entusiasmo, no le es posible hacer traición al positivismo que le encadena. Pudiera decirse que el hombre moderno, despojándose de las brillantes quimeras que han sido siempre como los resplandores del espíritu humano, ha entrado resueltamente en posesión de la realidad de las cosas.

Ello es que parece emancipado del yugo que le imponían las locuras de la imaginación y las visiones de la fantasía, y que, digámoslo así, más juicioso, más reflexivo, sólo se deja guiar por el impulso de los instintos.

En la realidad busca el encanto de la vida; le que no se pesa, lo que no se mide, lo que no so cuenta, lo que no se cotiza, lo que no se subasta, pertenece á un mundo imaginario, enteramente fantástico, que no tiene traducción posible en el tanto por ciento de la vida práctica.

Este hombre, tipo propio de nuestra época, que de tejas arriba sólo ve el espacio, el vacío, la soledad, nada, y de tejas abajo caminos de hierro, opu-

lentas ciudades, empresas, Bancos, negocios, Bolsas, dinero, todo, va siempre al grano. Semejante á las letras de cambio, marcha constantemente en busca del valor que representa, y sólo en la prosperidad de los intereses materiales encuentra la realidad de la vida.

Hasta en la realidad misma de las cosas suelen observarse curiosas contradicciones. Por ejemplo: hoy, quieras que no quieras, las majestades reales empiezan á cotizarse en baja, al mismo tiempo que los sueños de la república empiezan á realizarse. Pues bien: al paso que ya casi todos somos republicanos, la ciencia, el arte, la política, las costumbres son cada vez más realistas.

La filosofía, cansada, por lo visto, de vanas abstracciones, ha hecho sencillamente de su capa un sayo, y se ha declarado *positivista,* y niega resueltamente todo lo que está fuera de los límites de la demostración humana; mas aún, de la demostración científica, como vana quimera, loca preocupación ó necia paparrucha. Niega, pues, la cuadratura del círculo, en razón á que científicamente no puede demostrarse.

Nos ha incomunicado con el mundo de los sentimientos, que jamás explicará la ciencia positiva. De esta manera simplifica la vida moral, reduciendo el alma á completa nulidad, más bien suprimiéndola como mera preocupación, porque, vaya V. á demostrar geométricamente la autenticidad de este ser invisible, que ve con nuestros ojos, habla con

nuestra lengua y anima nuestra vida , por más que cada cuál lleve dentro de sí mismo la revelación de su presencia.

Así nos ha despojado de las ilusiones de la fe, porque, sea la que quiera la necesidad ingénita del espíritu humano, en punto á creer lo que está fuera del alcance de la razón, es lo cierto que para la vida práctica, para la vida mecánica y positiva, basta con la fe pública encomendada á la proverbial honradez de los escribanos. La ciencia no puede ya admitir otra.

De la misma manera nos ha arrancado de la esclavitud de la esperanza, porque, en fin, ¿qué es esperar más que perder el tiempo? ¿Qué plazo es ese sin estipulación previa, que no consta en instrumento público con presencia de testigos, cuya realidad legal haga testimonio en juicio? ¿Á qué tribunal se puede llevar la queja de las esperanzas defraudadas? La ciencia *positiva* sólo puede admitir las esperanzas que recogen los pretendientes en las antesalas de los ministros, y aquellas con que recrean el ánimo los jugadores de lotería los días anteriores al sorteo. ¡Esperanza en otra vida! ¡Gran Dios! ¿Acaso puede ser mejor que la realidad auténtica de esta vida que gozamos?

Asimismo nos ha emancipado del dominio de la caridad; porque, vamos á ver: ¿qué hay de positivo en el interés que inspiran las desgracias ajenas? ¿Qué tanto por ciento devenga el capital que se aplica á socorrer las desdichas que no son nues-

tras? ¿Acaso dar una limosna es cobrar una letra? ¿Desde cuándo la piedad, la conmiseración, el sacrificio son títulos de la Deuda? Bueno que la filantropía arroje lejos de sí unas cuantas monedas, para que el espectáculo de la miseria no le moleste; pero ¡el amor al prójimo! ¡Dios santo! ¿Quién está más cerca de mí que yo? ¿Qué cosa hay en el mundo fuera de mí mismo que pueda interesarme?

El *positivismo* de la ciencia ha creado el positivismo de las costumbres y el realismo en el arte.

Realismo artístico, disección asquerosa, si se quiere, de todas las miserias humanas, pero al fin instructiva en punto á degradaciones morales. Exaltación de todas las pasiones; sea enhorabuena, mas al cabo hay que convenir en que, no sólo de pan vive el hombre, y justo es darle á la naturaleza lo que le pertenece. Realismo ó naturalismo, ¿qué más da? Justificación de todos los vicios, ¿por qué no? ¿Acaso el hombre no los paga bien caros en la vida, para que se le pueda negar el derecho á poseerlos? ¿Espectáculo constante de los cuadros más vergonzosos? Bueno; pero se trata de los sagrados derechos de la industria, y así como á una mujer hermosa no se le puede prohibir que trafique con sus encantos, del mismo modo hay que consentir que la inspiración, ó lo que sea, negocie las miserias humanas y realice sus mercancías. ¿Gana? Pues está en su perfecto derecho. ¿No es acaso el oro la última palabra positiva de todas las cosas? ¿Por qué razón ha de ser más lícita la prosti-

tución de la mujer hermosa que la prostitución del arte?

Al *positivismo* brutal de la ciencia ha sucedido el realismo grosero del arte, porque á la anarquía de las ideas sucede siempre la corrupción de los sentimientos. Muerta el alma por la acción de esa ciencia, claro está que han de corromperse las costumbres por la acción de ese arte.

La literatura, encargada de animar y embellecer los nobles sentimientos, nos ofrece hoy obras que al desorden material de la forma unen el desorden moral de los pensamientos; porque la corriente *positivista*, que todo lo invade, pasa de las universidades á los teatros, de los libros de texto á los de recreo, de la cátedra á la novela y al drama, del catedrático al poeta.

Este realismo literario, que parece complacerse en buscar los elementos de sus fábulas en las hediondeces de la sociedad, como si no hubiera ya más género humano que el que se revuelca en los lupanares ó se arrastra en los presidios, no tiene, digámoslo en honor de su gloria, más competencia que aquella que le hacen en el gusto público la estadística criminal de los tribunales y las colecciones patibularias de las causas célebres.

Acaba de decir la ciencia que el hombre es Dios, y el arte del día, con un instinto satírico de que él mismo no se da cuenta, nos advierte casi diariamente que es el dios más despreciable que ha podido caber en cabeza humana.



PENSAMIENTOS COGIDOS AL VUELO

NTE todo, no me habléis tan ciegamente de la libertad humana, porque me vais á hacer creer que la virtud es una tiranía.

Yo sería el ser más libre que pisa la tierra, si me pudiera rebelar contra mi propia conciencia, obstinada en encadenarme al yugo de mis deberes.

Nada hay en el mundo que me mortifique tanto como el recuerdo de tu inconstancia. Pues bien: no sé pensar más que en ese recuerdo, que tan cruelmente me mortifica.

Ahora bien: ¿por qué queréis hacerme creer que mi pensamiento es libre?

¡Libertad! He ahí un deseo continuo que acabará por indisponernos con nuestras obligaciones, y por malquistarnos con nosotros mismos.

Enseñanza libre quiere decir que todo puede enseñarse.

He aquí el profesorado:

Los enfermos enseñan la lengua.

Los pobres enseñan los codos.

Los perros enseñan los dientes.

Cualquiera enseña los puños.

¡Quién no enseña la oreja!....

En el lenguaje vulgar, que es el sentido común del lenguaje, la palabra *libre* suena lo mismo aplicada á una mujer que á un hombre.

En ambos casos quiere decir lo mismo.

La filantropía es el recurso de que se vale el

egoismo, que es humano, para huir de la caridad, que es divina.

Es la tierra volviéndole la espalda al cielo.

Me inclino á creer que eso que llamamos publicidad es una ficción de nuestras costumbres, porque no consiste precisamente en lo que se habla á voces, sino más bien en lo que se dice al oído.

Todo lo sabemos, es verdad; pero lo sabemos en secreto.

Hay una especie de instrucción privada fuera de las Academias, de los Institutos y de las Universidades, que constituye un estudio muy importante para los que pretenden tener al dedillo los elementos de la historia contemporánea.

Cada descubrimiento de esta ciencia auxiliar, que se va formando por sí misma, se transmite de individuo á individuo, de casa en casa, de familia en familia, de círculo en círculo, con el mayor secreto.

Murmuración se llama esta ciencia.

Ella todo lo averigua, todo lo explica, todo lo sabe y todo lo dice.

Constituye una especie de comercio mutuo, íntimo, cambio recíproco y continuo de cuentos, fábulas, historias.... que se establece en toda reunión amena de seres humanos.

Murmurar es una de las cosas vergonzosas que todos hacemos.

La murmuración se parece al humo.

¿En qué?

En que se disipa pronto y en que ennegrece todo lo que toca.

A la vez se parece á la lima sorda, en que corta sin ruído, y á la gota de agua en que rompe la piedra.

Véase qué disparate: murmurar es sacar á relucir las oscuridades de las vidas ajenas.

Dice la Gula:

«¡Dios mío! ¿Por qué las perdices escabechadas no han de ser tan grandes como los avestruces?»

Dice la Avaricia:

«Si todo fuese mío, aún seguiría codiciando lo ajeno.»

Dice la Pereza:
«Mañana.»
Dice la Envidia:
«Lo que más deseo, es lo que más aborrezco.»
Dice la Soberbia:
«Yo.»

Un billete de Banco no es más que una pregunta absurda.

Prestadle atención, y veréis que dice:

«¿Dónde está el dinero que yo llevo?»

Tres cosas alemanas, ante las que me detengo siempre que pienso en ellas:

La cerveza, que no me gusta.

La filosofía, que me marea.

Y la música, que no la entiendo.

La velocidad de la locomotora, la rapidez del telégrafo, la precipitación de los sucesos.... todo nos dice que vamos á escape.

¿Quién nos persigue?

Parecemos criminales descubiertos que huímos de la justicia de nuestra propia vida.

La ambición es la pasión humana que tiene más necesidades.

Para bañarse, necesita el Océano.

Para navegar, necesitaría todas las aguas del diluvio.

En su mesa hay que servir elefantes en salsa y ballenas en conserva.

Á falta de estos alimentos, devora pueblos y engulle naciones enteras.

La economía, ó es una necesidad antigua, ó una ciencia moderna.

Como necesidad, aconseja el ahorro, y como ciencia, aconseja el lujo.

Y véase de qué manera un hombre puede ser á la vez dos cosas enteramente opuestas.

Una, si es económico.

Otra, si es economista.

He visto amanecer algunas veces, y he aquí lo que he visto:

Algo de ese interés inquieto con que una mujer arregla sus cabellos, compone la sonrisa, dulcifica las miradas y pregunta á los espejos, cuando el reloj incansable interpone los últimos segundos entre el hombre que viene y ella que espera:

Algo del asombro con que Adán debió ver por primera vez, entre las frondosidades del Paraíso, los delicados contornos de Eva :

Algo del desorden de vestidos y joyas, de adornos y colores, de cintas y lazos, que aparece en el cuarto de una actriz pronta á salir á la escena:

Algo del movimiento de palabras y de sílabas en que debe hervir la cabeza de un poeta en los misteriosos instantes en que toma forma luminosa su pensamiento :

Algo del resplandor indefinible que brilla en los ojos en el punto mismo en que van á romper á llorar:

Algo, en fin, del relámpago que ilumina los semblantes más tristes en el momento en que la boca va á sonreir:

Después.... después no he visto nada, porque ya era de día.

Los árboles tienen copas, y los pájaros anidan en las copas de los árboles.

Los sombreros tienen copas, y los hombres meten las cabezas en las copas de los sombreros.

Véase por qué las cabezas de los hombres suelen irse á pájaros.

El frío es la ausencia del calor.

La oscuridad es la ausencia de la luz.

La muerte es la ausencia de la vida.

De la misma manera el error es la ausencia de la verdad.

Por eso la verdad es el calor, la luz, la vida.

Por eso el error es el frío, la oscuridad, la muerte.

El espectáculo de las buenas acciones es el ejemplo.

El espectáculo de las acciones vergonzosas es el escándalo.





NUESTROS TIEMPOS

I.

Hemos convenido en que la imagen del tiempo se nos representa bajo la figura de un anciano oprimido por el peso de la edad; encorvado bajo la pesadumbre perpetua de la vida; triste, como si para él no hubiese consuelo en el mundo; sombrío, como si llevara en su pensamiento todas las desesperaciones de la tierra; mudo, como quien ha pronunciado su última palabra; implacable, como quien ha resuelto acabar con todo.

Nuestra imaginación no se contenta con esos rasgos característicos que forman la imagen estereotipada del tiempo, y se le ha añadido, como complemento necesario, la terrible guadaña con que también pintamos á la muerte, ni más ni menos que si la muerte, que todo lo acaba, y el tiempo, que todo se lo lleva, fuesen una misma cosa.

Así lo vemos representado, cubriendo con sus alas incansables las esferas de los relojes que palpitan sobre los mármoles delas chimeneas, delante de los espejos que cubren las paredes de los salones.

Allí está, como animando el resorte que da movimiento á las agujas, haciéndolas señalar el curso fugitivo de las horas. Parece que nos incita á devorar los goces de la vida, y al mismo tiempo parece que se burla de la precipitación con que vivimos.

Parece además que á la vez nos empuja y nos detiene.

Si consideramos su inmovilidad, creeremos que yace sumergido en un reposo eterno; mas contemplando la tensión de sus músculos, la actividad que, si puede decirse así, da movimiento á la misma inmovilidad de la figura, lo veremos huir sin que ninguna fuerza humana pueda detenerlo.

Pasa sin alejarse; se va, y permanece.

Convengamos, pues, en que el arte ha realizado un prodigio, encerrando la idea inmensa del tiempo dentro de los límites de la figura humana; mas reconozcamos también que el prodigio es bastante incompleto, en razón á que ese concepto extraño está fuera de los límites que alcanza el arte de los hombres. Porque ¿cómo se encuentra la imagen fiel de aquello que carece de toda imagen?

Eso sí, se le ha encontrado en el lenguaje un nombre, que ni lo define ni lo explica, pero que al

fin lo designa ; y ¿qué más necesita el orgullo humano para creerse al cabo de la calle, cuando precisamente se trata de una calle que no tiene límites? Se trata de la gran calle abierta al movimiento del universo, á las creaciones sucesivas de la naturaleza y al curso de las generaciones.

Ciertamente no es posible dar alguna idea acerca del tiempo sin apelar al recurso de los años; mas he aquí que la figura de un anciano con que el tiempo se nos representa, no es exacta, en razón á que el tiempo no envejece nunca.

Sería preciso reunir en una misma imagen la ancianidad y la juventud ; un viejo perpetuamente joven sería la imagen verdadera del tiempo. Para expresarlo hay que reunir en una misma idea estas dos palabras opuestas : «Un instante eterno.»

Sumad días, siglos; echad sobre sus hombros el peso de todas las edades; añadid á ese enorme guarismo toda la vejez de la eternidad, y el tiempo saltará á vuestros ojos, se escapará de vuestras manos, ágil, suelto, ligero, ni más ni menos que si acabara de entrar por las puertas de la vida.

Y bien : ¿ cómo comprendemos en la breve capacidad de un guarismo cantidades sin número?

¿Dónde está la palabra humana que pueda contener la inmensidad de ese concepto sin límites?

¿Por dónde ha llegado á nuestra noticia esa idea que se escapa á la sutileza de nuestra razón?

¡La ciencia!....

¡Oh! El sentimiento de la eternidad es en el

hombre anterior á toda sabiduría humana, y es, á la vez, inexplicable é inextinguible.

¿Qué cosa es el tiempo?

Digámoslo: casi no pasa de ser una nueva suposición, una realidad enteramente fantástica, una idea de la que apenas se tiene una idea.... Un mito.... nada.

II.

—¡Nada!.... Famoso descubrimiento, que, sea como quiera, nos entreabre las puertas de la perpetuidad sobre la tierra, pues averiguada la nulidad del tiempo, cae por su propio peso la invención de los años, y, quieras que no quieras, acabaremos al fin por ser eternos.

Seguramente no contó Condorcet con este recurso para prometernos la inmortalidad, ni Renan lo ha tenido presente para anunciarla de un día á otro; pero ello es que estos dos sabios la han adivinado; sólo nos queda que hacer el último esfuerzo.

Parad el magnífico reloj del universo; suspended en su momento más espléndido la vida de la naturaleza, y desaparecerán las horas que huyen, los días que pasan, los años que envejecen, y en medio de esta universal parálisis, podremos reirnos de la muerte.

Y.... ¡quién sabe! ¿No es esta la exclamación

definitiva de la ciencia moderna ?.... ¿No es la duda el principio mortal de toda nuestra presente sabiduría ?.... Pues bien : ¿quién sabe si nos acercamos al momento geológico de la petrificación humana? Vemos que el corazón se endurece, que el espíritu se metaliza, que los sentimientos y las ideas, las leyes y los sistemas, el arte y las costumbres se materializan, y, en medio de la grosera cultura que nos invade, helada el alma por el egoismo, al cabo de tantas vueltas, bien podemos pensar que sea la última evolución del progreso moderno el hombre fósil, esto es, la sociedad en el estado físico del positivismo neto.

Ello es que decimos tiempo, lo mismo que decimos espacio, dos capacidades sin término, dos soledades sin límites, que descubrimos sin verlas, que palpamos sin tocarlas, que reconocemos sin comprenderlas, y en las que encuentran colocación el universo y sucesión las generaciones.

Cero inmenso de una aritmética impenetrable que contiene en sus ilimitadas soledades la cantidad innumerable de todo lo criado.

Suprímase la creación, y lo que llamamos tiempo desaparecerá, como desaparece la sombra al desaparecer el cuerpo que la proyecta, porque, en resumen, el tiempo no es más que una condición de la vida, la relación cronológica de las cosas, el orden inalterable en el movimiento de la naturaleza y en el curso de los acontecimientos humanos.

Todavía no hemos podido convencer á los ojos

de que es la tierra la que da vueltas alrededor del sol, como vuela una mariposa alrededor de una lámpara, y decimos: «el sol sale,» «el sol se pone;» le atribuímos nuestro movimiento, nuestra instabilidad, y lo medimos por nuestros pasos sobre la tierra, por los latidos de nuestro corazón, por las pulsaciones de nuestra vida.

Imaginaos un espejo en cuyo cristal inmóvil se van sucesivamente reflejando las imágenes fugitivas de todo lo que está condenado á perecer, y tendréis del tiempo la idea más exacta que puede concebir el conocimiento del hombre.

El tiempo no pasa, somos nosotros los que pasamos. Si viene, ¿de dónde viene?.... Si va, ¿adónde va? No podemos detenerlo ni nos es posible anticiparlo. Es siempre el mismo instante repetido millones de veces; es la eternidad vista por el estrecho agujero del momento en que vivimos.

La eternidad es inmutable, es un instante sin fin, en ella está todo presente; en el tiempo todo es mudable, todo es fugitivo, todo acaba; lo presente es un soplo, lo pasado un recuerdo, lo porvenir una esperanza.

Tiempo, en el lenguaje de los hombres, no expresa más que una idea de relación, un sentido de referencia á los fenómenos de la naturaleza y al curso de los acontecimientos humanos. Viene á ser una suma fantástica á la que vamos agregando días, meses, años y siglos, esto es, series de hechos, fechas que se van encadenando en orden subversivo

para formar la historia del universo y la historia del hombre.

¿Qué es?.... Un misterio que se burla de la ciencia; que se mofa de la juventud; que se ríe de la vida, de la ambición y de la gloria; que nos saca de la cuna y nos lleva al sepulcro; que nos cubre de flores para después cubrirnos de arrugas; que nos pone primero la sonrisa en los labios, para ponernos á los pocos pasos la tristeza en el alma; que siembra en nuestros corazones las semillas de todas las esperanzas, para dejar más tarde en el fondo de nuestra memoria los abrojos de todos los recuerdos.

Si se mide por el placer, es un soplo; si se mide por el dolor, es un siglo.... Si esperamos una alegría, ¡cómo tarda! Si tememos una desgracia, ¡qué pronto llega!

Su movimiento es siempre igual, uniforme, inalterable, como el movimiento de los astros y el curso del universo; pero cada uno tiene su medida para fijar la lentitud con que llega ó la rapidez con que pasa.

Diremos que es el camino de la vida, porque donde el tiempo acaba, la eternidad empieza, de la misma manera que encontramos la inmortalidad al otro lado de la muerte.

III.

Tender la mirada á lo que me atrevo á llamar los espacios interminables del tiempo, equivaldría á echar la sonda en un mar sin fondo y sin orillas.

Preguntadle á la ciencia de las exactitudes en qué rincón de las matemáticas se esconde el valor de la última suma, y veréis que el número, multiplicándose millones de veces, permanecerá siempre á la misma distancia de la incógnita. Sumad, sumad sin descanso, y no llegaréis nunca á la última suma, porque la cantidad definitiva no pertenece á la aritmética de los hombres.

En el fondo de toda ciencia humana hay una boca entreabierta, medio desdeñosa, medio risueña, que á la vez se compadece y se burla de los vanos esfuerzos de la sabiduría del hombre. Allí está la *X* inexorable, impasible, con los brazos cruzados, desafiando el poder de nuestra inteligencia y la arrogancia de nuestro orgullo.

La imaginación, espantada, se detiene al borde de este misterio, y vacila suspendida ante los abismos del tiempo. Si nos fuera permitido suprimir el tiempo, el género humano viviría sobre la tierra sin porvenir y sin historia, sin recuerdos y sin es-

peranzas, viviría sin vivir, sería sin ser y existiría sin existencia.

Esa idea abstracta, ese elemento, si puedo llamarlo así, que carece de toda realidad, es absolutamente indispensable para que todo se realice, es la necesidad absoluta de la vida de todo aquello que ha nacido condenado á muerte.

Sin tiempo no hay acción, y la acción es el alma del lenguaje humano; es como la actividad que anima á las partes de la oración, porque el verbo es la sangre de la palabra; se le siente palpitar en todo el mecanismo de las lenguas: no hay manera de expresar un pensamiento sin que la claridad del verbo lo ilumine. Omítasele por elegancia, por concisión, por modismo, ¿y qué? Es inútil: el verbo estará allí, implícito, como está la mirada en los ojos, como están los colores en la luz, como está el pensamiento en la frase: en toda palabra, sea el que quiera su valor gramatical, hay un verbo; sin verbo no hay lenguaje.

Todos lo sabemos: el momento oportuno es el que decide muchas veces del éxito de las cosas y del destino de los hombres; en un minuto más ó en un minuto menos suelen encerrarse las ocultas decisiones de la suerte. Llegar antes, es casi no llegar; llegar después, viene á ser lo mismo que no haber llegado. Pues bien: la oportunidad es el secreto que más cuidadosamente guarda el tiempo.

El cuarto de hora en las mujeres, la *racha* en los

jugadores, la fortuna en los ambiciosos, no consisten más que en llegar á tiempo.

¡Cuántas grandezas presenciamos, cuyo único mérito consiste en haber llegado en el momento oportuno! Y he ahí que el tiempo, con la misma facilidad que las trae, se las lleva.

Si bien se mira, todo es en el mundo cuestión de tiempo.

Además, el tiempo es el principal elemento de la música; todo en ella consiste en entrar á tiempo: por lo cual, sin duda, en medio del desconcierto europeo en que nos hallamos, el tiempo viene á ser la asidua ocupación de las grandes potencias.

Ved lo que sucede.

Rusia se empeña en ganar tiempo.

Turquía da tiempo al tiempo.

Alemania deja correr el tiempo.

Austria vive pasando el tiempo.

Francia no hace más que perder tiempo.

Italia, no pudiendo por ahora tomar otra cosa, se toma tiempo.

España se pasa la vida matando el tiempo.

Inglaterra, en fin, que ha descubierto que el tiempo es oro, sólo piensa en hacer tiempo.

Si ante la seriedad de los acontecimientos que ensangrientan á Europa nos es permitido un momento de hilaridad, podremos reirnos á la vez en las barbas de la astuta diplomacia y en las barbas de la formidable estrategia, porque cada una de

estas dos divinidades humanas, que se han apropiado el dominio del mundo, se cree árbitra de los sucesos, ni más ni menos que si una y otra tuvieran en sus manos los secretos designios de la Providencia. La primera cuenta con la virtud particular del protocolo, y la segunda con la eficacia ejecutiva de la victoria, como si los protocolos no fueran revisables y las victorias fueran invencibles. La justicia internacional no tiene otro modo de entenderse : ó se lava las manos en tinta, ó se las lava en sangre.

En presencia de la guerra de Oriente, ¿quién habría podido decidir de los futuros destinos de Rusia y de Turquía? ¿Un congreso ó una batalla?

En verdad, la suerte del mundo no está confiada al bárbaro estrépito de los cañones ni al egoismo más bárbaro todavía de los protocolos, porque hay siempre una mano invisible que detiene la carrera triunfal de los vencedores, y un soplo inesperado que derriba á lo mejor los castillos de naipes construídos por la diplomacia. Este incidente, nunca previsto, es un secreto que no está al alcance de la espada más victoriosa ni de la cancillería más astuta: lo mismo se ríe de la diplomacia que de la victoria; se oculta en rincones desconocidos para los hombres, y en el momento supremo del cálculo más agudo ó del triunfo más completo, se presenta, y todo lo deshace. Es un secreto que ni se conquista ni se soborna: se puede decir que está fuera

del tiempo, porque esta dificultad súbita en que se estrellan todos los poderes humanos, se designa con el nombre genérico de contratiempo.

Tal es el tiempo; pero el tiempo se divide en tiempos, y estos en que hemos nacido no son menos curiosos que el tiempo mismo; merecen verse, y otro día más despacio los veremos.

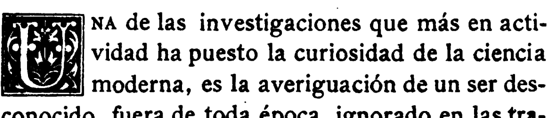




GALERÍA DE HOMBRES CÉLEBRES

I.

EL REY QUE RABIÓ.



Una de las investigaciones que más en actividad ha puesto la curiosidad de la ciencia moderna, es la averiguación de un ser desconocido, fuera de toda época, ignorado en las tradiciones más remotas, perdido en la oscuridad de los tiempos más lejanos, sin que haya dejado ni el más ligero vestigio de su paso por la tierra.

Viene á ser un problema planteado sin términos, cuya incógnita es siempre cero.

En rigor, equivale á buscar á tientas, en medio de la oscuridad más profunda, una cosa que no se le ha perdido á nadie.

Más claro: es, en resumen, la averiguación de la autenticidad de un hecho que nadie sabe.

Ello es que la ciencia, semejante al espejo maravilloso de Dupotet, se obstina en reflejar una

imagen, cuyo original no se encuentra en ninguna parte.

Este ser, digámoslo así, abstracto, realmente anónimo, y aun pudiera decirse científico, recientemente concebido por la fecundidad de la ciencia, ha necesitado un nombre interino y una fecha indeterminada para poder hombrearse con el resto de los mortales, mientras no aparece de algún modo, bien la partida de bautismo ó la partida de defunción que dé testimonio de su existencia.

Un hombre no es ciertamente una dificultad invencible, y los sabios tenían además necesidad urgente de designarlo de alguna manera, para saber á lo menos á quién buscaban.

El hombre y la fecha resultaron espontáneamente, y de la noche á la mañana se nos anunció la próxima aparición en los fastos científicos del *hombre prehistórico*.

Las señas que la designación nos proporciona no son, en verdad, inequívocas, porque *hombre*, como se ve, lo es cualquiera, y es patente que lo son muchos que no debieran serlo; y por lo que hace á lo de *prehistórico*, no es un dato bastante preciso para que sea posible identificar su persona, pues traduciendo al lenguaje vulgar la sabia designación con que se nos presenta, tenemos que *prehistórico* quiere decir simplemente: échele V. un galgo.

Sería curioso saber qué razones particulares inclinaron su ánimo para hacerle guardar, durante el

tránsito de su vida por la tierra, tan riguroso incógnito; mas se ocurre que debieron ser razones de mucho peso, en atención á que ha llevado la tenacidad de su propósito hasta el incógnito póstumo.

Evidentemente, no confió á nadie el secreto de su nacimiento, llevándoselo íntegro al otro mundo, y dejando únicamente á la perspicacia de nuestro siglo la gloria de adivinarlo.

Á pesar de la oscuridad que rodea el misterio de esa existencia humana, se descubre un rayo de luz, un hecho incontrastable; es de toda evidencia que nada hizo para legar á su posteridad más inmediata ni la más ligera memoria de su vida.

Esto es algo: discurramos.

Para renunciar un derecho, es preciso poseerlo; lo que no se posee no se renuncia.

Ahora bien: ¿cómo pudo renunciar á que su vida se reflejara en la memoria de los hombres que le sucedieron, si no poseía aquella misma vida que había de reflejarse?....

Vivió, pues, en una vida oscura, solitaria, impenetrable, cierto; pero vivió.

Mas ocurre preguntar:

¿Tuvo hijos?

Necesariamente: nosotros mismos somos el testimonio de que los tuvo.

Y bien: ¿aquellos hijos no conocieron á su padre? ¿No tuvieron nada que contar de él á los hijos de sus hijos?

No, porque en su empeño de ser perpetuamente

desconocido, debió apelar al recurso de morirse antes de tenerlos.

Otra vez nos sale al paso la obstinación de ocultarse, el designio tenaz de esconderse, el propósito invencible de incomunicarse con las generaciones que habían de sucederle.

Nuestra curiosidad, excitada de nuevo, pregunta: ¿Por qué?

La vida en medio de aquella naturaleza acabada de hacer, cuando todo empezaba á ser y todo convidaba á vivir, no había de sentirse de un modo tan insoportable que el *hombre prehistórico* renunciara á la satisfacción de prolongarla más allá de la muerte, viviendo en la memoria de aquellos que á su vez le debían el beneficio de haber nacido.

No se puede creer que fuese un padre tan desnaturalizado, que, rompiendo en un momento de mal humor los vínculos más estrechos de la sangre, de la familia y de la especie, abandonara á sus propios hijos á la inclusa del mundo, dejando toda su posteridad condenada á orfandad perpetua.

¡Ah! ¡Quién sabe!.... Acaso, comprendiendo todas las desdichas que debían caer sobre sus descendientes, ladeó sencillamente el bulto, dejando que Adán cargara con el mochuelo del género humano, legándole por toda herencia la responsabilidad del triste destino que alcanza el hombre sobre la tierra

Quizá no comparece ante el juicio de las generaciones, temeroso de avergonzarse al tener que reconocer en nosotros su descendencia.

El caso es que conserva acerca de su existencia la más profunda reserva. Se pregunta á la tradición, y enmudece; se pregunta á la historia, y calla; nos dirigimos á la razón, y mueve la cabeza, se muerde los labios y se encoge de hombros. La ciencia se cruza de brazos.

Cierto; pero hay un testigo que ha debido recibir el secreto de sus últimas confidencias.... Él posee en depósito el testimonio de su vida. Este testigo, mudo hasta hoy, puede hablar, y si habla, se descorrerá el velo que ciega nuestros ojos, y el *hombre prehistórico* aparecerá en toda la realidad de su ser primitivo allá en la penumbra del mundo, semejante á una sombra evocada por los conjuros de la ciencia.

Este testigo es el sepulcro, el gran sepulcro de la tierra, que debió tragarse aquellas generaciones, ni más ni menos que se traga las presentes. Hay, pues, que interrogar á la oscuridad de la muerte acerca de los misterios de la vida.

Como si se tratara de un crimen abominable que la sociedad no puede dejar impune, la ciencia ha pregonado la cabeza del culpable, y hay que presentarlo vivo ó muerto.

Se trata pura y simplemente de una exhumación, y sólo falta dar con los restos mortales que se buscan.

Se puede decir que la ciencia ha levantado un muerto, y sólo falta el cadáver.

Sí, la tierra no es tan avara de los secretos que

se le confían, que alguna vez no los descubra; preguntadle, y contestará; porque al fin es una vieja habladora que todo lo dice: si tuviera brazos, hablaría por los codos.

Vedla; apenas puede contener el secreto de las simientes: basta un soplo de aire, un rayo de sol y una gota de agua para que publique por todas partes el misterio de su fecundidad. Á lo mejor, rompe la dureza de la roca y arroja á la publicidad manantiales inesperados, que no sabe ocultar en su seno. Ella es la que, golpeándose el bolsillo como un hombre satisfecho de su opulencia, ha dicho: esto es plata, esto es oro, esto es hierro; ella misma es la que, haciendo alarde de la inagotable pompa de su fausto, nos ha descubierto las variadas generaciones de sus piedras preciosas. Todo lo dice: por la boca de los volcanes, nos habla con impetuosa elocuencia del fuego interior que la devora, y con los estremecimientos del terremoto, nos cuenta hasta las más íntimas palpitaciones de su vida.

Loca, mil veces loca, hace de continuo ostentación de sus riquezas, y nos habla á todas horas de sus secretos, como si pretendiera sobornarnos y seducirnos para avivar en nosotros el ciego afán de poseerla.

En la formación geológica de sus capas sucesivas, guarda, como apuntes de la historia de su vida, un museo arqueológico. Allí, de la misma manera que se conserva una mariposa entre las hojas de un libro, ha ido depositando los recuerdos fósiles

de las más antiguas aventuras de sus primeros años.

Cada una de estas capas representa una época, un período de tiempo; son como las señales que van marcando el paso de la tierra por sí misma, como las piedras miliares de un camino recorrido.

Pues bien: no hay más que descender al fondo de esas capas sobrepuestas, y allí, como en el fondo de una cámara oscura, debe estar estereotipada, fotografiada, profundamente impresa, la imagen del *hombre prehistórico*.

Ya tenemos, pues, en la mano la caja misteriosa: no hay más que abrirla: es el sepulcro donde descansa la imagen de sus restos mortales, y vamos á exhumarla: es el retrato auténtico, hecho por la naturaleza, y no nos será lícito desconocerlo; pero antes de descorrer el velo que nos oculta el misterio; antes de levantar la triple losa que nos oculta el cadáver, busquemos en el hombre mismo la filiación de su nacimiento.

Ningún ser de la creación ha podido nacer antes de que pudiera vivir. Es verdad que en el mundo en que nos encontramos, viven gentes que no sabemos cómo pueden vivir; pero en este punto la naturaleza es más exigente que la sociedad: no consiente que nadie viva sin las condiciones necesarias para vivir; por eso no permite que el cedro nazca en el fondo de los mares, ni autoriza al pólipo para que respire el aire puro de la atmósfera en la cima de las montañas.

Cada época geológica establecía condiciones particulares necesarias para que pudiera subsistir en ella la vida orgánica, y sea la que quiera la prisa que el hombre tuviera por venir á la tierra, debió, como el borracho del cuento, cruzarse de brazos, y, apoyándose en la esquina de la eternidad, esperar que pasase por allí su casa para meterse en ella; y es evidente que el hombre no nació hasta que pudo vivir; ni la Providencia ni la naturaleza habrían incurrido jamás en la extravagancia de dar vida á lo que no podía recibirla.

En el orden de la superioridad, el hombre es el primero de los seres creados sobre la tierra, y por lo mismo, en el orden cronológico de la creación, es el último, porque sin duda ya estaba concebida aquella idea de suprema justicia y de inmensa sabiduría en que está prometido que los últimos serían los primeros.

Aquí nos encontramos detenidos, sin poder pasar de la última transformación geológica, frente á frente de Adán, que nos corta el camino diciéndonos muy tranquilamente: detrás de mí no hay nadie; yo soy el primer pie humano que ha pisado la tierra.

Muy bien; pero nosotros no nos dejamos engañar fácilmente, y no nos basta el simple testimonio de su palabra. La vanidad tan propia del hombre pudo muy bien sugerir á Adán la idea de legar su nombre á la memoria de las generaciones futuras como el del primer propietario del mundo. Si por

una parte aceptó la responsabilidad de haber perdido el Paraíso, no quiso, por otra, renunciar el derecho á nuestra gratitud, dejándonos en usufructo el patrimonio de todas las riquezas de la tierra.

Muerto una vez á las delicias de aquella existencia, sin necesidades, sin dolores y sin angustias, claro es que querría perpetuar su memoria en nuestra admiración, instituyéndonos herederos del gran legado del mundo, cuya propiedad había adquirido á costa de su felicidad y de su vida.

Ciertamente, no es Adán un testigo irrecusable, y hay que buscar en la herencia misma el testimonio del primer propietario. Se puede decir que su celebridad nace de una usurpación de estado civil, porque se nos ha metido en la cabeza que el primer hombre que vino al mundo, es posterior á sí mismo; digámoslo de una vez, que Adán no es Adán.

He aquí por qué nos hemos propuesto encontrar en las profundidades de la tierra los restos mortales del *hombre prehistórico*; y si tropezamos con algún vestigio humano en cualquiera de las zonas geológicas en que el hombre no pudo subsistir, Adán se quedará en mantillas, y nosotros habremos conquistado el honor de una antigüedad más respetable.

La ciencia sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, y, firme en sus trece, pregunta á la sucesión de las capas geológicas si ha pasado por allí el difunto; pero la tierra esta vez calla, como un sepulcro vacío, y al cadáver del *hombre prehistórico*, tenaz-

mente oculto en el último rincón de su ignorada sepultura, se le reirán los huesos ante la burlada curiosidad de su sabia descendencia.

Tal es el estado científico de estas ruidosas investigaciones, cuando me ha ocurrido la idea de desenterrar la misteriosa galería de los personajes más célebres que han existido en el mundo, y hallándome manos á boca con la sombra indecisa del *Rey que rabió*, he creído ver un rayo de luz en medio de tantas oscuridades; un mundo desconocido ha pasado por delante de mis ojos, y dando una palmada sobre la mesa, que no siempre ha de ser sobre la frente, y apelando al vigor de una lengua muerta para dar más vida á mi pensamiento, he gritado como Arquímedes: «*Eureka*.»

Sí; la tradición enmudece, la historia calla, la tierra se da un punto en la boca, la razón vacila, la ciencia se detiene; pero me parece que la intuición popular habla.

Por las rendijas de esta antigüedad penetra un rayo luminoso; parece que la oscuridad intenta desvanecerse. Veamos. Pero no; no nos anticipemos la emoción que ha de causarnos la sorpresa del descubrimiento. Tengamos la serenidad de las grandes ocasiones. Primero una cosa, y luego otra; orden sobre todo.

Ya está aquí la luz.

Muy bien: mañana veremos.

II.

Tiene también la historia su amor propio, como cada hijo de vecino, y, quieras que no quieras, se ha empeñado en que no ha sucedido en el mundo ni más ni menos que aquello que ella nos cuenta, en razón á que su vanidad consiste en que todo lo sabe de buena tinta. No hay, pues, que preguntarle acerca de los pormenores biográficos del personaje que tenemos á la vista, porque nos mirará con soberano desdén, soltando en nuestras barbas la más estrepitosa carcajada.

Ciertamente, el *Rey que rabió* no consta en los anales monárquicos de ningún pueblo conocido; se ignora la fecha de su nacimiento, el origen de su dinastía; nada se sabe de sus hazañas, de sus conquistas; no hay noticia de los límites geográficos de su reino; se carece de todo dato histórico que atestigüe su sucesión. Es decir, es un rey sin reino, un rey inverosímil, pero no por eso menos auténtico. ¡Ah! ¡parece que lo estamos viendo!

La severidad de la historia no puede conformarse con ese monarca empírico, sin testigos que le abonen, sin gloria que lo atestigüe, sin sucesión que lo confirme, sin cetro y sin espada, y apoyándose en el testimonio de las tradiciones, en la autoridad de los historiadores, en la veracidad de las

crónicas más remotas, se niega á admitir la existencia de un ser cuyo nombre no aparece ni entre los personajes históricos, ni entre los personajes fabulosos.

Perfectamente: el *Rey que rabió* no ha existido nunca. Muy bien; pero, entonces, ¿cómo existe? ¿Cómo un rey que no ha existido en ningún tiempo, que carece de toda realidad, puede ser hoy un rey popular que está en todas las bocas, y que se ha conquistado en los anales del lenguaje la celebridad que la historia le niega?

¿Por qué especie de supercherı́a, la lengua, habitualmente esclava de la historia, ha consentido que sea memorable un monarca desconocido, inverosímil, del cual no tiene nadie memoria?

Pero, ¡ya se ve!, el *Rey que rabió* es una mera creación de la fantasía, un ser imaginario, inventado, puro capricho de la imaginación; no es más que una frase.

Sea; pero fijemos al menos la autenticidad de este origen fantástico. Indaguemos de dónde ha salido este rey que no tiene entrada en la historia de ninguna época y de ningún pueblo. ¿Á qué autor pertenece la imaginación que lo ha creado? ¿Qué fantasía lo ha producido? ¿Qué genio ha podido ser bastante poderoso para imponérselo á la celebridad, sin más título que el de rey, y sin más mérito que el de la rabia?.... ¿En qué cuadro aparece? ¿En qué restos de estatua se descubre?.... ¿Qué medalla lo anuncia?....¿En qué poema vive?....

Si la historia lo niega, el arte lo desconoce y las letras lo recusan.

No ha nacido, nadie lo ha creado, y existe.

Mas no nos dejemos alucinar por las seducciones del misterio. La creación no ha podido ser anónima. La fantasía popular crea con frecuencia personajes y sucesos que la multitud acoge y perpetúa, como si de esta manera quisiera demostrar que ella es su madre.

Cierto: el *Rey que rabió* viene á ser una especie de expósito que, digámoslo así, la caridad pública ha prohijado, dándole, con la popularidad, el elemento necesario de su vida. Es una especie de rey *sui generis*, del cual se puede decir, con especial exactitud, que reina y no gobierna, que es y no es al mismo tiempo.

Pero vamos al caso : el genio del hombre no es realmente creador; para dar vida á los seres imaginarios que el arte produce, es preciso que de algún modo hayan existido antes, porque no hay retrato sin original ; precisamente las creaciones artísticas que más viven , son las que resultan más exactamente copiadas. Ahora bien : no hemos de concederle á la inventiva popular más genio que al genio; de lo que sacaremos en limpio, que no ha podido crecer y dar vida al *Rey que rabió,* sin haberlo visto antes de algún modo en alguna parte.

Y bien : la invención de este personaje ignorado en el mundo. de la historia y desconocido en el

mundo de la fábula, ¿es un mero capricho de la fantasía popular?

Imposible, porque los caprichos son por su naturaleza pasajeros, son de suyo fugitivos, y no hay nada más inconstante que la multitud, de cuyas resultas, si el *Rey que rabió* hubiera acertado á nacer por mero capricho, habría muerto ya por pura inconstancia.

¿Y cómo? ¿Las invenciones populares son caprichosas? ¿No obedecen á ley ninguna?

El arte popular no crea por gusto, sino por necesidad; sus personajes son siempre imágenes vivas que representan hechos extraordinarios, costumbres heroicas, grandes sentimientos; siempre se estampa en ellos la fisonomía del pueblo que los crea, les dan comúnmente sus perfecciones y sus deformidades, sus pasiones y sus vicios.

Pues bien: ¿qué representa el *Rey que rabió?* Nada; ni hechos, ni costumbres, ni sentimientos, ni perfecciones, ni deformidades, ni pasiones, ni vicios. Ser sin historia, sin carácter, sin voluntad, sin fisonomía, especie híbrida, aislada, sin comunicación alguna con el resto de los mortales, sin pueblo, sin trono y sin corona.

La fantasía popular no ha podido concebir semejante cosa.

Crear un rey por sólo el gusto de hacerle rabiar, es un refinamiento monárquico que no cabe en la ruda espontaneidad con que el pueblo inventa sus personajes.

Lo habría creado para someterse ó para rebelarse, para enaltecerlo ó para destronarlo; jamás para despreciarlo: lo habría hecho su héroe ó su víctima, nunca el objeto de su indiferencia.

No hay ningún derecho para atribuir á la invención popular la existencia de un personaje oscuro, desconocido, ignorado, casi sin personalidad, que ni interesa ni conmueve, ni quita ni pone, ni pincha ni corta.

Al llegar aquí, estamos otra vez en el principio de nuestra investigación. ¿Cómo ha podido llegar á nuestra noticia el recuerdo ó la imagen de este rey que no pudo nacer ni ha podido ser creado por la fantasía humana?

Aquí debe haber una tradición silenciosa, si es posible decirlo así, muda, que de boca en boca, ó más bien de memoria en memoria, ha traído hasta nosotros desde épocas desconocidas en la historia la celebridad de este personaje, que no puede ser ni más ignorado, ni más conocido.

Cualquiera que sea la afición que tengamos á las cosas imaginarias, y por más que nos empeñemos en darle el título de creación fantástica, no nos es posible desposeerlo del carácter de personaje real, y esa realidad se halla de tal manera unida á su existencia, que, una vez despojado de ella, el personaje desaparece.

Vedlo, como si dijéramos, sentado allá á lo lejos, en los umbrales de una época lejana, de que la historia no tiene noticia, ni el hombre conocimien-

to. Allí está como una fecha sin números, como una fecha sin fecha, señalando á la curiosidad de las investigaciones científicas un mundo no explorado.

Cuando queremos romper los límites del tiempo conocido; cuando queremos remontarnos más allá que nosotros mismos, buscando un día sin mes, un mes sin año, un año sin siglo, todos decimos:

«Eso debió suceder por los tiempos del *Rey que rabió.*»

Es decir, antes de la fundación de Roma, antes de la guerra de Troya, antes del diluvio, antes, mucho antes que Adán apareciese sobre los jardines del Paraíso.

Tal es el motivo de su fama, el testimonio de su autenticidad y el título de su importancia científica.

En él tiene el vulgo un rey, la historia una época más allá de todas las épocas, la ciencia el hombre anterior al hombre, porque debe pertenecer á la perdida familia del *hombre prehistórico*, si no es él mismo en persona.

Fué rey para dar con la autoridad del poder supremo autoridad á su existencia, y rabió para que lo raro, lo inesperado, lo imprevisto del suceso, diese perpetuo testimonio de la verdad del caso.

Será una escrupulosa nimiedad del sentido histórico negar su existencia real, so pretexto de que no consta su nombre en ninguna crónica, en ningún manuscrito, en tradición ninguna, como si estuvie-

sen registrados minuciosamente todos los archivos, como si hubieran podido salvarse de todas las catástrofes por que ha pasado el mundo las primeras tradiciones, los primeros monumentos de aquella remotísima antigüedad, cuando precisamente la única circunstancia que de su vida ha llegado hasta nosotros, atestigua que fué un hombre de carne y hueso, no diré de pelo en pecho; pero sí que debía tener su alma en su almario, como cada hijo de vecino.

Sabemos que fué rey: ¿Qué más se puede ser en el mundo? Y no hay inconveniente que se oponga á dejarnos creer que lo fué por su bella cara; un rey de cajón. El silencio que se guarda acerca de su exaltación al trono, nos permite suponer que fué cosa de llegar y besarla durmiendo, ó, digámoslo históricamente : fué, vió y venció.

Las mujeres de aquellos tiempos en que el rey rabió, no habían de ser insensibles á los encantos de la majestad real, y si concedemos á la flaqueza humana todo lo que de derecho le corresponde, por más que el monarca se tentara la ropa, alguna vez, quieras que no quieras, acabaría por hacer alguna de las suyas.

Es verdad que nada de esto consta en ningún libro viejo; pero, ¿habían de hacerse públicas sus debilidades, dándole un cuarto al pregonero? Si eso era en aquellas costumbres la cosa más natural del mundo, ¿habían de hacerse los periódicos cruces por tan poca cosa?

Rabió. Esto significa que debió ser un rey muy

callejero; andarín de Ceca en Meca; aquí entro y allí salgo; á esta quiero, á esta no quiero; y como no es de presumir que la policía fuese en aquellos tiempos un prodigio, en razón á que tampoco lo es en éstos, ní que entonces se ataran los perros con longanizas, porque después no se han atado en ninguna parte, una noche, una mañana, una tarde, al volver esta esquina ó la otra, en aquella calle ó en la de más allá, se encontró manos á boca con un perro poco contento de su suerte, y cate usted á Periquillo hecho fraile.

Reyes mordidos por perros rabiosos, y principalmente por sus propios perros, por aquellos para quienes se han quitado el pan de la boca, no son hechos tan inverosímiles que la severidad de la historia se atreva á poner en duda.

Tenemos, pues, su jerarquía, sus costumbres y la causa de su muerte. En cuanto á su mérito, es incontestable, pues su misma celebridad lo justifica. Para adquirir el honor de ser memorable, se necesita, por ejemplo, conquistar el Asia, morir en las Termópilas, dominar á Europa; pero conseguir la inmortalidad sin el más ligero pretexto de gloria, de grandeza ó de importancia, es haber alquilado la celebridad; más aún: es poseerla por derecho propio. Tengo entendido que no puede llegar á más el poder de un hombre.

Tal es la manera con que á mis ojos se dibuja en el lienzo roto de los tiempos prehistóricos la figura popular del *Rey que rabió*.

Penetrando por pura curiosidad en las profundidades de la memoria pública; buscando, como el geólogo, en la formación de las capas de la tierra, recuerdos anteriores á toda tradición y á toda historia, me he encontrado los restos perdidos de este hombre fósil. Así, poco más ó menos, ha encontrado la investigación científica las huellas, digámoslo así, de los tiempos antediluvianos, enriqueciendo los curiosos datos de la historia natural con los despojos fósiles del megaterio y del mastodonte.





PUNTOS DE VISTA

o están todas las sepulturas en los cementerios, ni son los cadáveres los únicos que se entierran.

Todo lo que desaparece muere, y todo lo que se olvida se sepulta.

Hay en la lengua un abismo donde enterramos los más tiernos afectos de la vida; es la fosa común, donde sepultamos nosotros mismos nuestros más vivos sentimientos.

Comparecemos por un momento el día de la boda y el día de la muerte. Esto es, el día de la unión eterna, y el día de la separación también eterna.

Preguntad al esposo en el momento en que la bendición del cielo acaba de santificar el amor de la tierra, y os dirá :

«¡Cuánto la quiero?»

Poco después llega la muerte con paso silencio-

so y boca muda, y señala con su dedo invisible la víctima que ha de arrastrar al sepulcro ; y la víctima es aquella que pocos días antes inclinaba la cabeza, sometiéndose cariñosamente al dulce yugo de la unión eterna.

La vida ha desaparecido como la llama de una luz que el viento apaga.

Allí está el cadáver, que conserva todavía el último calor de la vida ; aún se dibujan en sus labios entreabiertos los contornos fugitivos de la última sonrisa ; bajo los párpados caídos parece que todavía brilla el resplandor de la última mirada.

Preguntad en este momento solemne de eterna despedida al esposo desolado, y os contestará :

«¡Cuánto la quería!»

¿Por qué, ¡oh misterioso lenguaje de los humanos sentimientos!, no puede decir ya : cuánto la quiero?

*
* *

Existe en la naturaleza un hecho constante, nunca desmentido en las sucesivas generaciones de sus variados linajes.

Consiste el hecho en la perseverancia con que cada especie se obstina en no reproducir más que á sus semejantes.

Esta es la ley de la naturaleza.

En el orden de los sucesos humanos, bien se puede decir que esa misma ley es la ley de la historia.

Las ideas vienen á ser las simientes cuyos frutos son los hechos ; así es que, sembrando errores, sólo se pueden recoger catástrofes.

El mundo actual se encuentra bajo la acción inexorable de esa ley, impuesta lo mismo á la naturaleza que á la historia.

Si, en efecto, por el fruto se conoce el árbol, por el orden de los hechos que nos agitan y nos amenazan, debemos inferir el orden de ideas que nos domina.

El trastorno en los acontecimientos nace siempre del trastorno de las inteligencias, porque es imposible que nadie se vuelva loco sin perder el juicio.

Detrás de todos los refinamientos están siempre todas las barbaries, porque no se puede obligar al fuego á que no incendie, al rayo á que no destruya, al huracán á que no arrase, á la corrupción á que no corrompa.

No nos damos cuenta de las inquietudes que nos asaltan, de la ansiedad con que vivimos, de la interinidad á que están condenadas todas las cosas que nos rodean, y que nosotros mismos hemos creado, precisamente cuando parece que el hombre ha entrado en plena, permanente y pacífica posesión de todas las felicidades de la tierra.

Nosotros no acertamos á compaginar este absurdo enlace de las cosas.

Si todo está hecho para que se realice nuestra común felicidad, ¿de dónde nacen tantas catástrofes, tantos desastres y tantas tribulaciones?

Los acontecimientos, más lógicos que los hombres, siguiendo dócilmente el impulso de los errores que los engendran, se enlazan entre sí con precisión rigurosa.

La lógica que los guía es la ley de la historia.

No acierto á explicarme por qué las épocas en que se pronuncian más discursos han de ser, por lo común, las épocas en que menos se discurre.

El fenómeno salta á la vista: de un lado tenemos que se habla por los codos, y de otro nos encontramos con que todo lo que se hace parece hecho con los pies.

Por una parte, el concierto de la elocuencia; por otra parte, el desconcierto de todas las cosas.

No sé en qué misteriosa balanza se pesan las palabras y las obras; pero es el caso que en la misma proporción en que sube el platillo de la palabra, baja el platillo de los hechos.

Asistid á cualquiera de los continuos concursos de oradores que la política nos ofrece, ya en el Senado, ya en el Congreso, y después de una sesión más ó menos borrascosa, saldréis de allí arqueando las cejas, y exclamando:

«¡Bien!.... ¡Muy bien!»

Pues descended por un momento de las altas

regiones en que se fraguan los rayos de la palabra; bajad, digámoslo así, á la tierra en que vivimos los simples mortales; poned el dedo en la llaga que de alto á bajo por todas partes presenta la realidad de las cosas, y huiréis á esconderos en el último rincón de vuestra casa, y, llevándoos la mano á la cabeza, repetiréis muchas veces:

«¡Mal!.... ¡Muy mal!»

Saco por consecuencia que tener el talento en la punta de la lengua casi equivale á no tenerlo en ninguna parte.

En la antigua Grecia se pensó alguna vez muy formalmente en coronar de flores á los filósofos y arrojarlos de la república.

Nosotros hemos decidido otra cosa: hemos resuelto legar á la posteridad las ruínas de todo lo existente coronadas de flores retóricas.

Los sofistas fueron los grandes hombres del bajo imperio.

*
* *

El hombre embellece todo lo que ama, y diviniza todo lo que cree. Pues bien: á pesar de que la ciencia novísima nos ha declarado nada menos que dioses, todavía no nos hemos decidido á creerlo, en razón á que no encontramos manera de divinizarnos.

Cualquiera que sea la extensión del poder que nos hemos apropiado, es lo cierto que, por ahora al menos, no nos es posible arrodillarnos delante de nosotros mismos para tributarnos el homenaje de nuestra propia adoración; y en cuanto á reconocer en los demás el privilegio de esta deificación, la cosa ha llegado un poco tarde, pues nunca ha tenido el hombre peor concepto del hombre.

Sea lo que quiera, ello es que no somos unos dioses empíricos creados por la casualidad, no; el hombre-dios no es un quídam divino, no es el hombre (alias) dios, sino la ciencia humana elevada á divinidad por su propia y particular sabiduría.

Le debe á la naturaleza el ser hombre: perfectamente; pero el ser dios se lo debe á sí mismo.

Mas he aquí un dios que nace llorando, que vive gimiendo, que enferma, que envejece, que muere, que tiene hambre, que tiene sed, que tiene sueño; que su propia divinidad le debe ser tan insoportable, que desde que es dios no alcanza un momento de reposo, y á dos menos tres se desespera, enloquece y se suicida, como el último, como el más desdichado de los mortales.

Nerón se hizo tributar honores divinos; Calígula se hizo Júpiter, y paseaba las calles de Roma en un carro que, en medio de ardientes relámpagos, tronaba lo mismo que las tempestades. Nosotros hemos perfeccionado el género; nos dejamos en libertad de que cada uno se rinda á sí propio el culto que más gracia le haga, y una vez dioses, nos

hemos constituído en tempestad permanente. Todo truena entre nosotros, los tronos, los Bancos, los pueblos.... Somos un trueno continuo. Difícilmente se encontrará en la historia de los hombres una dinastía de dioses más tronada.

Deduzcamos la última consecuencia. Aquí, en la confianza de nuestra intimidad olimpica, todo podemos decirlo:

El hombre-dios no es, en resumen, más que un pobre diablo.

*
* *

Nihilismo en Rusia, socialismo en Alemania, comunismo en Francia.... Digan lo que quieran los espíritus apocados, la perspectiva no puede ser más risueña. Eso sí, parece que se nos acerca el término del camino, porque, después del nihilismo, del socialismo y del comunismo, no hay más allá; quieras que no quieras, se ha pronunciado la última palabra, se ha agotado el furor de las innovaciones y la manía de los ideales; pero el último acto del drama debe ser siempre el más interesante. El nudo se aprieta más cada día.... ¿Quién lo desata? Se han sembrado las semillas, la tierra era fértil, y he ahí los hechos.

No sé qué diferencias pueden separar á esas tres fracciones del último pensamiento; pero existiendo

entre ellas la homogeneidad del mismo fin, son quebrados de una misma unidad, que tienen su común denominador : la Internacional.

Muy bien; pero, ¿qué es esto?

Es la cosa más natural del mundo: una testamentaría, ante la que se presenta un concurso de acreedores.

¿Quién ha muerto?

Ha muerto la conciencia.

¿Y á esos acreedores qué se les debe?

Todo, puesto que todo se les ha prometido y todo lo quieren.

¿Y cuáles son los títulos de su derecho?

Sus derechos son los de la pared que se desploma so pretexto de que se han socavado los cimientos; el terrible derecho de la consecuencia que se desprende del principio; el derecho con que el fuego quema, el rayo aniquila, el huracán arrasa y la corrupción corrompe. Su título es la fuerza.

¿Qué piden?

Piden la herencia del mundo.

¿Qué son, pues?

Son nuestros presuntos herederos: más aun; nuestros herederos inmediatos: más todavía; nuestros herederos forzosos.

II.

Se ha dicho que la imaginación es la loca de la casa, y sería loca de atar, si no hubiesen salido al paso de esta contingencia, alegando que es condición indispensable de su naturaleza ser completamente libre.

Ello es que entre sus aficiones particulares, la pintura obtuvo especial preferencia, y es su aptitud tan rara, que sería capaz de pintar el vuelo de una mosca.

Como sus grandes consumidores son los deseos, siempre se encuentra dispuesta á complacerlos, y aunque suele hacerse pagar muy caros sus dibujos y sus colores, con cuatro pinceladas sale del paso; y es tan seguro el lápiz con que dibuja, y tan vivo el colorido con que anima sus cuadros, que el lienzo es la verdad misma. ¡Ah! ¡siempre parece que lo estamos tocando con las manos!

Á esta loca, con quien nos encontramos al dar los primeros pasos en la juventud, la encargamos el retrato de la mujer, que, andando el tiempo, hemos de hacer dueña de nuestro corazón, aunque el original no lo hemos encontrado todavía.

La loca no se hace esperar, y en cuatro rasgos, siempre de mano maestra, nos pone delante la imagen deseada.

Ella es, no hay duda; es ella misma. Allí están sus ojos y sus miradas, su boca y sus sonrisas; es ella en todo lo que se ve, y ella en todo lo que se adivina. Mujer espiritual, que flota en la vida sin poner los pies en la tierra; mujer vaporosa, que sueña y no duerme, que vive y no come, que anda y no pisa.

Ahora no hay más que coger el retrato y buscar el original.... Aquí está; no hay que darle más vueltas; es la imagen que se ha copiado á sí misma.

Pero, ¡oh qué desengaño!.... Esta mujer es caprichosa, más aún, impertinente; come con buen apetito, duerme y hasta ronca; se constipa como cualquiera, estornuda, tose; ¡santo Dios!, y se suena, gruñe, regatea, murmura, se ríe como una tonta, habla como una descosida, y llora, permítaseme decirlo, á moco tendido.

He ahí cómo la poesía de la mujer se desvanece en la prosa de la vida.

*
* *

Nunca las mujeres han querido ser feas, y muy pocas veces los hombres se han contentado con ser pobres; pero en la sociedad actual, el empeño de las mujeres en ser hermosas raya en la manía, y el afán de los hombres por ser ricos toca en locura. Sólo Dios sabe lo que es capaz de hacer una mujer

para embellecerse, y todos sabemos lo que hacen los hombres por redondearse.

En el mutuo comercio establecido entre las dos mitades del género humano, la cuenta es corriente: de una parte, la belleza; de otra, el dinero: ellas, la *toilette* que las perfecciona; ellos, el negocio que los completa.

Así es que el amor ha venido á reducirse á simples contratos.

Dice la hermosura: «Tanto valgo.»

Dice la riqueza: «Tanto tengo.»

De todos modos, la operación comercial que resulta de este mutuo convenio es ventajosa para ambas partes, puesto que una y otra salen ganando.

En la plaza del mundo, la hermosura es un don que las mujeres le deben á la naturaleza, y que con mayor ó menor descuento se lo cobran á los hombres.

Al mismo tiempo, la riqueza es un beneficio que, sea como quiera, se debe el hombre á sí mismo, y que más tarde ó más temprano suelen pagarlo las mujeres.

*
* *

Fué Júpiter un dios bastante calavera; conservó siempre su juventud, nunca dejó de ser hermoso, y su jerarquía olímpica no dejaría de dar realce al

encanto de su persona. Sus aventuras atestiguan que no fué Juno la diosa más feliz del Olimpo, pues el hijo de Saturno debió tener mucho partido con las mujeres.

Mas, no obstante, Júpiter, dios, joven y hermoso, tuvo alguna vez que apelar al recurso de convertirse en lluvia de oro para seguir haciendo de las suyas.

Ya sé que siempre ha sucedido lo mismo, y que el caso de Júpiter no es más que el boceto del cuadro. Pero la vida ha llegado en nuestros tiempos á ser muy cara, porque el género humano es ya demasiado viejo, y necesita rodearse de muchas comodidades; por consiguiente, la mujer más modesta no acierta á vivir sin buena casa, buena mesa y buenos vestidos. Lo diré en francés, para mayor elegancia y mejor inteligencia : no puede vivir sin *confort*, sin *ménu*, sin *toilette*.

Ante el imperio de estas tres necesidades, todo sentimiento dobla la cabeza; el amor abre los ojos y se encuentra vendido, porque Júpiter, envejecido y achacoso, se presenta convertido en copiosa lluvia de refinadas comodidades; la mujer quiere llorar y sonríe, guarda su corazón y vende su mano.

¿Y qué? La madre se alegra, la familia se regocija y el mundo la felicita. Se salva la opulencia, y la mujer se pierde.

¡Qué vida!.... y.... ¡qué desdicha!

*
* *

Desde que la razón se ha convertido en número, los que no tenemos á la mano un ejército ó una mayoría de votos ó unos cuantos millones de reales, no sabemos qué hacernos de ella; la conservamos como antiguo título de nobleza, poco más ó menos como guarda el hidalgo linajudo los viejos pergaminos con que atestigua su ilustre abolengo; títulos nobiliarios que le harían hoy mucho más al caso si pudiera convertirlos en títulos de la Deuda.

Tener razón no es precisamente una cosa inútil, sino que además suele ser una circunstancia peligrosa cuando no la acompaña el poder de un ejército ó la adhesión de una mayoría, y la respetable influencia, por lo menos, de cuatro ó cinco millones de pesetas.

Así vemos á las naciones empeñadas en hacer armamentos, á los gobiernos en hacer mayorías, á los individuos en hacerse ricos, y todo, ¿por qué? Por apropiarse el privilegio exclusivo de tener razón sobre todos los hombres y contra todas las razones.

Regla general: la razón, sin más amparo que la razón misma, se ve vencida en los campos de batalla, anulada en las votaciones de las Asambleas, perdida en las encrucijadas de los tribunales, que, ya de un modo, ya de otro, están encargados de reconocerla.

Como si la razón hubiese llegado á ser un delito, concita contra sí la fuerza de unos, los votos de otros, el dinero de todos ; y vencida, anulada y

perdida, se va con el que más puede, con el que más sabe, con el que más tiene.

La razón será siempre el orgullo del hombre; pero el que no posea más que razón, debe esconderla como un tesoro en el último rincón de la casa, porque da miedo de tenerla.

*
* *

Se ha dicho:

«De poeta, músico y loco,
Todos tenemos un poco.»

Y es verdad. ¿Quién no ha hecho versos, ó, por lo menos, no ha deseado hacerlos? ¿Quién no canta, aunque no sea más que en la mano? ¿Quién no lleva en la cuenta de su vida la respetable suma de algunas locuras?

Pues bien: de sabios lo tenemos todo, porque los conocimientos humanos se han extendido tan prodigiosamente, que todos hablamos ya con perfección admirable el *caló* de la ciencia. El que parezca más ignorante, tiene fraguados á estas horas, con cuatro toques de sabiduría: primero, un dios á pedir de boca; segundo, un gobierno de mano maestra; tercero, un hombre que ni pintado.

En cualquiera de las épocas bárbaras por que ha pasado la historia de la especie humana se habría

llamado á esto *pedantería;* nosotros, más cultos, lo llamamos *ilustración*. En la mesa de un café, alrededor de la chimenea de un casino, en la tribuna de un Ateneo, desde cualquiera de los bancos de este ó el otro cuerpo colegislador, se corrige el cielo, se reforma la tierra y se restaura el hombre; pero el cielo se cree inmejorable, la tierra se declara incorregible, y el hombre empeora.

Hay dos estadísticas que debieran hacerse.

Una, la de los sabios que nos inundan.

Otra, la de los crímenes que nos aterran.

O de otra manera:

La de la ilustración que nos enaltece.

Y la de la perversidad que nos deshonra.

*
* *

Si la moda no impusiera el imperio de sus novedades más allá de los límites del vestido, de la mesa, de los saludos y aun de los asuntos que son el platillo de las conversaciones, la cosa no pasaría del tocador, de la cocina y de los salones, y todo se arreglaría sometiéndonos á la extravagancia del último figurín, al refinamiento del último plato, al rigor de la última manera de saludar; y hablando hoy de la última corrida de toros, mañana del último baile, del último cantante.... de todo, en fin, lo que sea lo último, cumpliriamos con los deberes de la moda.

Mas es el caso que la moda se ha extendido por todos los dominios, y hay que ser como ella lo dispone, ó condenarse á vivir confundido con el vulgo de las gentes; esto es, á enterrarse vivo.

Sabido esto, véase ahora el muestrario escogido de la última moda.

Es de rigor:

Hablar por los codos.

Escribir con los pies.

Comer á dos carrillos.

Es de buen efecto:

Entrar descalzo y salir en coche..

Vender al amigo y comprar al enemigo.

No conocer al rey más que por la moneda.

Están muy en boga:

El alma á la espalda.

Las manos puercas.

Las uñas largas.

Y, en fin, hacen *furor:*

Las quiebras.

Los secuestros.

Los suicidios.

*
* *

No son pocas las navidades que el hombre cuenta ya sobre la tierra; mas por lo visto no estamos contentos con la decrepitud que hemos alcanzado, y quieras que no quieras, hemos resuelto hacer del *hombre prehistórico* un ascendiente que

sustituya á Adán, y nos proporcione un origen mucho más antiguo.

La ciencia, que por una parte hace generosos esfuerzos por rejuvenecernos, rodeándonos de maravillosas novedades, como si la vida fuese una cosa nueva, el mundo una cosa no vista, y el hombre una cosa acabada de hacer, por otra parte se empeña en dar á la vida, al mundo y al hombre una genealogía que se remonte á tiempos muy anteriores á la época del Paraíso.

Es decir, que hemos venido al mundo trayendo ya una edad bastante avanzada; que empezamos á vivir en los momentos de nuestra mayor ancianidad; en una palabra: que hemos nacido muy viejos.

Mas para atestiguar la triste decrepitud en que se encuentra, no es, en verdad, absolutamente indispensable el testimonio fósil del *hombre prehistórico*, porque basta observar que hemos traspasado los límites de toda edad posible.

La descomposición sobreviene después de la muerte.

Pues bien: el estado de corrupción en que nos encontramos, nos descubre que llevamos dentro de nosotros mismos este fúnebre absurdo.

Llevamos el cadáver corrompido de nuestra vida.

FIN.





INDICE



ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA III DE ENERO
DEL AÑO DE MDCCCLXXXV

COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL del Maestro Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III y IV (el 1.° con retrato del Autor), 5, 4, 4 y 4 pesetas.—Ejemplares especiales á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor. —(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 id.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo de LXXXVIII-304 páginas, con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 id.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 id.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcon. — 1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS. —2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo. — Un tomo, 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo. — Un tomo, 4 pesetas.

Juicios literarios y artísticos, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

El Capitán Veneno.—Historia de mis libros, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

(De todas estas obras del Sr. Alarcon hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

El Solitario y su tiempo, biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas tomo.

Historia de las ideas estéticas en España, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (éste en dos volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas cada volumen.

Escenas andaluzas, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

Derecho Internacional, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.

Voces del alma, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

Problemas contemporáneos, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas tomo.

Escritores españoles é hispano-americanos, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 20 y 30 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

La Perfecta casada, por Fr. Luís de León, con retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

Romancero morisco.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

Cervantes.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros.* Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

La Mujer, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo III.

ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos V y VI (último).

CANCIONES, POEMAS Y ROMANCES, por D. Juan Valera.

EN PREPARACIÓN.

POESÍAS de D. A. L. de Ayala.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcon.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

OBRAS de D. José Eusebio Caro.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, de P. Martín de Roa.

(Los pedidos de ejemplares ó suscriciones de la *Colección de Escritores Castellanos* se harán á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.)

OBRAS

DE

D. SEVERO CATALINA.

LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.

ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina, de la Real Academia Española.—Un tomo, 5 pesetas.

OTRAS OBRAS

(EN DIVERSAS EDICIONES)

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

DE QUE HAY EJEMPLARES Á LA VENTA
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA. —Historia de todos los combates de aquella campaña, en que el Autor fué soldado voluntario: relación de los Jefes y Oficiales muertos en ella: descripción de Tetuán y de las costumbres de Moros y Judíos.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Relación del viaje del Autor por Italia. Descripción de ciudades, monumentos, museos, etc.—Segunda edición, con 24 magníficas láminas. —Un tomo en 4.° mayor de 580 páginas, 7 pesetas.

POESÍAS.—Colección completa, con un prólogo de don Juan Valera.—Un tomo, 5 pesetas.

DISCURSOS SOBRE LA MORAL EN EL ARTE, leídos por los Sres. Alarcon y Nocedal al ser recibido públicamente el primero en la Real Academia Española.—2 pesetas.

